

**UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA**

INSTITUTO DE ESTUDIOS  
POLÍTICOS Y RELACIONES  
INTERNACIONALES  
IEPRI

# análisis político

MAYO / AGOSTO 2005 N° 54

## COMITÉ EDITORIAL

Franciso Leal Buitrago  
FUNDADOR

Luis Alberto Restrepo  
DIRECTOR

Diana Marcela Rojas  
EDITORA

Daniel Pécaut  
Charles Bergquist  
William Ramírez Tobón  
Gonzalo Sánchez Gómez  
Hugo Fazio  
ASESORES EDITORIALES

Carlos Germán Sandoval  
ASISTENTE EDITORIAL

## COMITÉ CIENTÍFICO

Thomas Fischer Alemania  
Klaus Meschkat Alemania  
Maria Isaura Pereira de Queiroz Brasil  
Catherine LeGrand Canadá  
Eric Hobsbawm Inglaterra

Preparación editorial, diagramación y distribución

**Editorial El Malpensante**

Impresión

**Panamericana Formas e Impresos S.A.**

Impresa en Colombia, 2005

## ESTUDIOS

*Ley o moral: ¿cuál prima?*

ANTANAS MOCKUS Y JIMMY CORZO

3

## COYUNTURA

*Descomponiendo a George W. Bush:  
algunas observaciones*

LAURA GARCÉS

18

*Ventajas competitivas ilegales, el desarrollo de la industria  
de drogas ilegales y el fracaso de las políticas contra las  
drogas en Afganistán y Colombia*

FRANCISCO E. THOUMI

30

*La realidad simulada.  
Una crítica del reality show*

LEONARDO ORDÓÑEZ DÍAZ

49

## DEMOCRACIA

*Mujeres en armas:  
¿avance ciudadano o subyugación femenina?*

MARÍA EMMA WILLS OBREGÓN

63

## TESTIMONIO

*Los psicoanalistas, la guerra y la memoria*

GONZALO SÁNCHEZ G.

81

## VENTANA JÓVENES INVESTIGADORES

*Las élites y el pueblo, sus alianzas y sus divisiones.  
Estudio comparativo de las coaliciones democráticas  
en Bolivia (1952 y 1985)*

MARÍA TERESA PINTO

88

## RESEÑA

*La conexión cubana.  
Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba  
entre los años veinte y comienzos de la Revolución*

POR ANDRÉS LÓPEZ RESTREPO

101



Improntus II, óleo sobre lienzo (120 x 120 cm), 2002. Original a color.  
Douglas Mendoza, pintor de Fonseca (Guajira), nacido en 1974.

# Ley o moral: ¿cuál prima?<sup>1</sup>

Antanas Mockus y Jimmy Corzo\*

## RESUMEN

La cuidadosa polémica abierta por la doctora Villegas invita a examinar críticamente los resultados de nuestro trabajo *Indicadores de convivencia ciudadana*. Desde su título plantea una pregunta crucial: ¿sujeción de la moral a la ley?

En síntesis, la autora del comentario cuestiona nuestra definición de moral y sus consecuencias, y nos acusa de dos cosas: asumir una posición a favor del relativismo moral y promover un conformismo excesivo con la ley.

Para examinar y confrontar sus puntos de vista, se considerarán en este artículo: 1) nuestra caracterización de lo moral en términos de autorregulación, 2) la diferencia entre pluralismo y relativismo, 3) la jerarquía entre ley y moral, 4) el rol de la reflexión moral y la necesidad de volcar hacia las prácticas democráticas (e incluso reconocer como su principal insumo) las tensiones entre ley y moral. Además (parte ii), atenderemos la invitación a explorar una pregunta “prescriptiva” relevante: ¿será mejor ser cuasi cumplidos que cumplidos? (pregunta asociada a su sospecha de que quienes están en las etapas 5 o 6 de Kohlberg son cuasi cumplidos).

*Palabras clave:* Ley, moral, ciudadanía.

Law or morality: which is more important?

## SUMMARY

The painstaking controversy opened by Dr. Villegas invites to critically inquire about the results of our work *Indicators of Citizen Coexistence*. From its title it poses a crucial question: Subject to morality or law?

To summarize, the authoress of this comment questions our definition of morality and its consequences and accuses us of two things: to assume a position in favor of morality relativism and to promote an excessive conformance with law.

To examine and collate her points of view, we will consider in this article: 1) our characterization of morality in terms of auto-regulation, 2) the difference between pluralism and relativism, 3) the hierarchy between law and morality, 4) the role of morality reflection and the need to overturn (and indeed to recognize it as its main ingredient) the tensions between law and morality towards the democratic practices. Besides (part ii) we will attend the invitation to explore a relevant “prescriptive” question: Will it be better to be almost-compliant or compliant? (question associated with the suspicion of those who are in stage 5 or 6 of Kohlberg are almost-compliant).

*Key words:* Law, morality, citizenship.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12 / 12 / 2004

FECHA DE APROBACIÓN: 02 / 02 / 2005

análisis político n° 54, Bogotá,  
mayo-agosto, 2005: págs. 03-17

\*Profesores del Departamento de Estadística,  
Facultad de Ciencias, Universidad Nacional de Colombia

<sup>1</sup> Reflexiones a propósito de las críticas contenidas en Villegas de Posada C., “¿Sujeción de la moral a la ley? Comentarios al artículo de Antanas Mockus y Jimmy Corzo”, en *Análisis Político*, N° 49, mayo-agosto 2003, pp. 83-86. Agradecemos las sugerencias hechas por el profesor Luis Eduardo Hoyos y por Henry Murraín.

La cuidadosa polémica abierta por la doctora Villegas invita a examinar críticamente los resultados de nuestro trabajo *Indicadores de convivencia ciudadana*. Desde su título plantea una pregunta crucial: ¿sujeción de la moral a la ley?

En síntesis, la autora del comentario cuestiona nuestra definición de moral y sus consecuencias, y nos acusa de dos cosas: asumir una posición a favor del relativismo moral y promover un conformismo excesivo con la ley.

Para examinar y confrontar sus puntos de vista, se considerarán a continuación: 1) nuestra caracterización de lo moral en términos de autorregulación, 2) la diferencia entre pluralismo y relativismo, 3) la jerarquía entre ley y moral, 4) el rol de la reflexión moral y la necesidad de volcar hacia las prácticas democráticas (e incluso reconocer como su principal insumo) las tensiones entre ley y moral. Además (parte ii), atenderemos la invitación a explorar una pregunta “prescriptiva” relevante: ¿será mejor ser cuasi cumplidos que cumplidos? (pregunta asociada a su sospecha de que quienes están en las etapas 5 o 6 de Kohlberg son cuasi cumplidos)<sup>2</sup>.

Las comparaciones entre los grupos llevan a reconocer cuán parecidos son en los aspectos considerados los cumplidos con los cuasi cumplidos y cuán distintos son ambos grupos de los anómicos. Por la relación de la anomia con la violencia es prioritario luchar contra la anomia. Concluimos que tanto el relativismo moral como la presunción de una superioridad de la moral sobre la ley<sup>3</sup> pueden permitir que las razones “nobles” para violar la ley le abran campo (sin quererlo ni buscarlo) a las justificaciones prosaicas propias de la anomia. La lucha contra la anomia tiene que ser librada tanto por los cumplidos como por los cuasi cumplidos.

## 1. LA JERARQUÍA ENTRE LEY Y MORAL

### 1.1. Caracterización de lo moral

Nuestra diferenciación entre cultura y moral no se basa en que las reglas morales no sean compartidas (lo cual pondría énfasis de antemano en el pluralismo moral) sino en si la fuente de regulación es interna o externa. La regulación moral proviene de la conciencia y este origen es independiente de si las reglas morales de dos personas son las mismas o distintas. Es muy distinto, por ejemplo, el temor a la culpa (sanción interna) al temor a la censura social o a la cárcel (sanciones externas), aunque se puedan experimentar al tiempo. Son distintas las emociones de culpa, de vergüenza y de temor a la multa o a la cárcel.

Esta separación entre autorregulación (interna), por un lado, y mutua regulación interpersonal y externa y regulación legal también externa, por el otro, no es arbitraria y corresponde en algún grado, en la investigación psicológica de los años sesenta, a la oposición entre *internal locus of control* y *external locus of control* (Rotter<sup>4</sup>) y otras relacionadas, como motivación intrínseca vs. motivación extrínseca (Deci y Ryan<sup>5</sup>). Esa separación busca la mayoría de edad kantiana como autodeterminación: saberse guiar por el propio entendimiento.

Dentro de la tradición kantiana, Kohlberg con sus etapas describe y analiza la evolución del juicio moral y caracteriza el desarrollo moral por el logro de crecientes niveles de autonomía. Más recientemente Bandura ha hecho un balance sobre mecanismos de autocontrol y reconoce como tales, al lado del juicio moral, la previsión de consecuencias y la previsión y aplicación de autocastigos. Además de estos mecanismos de regulación interna reconoce también la presencia de mecanismos de regulación social<sup>6</sup>.

Bandura investiga el conjunto de mecanismos que le dan a las personas la capacidad de abste-

[4]

<sup>2</sup> Algunas breves indicaciones sobre las etapas de desarrollo moral se pueden ver en la sección 1.4. La clasificación (cumplidos, cuasi cumplidos y anómicos) presente en el primer artículo es retomada aquí en la sección 2.1.

<sup>3</sup> Parte de los alumnos de Sócrates conformaron una escuela llamada “cinismo” en la que se declaraban “ciudadanos del mundo” y despreciaban –desde su superioridad moral– las costumbres y las jerarquías de su sociedad y de su tiempo.

<sup>4</sup> Rotter J., *Social Learning and Clinical Psychology*, Englewood Cliffs, nj, Prentice-Hall, 1954. Rotter, J., “Generalized Expectancies for Internal Versus External Control of Reinforcement”, en *Psychological Monographs*, N° 33, 1966, pp. 300-303.

<sup>5</sup> Deci E. L. y Ryan R. M., “The Support of Autonomy and the Control of Behavior”, en *Journal of Personality and Social Psychology*, N° 53, 1987, pp. 1024-1037. Ver también: DeCharms R., *Personal Causation*, Nueva York, Academic Press, 1968.

<sup>6</sup> Bandura A., “Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities”, en *Personality and Social Psychology Review*, N° 3, special issue on Evil and Violence, 1999, pp. 193-209.

nerse de comportamientos inhumanos y la capacidad de comportarse humanamente (*moral agency*). Según Bandura, las personas tienen estándares personales asociados a autosanciones pero éstas pueden ser desactivadas a través de mecanismos internos como justificaciones morales, lenguaje eufemístico, comparaciones sesgadas, dilución o desplazamiento de la responsabilidad personal, minimización o ignorancia de los efectos dañinos de nuestras acciones y culpabilización o deshumanización de la víctima. Sin embargo, para Bandura, como para nosotros, también operan, en la comisión de muchas inhumanidades, mecanismos colectivos de mutuo apoyo que incluyen alta división de funciones y dilución de responsabilidades. Él muestra que el comportamiento compasivo y la renuncia a la crueldad dependen, finalmente, de la confluencia de mecanismos internos y externos<sup>7</sup>.

Por lo visto, la misma psicología experimental apoya el significado que tiene la diferencia entre autocontrol (desde adentro) y control externo. Hay mucha evidencia que invita a reconocer diversidad en la manera en que individuos distintos se guían desde adentro. Como lo señala la autora del comentario, ésta es una afirmación descriptiva.

Ahora bien, desde un punto de vista como el de Kant o el de Kohlberg, dos individuos distintos pueden perfectamente hacer juicios morales similares y sobre todo actuar moralmente guiados de la misma manera. Lo interesante es que si juzgan moralmente aceptable algo, este juicio no puede, no debe, depender del conocimiento empírico del juicio del otro<sup>8</sup>. (Sin embargo, por la vía de la discusión argumentada

puede darse una transformación legítima de los juicios morales.)

Además de regulación interna, “mayoría de edad”, “atreverse uno a conducirse por su propio entendimiento”, Kant le exige a quien quiera racionalmente ser moral guiarse por imperativos categóricos y no hipotéticos. Y llega a reducir los imperativos categóricos a uno solo: obra según máximas (o sea, razones personales del obrar, “principios subjetivos” de la acción, los llama Kant) tales que tú puedas querer que todos los demás se guíen por ellas.

De hecho, según Kant y sus sucesores, la moralidad tiene pretensión de universalidad pero ésta es mucho más modesta, más limitada, que la de las ciencias. Y esa pretensión de algún modo es neutra frente a la pregunta de si los demás llegan a actuar moralmente o no, o si interpretan o no de la misma manera qué significa actuar moralmente, o si reconocen o no la validez de la norma moral que la persona se autoimpone. Kant convierte lo moral en un ámbito radicalmente subjetivo-racional y da los argumentos claves para no confundir pluralismo (que entraña la posibilidad de reconocimiento, respeto y hasta admiración por la diversidad moral) con relativismo. Kant mismo aceptaría que las máximas que guían a un agente moral pueden tener contenidos inspirados en tradiciones diversas. No obstante, el criterio normativo racional, establecido por el imperativo categórico, es decir, por el hecho de que yo “pueda querer” que un comportamiento determinado se universalice, es independiente de los contenidos propios a las diferentes tradiciones culturales. Nadie que sea racional, por ejemplo, “podría querer” –se-

<sup>7</sup> Bandura, además de destacar la diferencia entre regulación moral y regulación social, reconoce su confluencia o divergencia (bajo el título de “Interplay of Personal and Social Sanctions”): “La auto-regulación de la moralidad no es un asunto puramente intra-psíquico como los racionalistas podrían hacernos creer. Las personas no operan como agentes morales autónomos impermeables a las realidades sociales en que están inmersos. La agencia moral está situada socialmente y es ejercida de maneras particularizadas dependiendo de las condiciones de vida bajo las cuales la gente gestiona sus asuntos. La teoría social cognitiva, por lo tanto, adopta una perspectiva interaccionista hacia la moralidad. Las acciones morales son producto de la interacción recíproca de influencias personales y sociales. Emergen conflictos entre auto-sanciones y sanciones sociales cuando los individuos son castigados socialmente por cursos de acción que ellos consideran correctos y justos. Disidentes e inconformes amparados en principios frecuentemente se hallan en esta difícil situación. Algunos sacrifican su bienestar por sus convicciones. La gente también experimenta comúnmente conflictos en los cuales es socialmente presionada a incurrir en conductas que violan sus estándares morales. Las respuestas a tales dilemas morales están determinadas por la fuerza relativa de las auto-sanciones y las sanciones sociales y la aplicación condicional de estándares morales” (Bandura, *ob. cit.*, p. 16).

Estas tensiones entre moral y cultura aparecieron en parte en la tipología generada por nuestra investigación (tipología que se retomará en la segunda parte del presente artículo): la anomia se caracterizó por las justificaciones a la transgresión de la ley (“fueques” de dos clases: económico-prácticos y culturales).

<sup>8</sup> Aquí, con Kant y Kohlberg se introduce la perspectiva prescriptiva. El mero conocimiento de la opinión de los otros (por ejemplo vía encuestas) no debería cambiar un juicio moral, salvo como una levísima invitación a revisar los argumentos.

gún Kant— que el engaño sea un comportamiento universal, pues si el engaño se universalizara el mundo sería invivible. Y esto es así con independencia de, pongamos por caso, el grado de tolerancia (o intolerancia) frente al engaño que le ha infundido al agente moral una determinada tradición cultural.

Con todo, para Kant actuar por deber y sólo por deber, no en función de beneficios u otras externalidades, es característica ineludible de lo moral. Actuar por deber y sólo por deber es la expresión máxima de la autorregulación, de la mayoría de edad.

De hecho la investigación de Kant separa moral y cultura en respuesta en buena parte al asombro de la Europa del siglo xviii ante la diversidad cultural. En cierto sentido, Kant asume (y ayuda a impulsar) la revolución intelectual contemporánea contra el etnocentrismo. La ética discursiva de Habermas prolonga esta revolución al convertir en criterio central la validación en el marco de una discusión pública de los implicados, sean éstos afectados o beneficiados.

#### 1.2. Pluralismo más que relativismo

La acusación de relativismo prescriptivo es imprecisa, aunque no del todo injusta. Lo que reconocemos como un *hecho* y hasta ahora hemos considerado también como algo *deseable* es el *pluralismo moral*, al menos en el sentido de que coexistan distintas justificaciones para unas mismas reglas (consenso traslapado de Rawls). Precisamente, la idea de autonomía moral (tan valiosa para Kant y Kohlberg) no tendría ningún sentido si se pudiera suponer o demostrar desde un comienzo una convergencia inevitable del desarrollo moral de los individuos. Tal vez por eso en varias ocasiones (aunque no en el título) la autora prefiere hablar de “lo” moral. Hoy por hoy hablar de “la” moral fácilmente suena opresivo. Por eso somos *pluralistas prescriptivos* y con MacIntyre (1990) valoramos la coexistencia de (y la fértil discusión entre) grandes tradiciones de reflexión ética que encarnan orientaciones e

intentos de fundamentación muy diversos en materia de moral<sup>9</sup>.

Ser pluralista no necesariamente implica ser relativista. O, más exactamente, no tiene las consecuencias de debilitamiento del poder regulador que la comentarista atribuye al relativismo prescriptivo. Igual que con la tolerancia religiosa, hoy parece necesario aceptar que pueden coexistir puntos de vista morales diversos fuertemente obligantes para las personas (cada cual en ejercicio de su autonomía moral). Kant sólo pedía que cada persona se gobernara a sí misma (mayoría de edad) y para ello adoptara sus máximas sometiéndolas a la prueba de fuego de la universalización.

La diversidad de juicios morales no es incompatible con el hecho de que cada cual, en las reglas que se impone, se exija poder desear que tales reglas subjetivas puedan ser ley universal. La regla subjetiva que el individuo se impone, la máxima, tiene una universalidad virtual, racional, no empírica. Por supuesto, esto no impide (sino que más bien facilita) la argumentación en materia moral (ilustrada, por ejemplo, por el propio Kant en su razonamiento radical contra toda mentira). Por esa tensión entre vocación de universalidad e inevitable pluralismo, los dilemas morales se distinguen de los problemas que abordan las disciplinas científicas.

Como se ha indicado, los juicios morales tienen pretensión o vocación de universalidad<sup>10</sup>, por eso puede haber discusiones morales. Más aún, es reconocida la diversidad de posiciones en materia de ética. Esta diversidad es enfatizada por MacIntyre, el filósofo neotomista ya citado, que en modo alguno podría acusarse de relativista. Y las discusiones morales no necesariamente terminan en consenso, aunque puedan enriquecer sustantivamente el criterio de cada participante. Pluralismo no implica relativismo. Con mucha razón, la autora toma la precaución de decir que “a este relativismo prescriptivo [lo moral *debe ser* lo que cada cual considere como tal] *parecen* adherirse Mockus y Corzo” (subrayado nuestro).

<sup>9</sup> Para formarse una idea de la diversidad de sistematizaciones filosóficas de lo moral pueden verse: MacIntyre Alasdair, *Three Rival Versions of Moral Enquiry*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1990. Versión española: *Tres versiones rivales de la ética* (Rogelio Rovira, traductor), presentación de Alejandro Llano, Madrid, Rialp, 1992; Camps Victoria (ed.), *Historia de la ética*, 3 vols., Barcelona, Crítica, 1988.

<sup>10</sup> Pretender universalidad y ser (mentalmente) universalizable no es exactamente lo mismo. El imperativo de Kant (actúa según máximas que puedas querer que todo el mundo siga) no requiere el querer sino el poder querer. Alguien que acepta decir mentiras piadosas debe estar dispuesto, si es kantiano, a aguantar un mundo donde todos dijéramos mentiras piadosas, pero no está obligado a abogar por tal mundo, a buscar que su precepto sea empíricamente compartido por todos.

[6]

No es cierto, como afirma o deduce la comentarista, que propongamos “dejar de lado la moral y aceptar la ley como un tipo de acuerdo que facilita la convivencia” (*art. cit.*, p. 84). En ningún texto hemos recomendado “dejar de lado la moral y aceptar la ley”. En cambio sí hemos recomendado “armonizar” ley, cultura y moral. En lo que se refiere a las relaciones entre moral y ley, lo deseable y lo buscado es que haya desaprobación moral de la ilegalidad y aprobación moral de las obligaciones legales; y que además se conozca la posibilidad de (y haya obligación moral de) buscar resolver democráticamente las tensiones entre ley y moral, mediante participación en el debate público y en los procesos de reforma legislativa.

Un principio moral aspira a ser universal y no se derrumba por el hecho de no serlo empíricamente. Ahí está tal vez el mayor aporte de Kant. No rechazamos (ni descriptiva ni prescriptivamente) esta vocación de universalidad. La discusión que suscita la autora pone de relieve la tensión entre pluralismo (y consecuente respeto a la moralidad del otro, aun si es distinta a la mía) y relativismo (con consecuencias de devaluación, en la dirección del “todo vale” para la moralidad propia y ajena).

Consideramos crucial que las personas lleguen a sentir el deber moral general de acatar en principio las leyes (aun las que afectan sus intereses). Las fuerzas reguladoras *sumadas* (a veces complementarias, llenando las unas los vacíos de las otras, a veces llanamente convergentes) de ley, moral y cultura son las que creemos que pueden producir convivencia. Cuando, excepcionalmente, una ley no está de acuerdo con el juicio moral de una persona (el ejemplo que pone la comentarista es la ley que en algunos países autoriza la pena de muerte), la persona tiene la posibilidad (y en nuestra opinión el deber moral) de participar en los procesos democráticos que apunten a transformar aquella ley con la que no se está de acuerdo. Las tensiones entre ley y moral alimentan los procesos de transformación de la ley. Kant, por ejemplo, no autorizaba la desobediencia de la ley por razones morales. Sí autorizaba, y recomendaba, la participación en la discusión pública ilustrada<sup>11</sup>. Allí debía expresar y cualificar sus dudas quien las

tuviera. La ley, para Habermas y Rawls, básicamente expresa los mínimos morales en torno a los cuales una sociedad ha logrado ponerse de acuerdo.

Compartimos la alta valoración de la evolución hacia juicios más universalizables o más sustentables argumentativamente ante auditorios conformados por los posibles afectados (Habermas transforma en esta dirección el imperativo de Kant). La referencia al trabajo de Turiel (2002) aporta a la posibilidad de caracterizar la especificidad de lo moral y mostrar cómo niños y adultos reconocen la superioridad de la moral sobre las normas convencionales (reglas simplemente convenidas, como para un juego).

La excepción al cumplimiento de la ley por consideraciones morales es en Colombia un problema crucial porque ayuda a encubrir y agravar el incumplimiento por razones prosaicas. En efecto, como bien lo subraya la doctora Villegas, la investigación mostró que los jóvenes anómicos (que claramente tienen mayor probabilidad de ser violentos) se caracterizan más por el divorcio entre ley y cultura que por el divorcio entre ley y moral. Pero también mostró que las excusas más pragmáticas (gran provecho económico, única manera de lograr el objetivo) eran empleadas por el mismo tipo de joven que empleaba las excusas culturales.

Ambos divorcios son problemáticos y por eso en la práctica (programas de *Cultura ciudadana* en Bogotá en los periodos 1995-1997 y 2001-2003) hemos dedicado esfuerzos a reducir la aprobación cultural y moral de las acciones ilegales y a aumentar la aprobación cultural y moral del cumplimiento de las obligaciones legales (como respetar la vida o tributar).

Ciudadanos que sienten culpa al violar la ley, ciudadanos que se toman el trabajo de reconvenir al trasgresor, ciudadanos que aceptan de buena gana ser corregidos por otros, conforman un ideal que no nos parece modesto, en la situación en la que nos encontramos.

La labor universitaria (tan maravillosamente pluralizante) se encargará de ayudarnos a evitar que los avances en armonía entre ley, moral y cultura lleguen a excluir las fértiles discusiones en torno a los tres sistemas reguladores.

<sup>11</sup> Ya Sócrates, en el *Critón*, a raíz de la oferta de fuga, exige que las tensiones entre ley y moral sean objeto de debate público. Sócrates, el fundador de la reflexión moral sistemática, reconoce en ese diálogo el enorme peligro que para la ciudad-Estado representaría el que cada ciudadano se sintiera autorizado a transgredir la ley por consideraciones morales privadas.

### 1.3. Rol de la moral: ¿moral sobre ley?

Siguiendo los estudios de Turiel, la doctora Villegas señala que

Los niños desde edad temprana distinguen el dominio moral [...] y consideran que lo moral debe valer para todo el mundo y sus prescripciones no pueden ser cambiadas por la voluntad de alguien. Adicionalmente consideran más graves las violaciones a las normas morales [...] Estas creencias se mantienen similares de la infancia a la edad adulta.

Esto daría argumentos empíricos (descriptivos además de los prescriptivos) a favor de la primacía de la moral (sobre ley y sobre cultura).

Sin embargo, en la etapa 4 de desarrollo moral en el sentido de Kohlberg, la moral se pone al servicio de un conformismo legal (acompañado o fundado en argumentos).

Si ser sensible al criterio de universalización posible genera mayor culpa o vergüenza es una pregunta que puede ser abordada teórica y empíricamente. La respuesta, como reconoce la autora, es empíricamente positiva. Sin embargo, también se dan casos (tesis doctoral actualmente adelantada por Ángela Bermúdez en Harvard) en los cuales una lúcida lectura crítica del mundo social externo no se acompaña de capacidad autocrítica y otros en los cuales el desarrollo del pensamiento crítico se da sobre todo contra sí.

La sociedad colombiana ha pagado precios muy altos porque algunos colombianos en repetidas ocasiones han puesto consideraciones morales por sobre las legales (pretendiendo justificar moralmente acciones o incluso organizaciones por fuera de la ley<sup>12</sup>). No es una característica exclusiva de esos colombianos. Por el contrario, el mundo contemporáneo abunda en ejemplos de trasgresión de la ley con justificación moral. Por ello la discusión que propone la autora es crucial. Y nuestra posición tiene que evolucionar del entusiasmo unilateral con lo moral a una comprensión más profunda de los vínculos de

lo moral con lo legal y con lo cultural, y también de los vínculos propios entre lo legal y lo cultural<sup>13</sup>.

Kant valora la posición crítica frente a la ley pero no invita a la desobediencia civil, ni la justifica. Por el contrario, invita a obedecer y simultáneamente a participar presentando las críticas en el debate público calificado (para que no queden dudas, en *¿Qué es la Ilustración?* utiliza el famoso “Razonad, razonad todo lo que queráis, pero obedeced” de Federico ii).

Como empíricamente se comprueba, la posibilidad de obedecer la ley no sólo se da por sanciones externas. La ley puede también ser obedecida por admiración o porque la cultura y la moral se han armonizado con ella, dándose culpa y vergüenza por desobedecerla. Se nos puede acusar de sobrevalorar el sentido de autonomía de la persona, no de desconocerlo.

Los actos de “asentimiento reflexivo” por el cual el sujeto considera moralmente adecuado o bueno cumplir la ley ilustran lo que llamamos la armonía de ley y moral. La inconsistencia en la acción con un precepto moral genera mayor culpa o vergüenza porque el precepto pretende universalidad.

No se puede poner la moral por encima de la ley, ni la ley por encima de la moral. Al menos, así lo pensó (y actuó en consecuencia) Sócrates, fundador de la reflexión ética. Fue por eso que aceptó tomar la cicuta. No era fácil, o era fácil pero hubiera roto su camino de consecuencia, actuar burlando la sentencia de los jueces desde la soberbia de su superioridad moral. Los filósofos fundadores del cinismo (parte de los discípulos de Sócrates) sí lo hicieron.

### 1.4. Reflexión moral y procesamiento democrático de las tensiones entre ley y moral

Según Agnes Heller<sup>14</sup>, lo propio de la modernidad es que la discusión sobre la justicia es permanente y se puede discutir simultáneamente si la aplicación de la ley a una situación es justa y si la ley misma es justa. El ámbito de la opinión

[8]

<sup>12</sup> No basta con que crean que lo que hacen es moralmente defendible para hacerlo moral. Sin embargo, que intenten convencer a la sociedad de que actúan de manera moral da lugar a la posibilidad de una conversación, de una discusión moral.

<sup>13</sup> Los vínculos entre ley y cultura se activan y exploran con mecanismos alternativos de solución de conflictos, como la elección de jueces de paz. La ley que desarrolla la figura de los jueces de paz interpretó el mandato constitucional de “resolver en equidad conflictos individuales y comunitarios” (cpn, art. 247) en la dirección de una justicia que comprende la equidad en un sentido comunitario, buscando conciliar lo que sea reconocido como justo a la luz de los usos y costumbres con un respeto obligatorio a los derechos fundamentales constitucionalmente consagrados.

<sup>14</sup> Fraser N. y A. Heller, *Justicia social*, Bogotá, Uniandes, Estudios Ocasionales del cijus, 1997.

pública se ve alimentado por esa discusión, y ésta a su vez explica el tremendo dinamismo jurídico de las sociedades modernas. Como proponía Kant, esto supone cierto desdoblamiento: como funcionario (o como ciudadano) cumplo con mis obligaciones legales, aunque al mismo tiempo (como persona en camino de la Ilustración, como miembro de un público) puedo debatir las normas que me imponen esas obligaciones.

En síntesis, las tensiones entre ley y moral son intrínsecas a la sociedad moderna y al mismo tiempo son útiles, por dar lugar a discusiones que tienen un potencial positivo tanto para el cambio legal como para el desarrollo (o el auto-perfeccionamiento) moral.

En la sociedad contemporánea son admirables dos características entreveradas: la obediencia casi generalizada a normas en el mismo momento en que éstas pueden estar radicalmente cuestionadas y a punto de ser cambiadas, y la confianza radical en los procedimientos (se presume que en principio puede pretenderse que son justas las leyes que se producen de conformidad con procedimientos justos).

Habermas muestra la unidad en el Estado constitucional democrático de lo que parecerían dos clases distintas de autonomía: la primera se gana cuando se alcanza la mayoría de edad kantiana, la segunda se gana cuando el sujeto se relaciona con la ley como si él mismo fuera su autor:

... aquellos a quienes va dirigida la ley pueden adquirir autonomía (en el sentido kantiano) únicamente en el grado en el que ellos puedan entenderse a sí mismos como los autores de las leyes a las cuales ellos están sujetos como personas jurídicas naturales (*private legal persons*)<sup>15</sup>.

Adicionalmente, Habermas subraya la base procedimental-comunicativa de esa autonomía:

Un orden legal es legítimo cuando salvaguarda en igual grado la autonomía de todos los ciudadanos. Los ciudadanos son autónomos si los destinatarios de la ley pueden verse ellos mismos como sus autores. Y sus autores son libres solamente como participantes en procesos legislativos que se regulan de tal manera que y toman lugar en formas de comunicación tales que todos puedan pre-

sumir que las regulaciones emitidas de esa manera merecen un asentimiento general y racionalmente motivado<sup>16</sup>.

Miremos ahora esta discusión sobre formas democráticas de procesar tensiones entre ley y moral en términos de Kohlberg, el autor que posiblemente inspira más a la autora en su comentario.

Posiblemente por razones similares de reconciliación (siempre en obra) entre ley y moral, Kohlberg terminó impulsando la creación de colegios democráticos. Sus etapas 1, 2 y 3 son prejurídicas. La etapa 4 es de orientación legalista con sustentación argumentada de las obligaciones legales. La etapa 5 implica la posibilidad de problematizar argumentativamente y jerarquizar normas. Introduce una mirada post-convencional hacia ellas: las normas son creaciones humanas, y mientras se respeten los derechos fundamentales y las reglas para crear normas, cabe cultivar una gran distancia moral frente a la ley.

La doctora Villegas nos ayuda a reconocer que estamos en una sociedad donde aún las élites no consideran deseable someterse al pleno imperio de la ley (la ley es para los de ruana o para los demás). Es vital proseguir esta discusión.

Con su comentario, la autora ayuda a reconocer los peligros de una opción demasiado cruda por un cumplimiento acrítico de la ley. Sin embargo, para Kant la actitud crítica no autoriza la desobediencia. Rawls autoriza la desobediencia civil pero con condiciones previas, entre ellas el agotamiento de procedimientos ordinarios, publicidad y disposición a aceptar el castigo.

Las tensiones entre ley y moral son constitutivas de la Modernidad: lo importante es que se expresen y se procesen. De ahí la gran importancia contemporánea de la opinión pública, de los procesos de legitimación y de los procedimientos democráticos para modificar aquellas normas que no logran la adhesión moral de la ciudadanía. Aunque procedimentalmente las mayorías parecieran contar con un poder apabullante sobre las minorías, las garantías constitucionales y las dinámicas de argumentación pública amparadas en la fuerza de la argumentación moral le han permitido a muchas minorías hacer valer su

<sup>15</sup> Habermas J., "Struggles for Recognition in the Democratic Constitutional State", en Taylor C. *et al.*, *Multiculturalism*, edición e introducción de Amy Gutmann, Princeton, Princeton University Press, 1994, p. 112.

<sup>16</sup> *Ídem.*, pp. 121-122.

punto de vista en muchos aspectos. La fuerza del argumento ha transformado en muchos casos la posición de las mayorías. En síntesis, las tensiones entre ley y moral alimentan los procesos democráticos y en ellos van encontrando su solución (a veces precaria, a veces transitoria, reconocidamente imperfecta).

Recíprocamente, la participación ciudadana necesita alimentarse fundamentalmente de la tensión entre ley y moral. Si la participación tiene fines puntuales (particularistas), la introducción de mecanismos técnicos de identificación de necesidades y de buena gestión pueden desplazarla fácilmente. En cambio, la participación tiene un alcance y unos potenciales más grandes si ayuda a conocer y comprender las diversas tensiones entre intereses particulares e interés general, si ayuda a confrontar argumentativamente diversas interpretaciones de qué es una vida mejor y si ayuda a ir precisando qué comportamientos son aceptables o no. Participar es una oportunidad de reconstruir simultáneamente ley y moral. Además, si se asumiera así, obviamente se ganaría una mejor comprensión de las leyes y aumentaría el cumplimiento voluntario de las mismas.

Si por razones morales acudo fácilmente al expediente de transgredir la ley, no me interesará participar en la modificación de leyes. Si no

experimento o no me tomo en serio ninguna tensión entre ley y moral, mi conformismo puede llevarme también a no participar. La tensión entre ley y moral debería ser reconocida como un motor fundamental de la participación democrática. Tal vez “el” motor fundamental.

## 2. ¿HACIA DÓNDE ES PRIORITARIO DIRIGIR LOS ESFUERZOS EDUCATIVOS CON LOS JÓVENES DE BOGOTÁ?

La confrontación de la anterior discusión (“abstracta”) con los hechos se ha dado de dos maneras:

1) a través de las políticas, programas y acciones de cultura ciudadana en Bogotá (1995-1997 y 2001-2003) y

2) a través del estudio de las respuestas a preguntas que se gestaron en conexión con ella por parte de una muestra de 1.451 jóvenes escolarizados de Bogotá. Estas respuestas, llevaron a la caracterización de tres grupos<sup>17</sup> (reconocida por la autora del comentario como uno de los resultados más interesantes del estudio): cumplidos, cuasi cumplidos y anómicos.

### 2.1. La tipología “cumplidos”, “cuasi cumplidos” y “anómicos”

Resumimos la tipología para luego retomar la discusión sobre prioridades de acción.

De los tres grupos empíricamente hallados los

[10]

**Tabla 1**

**Clasificación por convivencia (1.451 jóvenes de noveno grado, Bogotá)**

|                                       | cumplidos 29%  | cuasi cumplidos 36%   | anómicos 35%   |
|---------------------------------------|--|---|--|
| <b>Respuestas más características</b> | <p>Ante incumplimiento de acuerdos, siempre buscan reconstruir y compensar. Al incumplir, siempre dan explicaciones. Cuando les incumplen, siempre invitan a examinar y a dialogar; nunca eluden al incumplido ni buscan avergonzarlo. <i>Son reparadores de acuerdos.</i></p> <p>Consideran que son capaces de construir buenos acuerdos y que siempre les es fácil cumplir acuerdos.</p> <p>Nunca justifican copiar ni dejar copiar en un examen.</p> <p><i>Siempre actúan según la ley.</i></p> <p>Confían en que la otra parte cumplirá los acuerdos.</p> <p><i>Nunca responden a la violencia con violencia.</i></p> <p>Nunca hacen justicia por mano propia.</p> <p>Incumplir un acuerdo les genera pena y culpa.</p> <p>Respuestas categóricas (nunca/siempre).</p> | <p>Casi siempre logran construir y cumplir los acuerdos.</p> <p>Casi siempre actúan conforme a la ley.</p> <p>Son flexibles ante incumplimiento propio o ajeno de acuerdos. Casi nunca eluden al incumplido, casi nunca buscan avergonzarlo. Casi siempre explican su propio incumplimiento; casi siempre intentan llegar a un nuevo acuerdo, compensar perjuicios.</p> <p>Ante su incumplimiento, casi siempre sienten culpa.</p> <p>Casi siempre actúan conforme a su conciencia.</p> <p>Casi nunca se disgustan al ser castigados por desobedecer simultáneamente la ley y su conciencia.</p> <p>Respuestas matizadas (casi nunca/casi siempre).</p> | <p>Siempre justifican desobedecer la ley cuando:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>–hay gran provecho económico.</li> <li>–es el único medio para lograr objetivos.</li> <li>–es lo acostumbrado.</li> <li>–alguien lo ha hecho y le ha ido bien.</li> </ul> <p>Nunca actúan conforme a la ley. Siempre justifican copiar en un examen.</p> <p>No toleran vecinos con sida.</p> <p>No contribuirían a impulsar la aprobación o modificación de una ley.</p> |
| <b>Demográficas</b>                   | 33,8% de las mujeres son cumplidas, mientras que sólo el 22,6% de los hombres lo es.   | 2/3 de los jóvenes de colegio privado de matrícula más costosa son cuasi cumplidos.   | 40,9% de los hombres son anómicos, mientras que sólo el 26,1% de las mujeres lo son.   |

<sup>17</sup> Esta clasificación en tres grupos se llevó a cabo utilizando métodos de clasificación automática.

cumplidos son los menos violentos. No por ello son perfectos, de hecho casi la mitad de los cumplidos son bastante inflexibles ante argumentos (dogmáticos). Aquí puede haber un elemento de juicio a favor de la desconfianza de la comentarista ante nuestra simpatía por los cumplidos. Sin embargo, la pregunta es: ¿promover el cumplimiento será un objetivo modesto y política y moralmente conformista? Esto conduce a la pregunta más general que abordamos a continuación.

## 2.2. ¿Se le puede dar un uso prescriptivo a la tipología?

Dada la clasificación, de base empírica y con insumos teóricos explícitos, ¿podría servir para orientar la actividad educativa? La autora del comentario no se detiene siquiera a cuestionar nuestra primera y principal prioridad práctica: *reducir la proporción de jóvenes cuyas respuestas manifiestan anomia*. Pero la autora del comentario sí encuentra problemática nuestra segunda prioridad: favorecer el cumplimiento frente al cuasi cumplimiento<sup>18</sup>. Qué es mejor, ser cumplido o cuasi cumplido, puede examinarse con apoyo de los datos disponibles desde al menos cuatro perspectivas: reducción de violencia, desarrollo moral, confianza y razones “nobles” para desobedecer la ley (desobediencia civil).

### 2.2.1. Si el criterio es violencia

La idea desde un comienzo fue examinar de manera independiente lo que es la convivencia positivamente (seguir reglas, acuerdos, etc.), luego examinarla negativamente (como ausencia de violencia) y luego comparar.

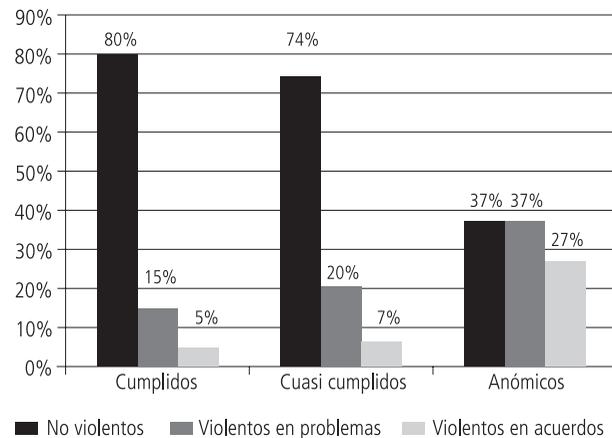
Las preguntas realizadas sobre uso o padecimiento de violencia (y que no entraron en el análisis de factores y grupos por convivencia) permitieron hacer una clasificación de los jóvenes en tres grupos: no violentos, violentos en problemas y violentos en acuerdos.

Al utilizar los porcentajes de propensión a la violencia se nota que cuando se pasa de los cumplidos a los cuasi cumplidos aumenta un poco (casi un 35%) la probabilidad de ser violento (en problemas y acuerdos). Pero si se pasa de

cumplidos a anómicos la probabilidad de ser violento (en problemas y acuerdos) se multiplica por 3,2. Redondeando cifras, en el paso de cumplidos a anómicos la probabilidad de ser violento en problemas aumenta un poco más del doble, y la de serlo en acuerdos se multiplica por cinco. Cuando se pasa de los cuasi cumplidos a los anómicos los tres saltos son algo menores pero comparables (multiplicación por 2,3, casi duplicación y multiplicación por cuatro).

### Gráfico 1

#### Tendencia a la violencia por cada grupo de convivencia



La óptica explícitamente prescriptiva o normativa del trabajo está resumida aquí: lo esencial es encontrar y estudiar correspondencias que ayuden a reducir la violencia. Desde esa perspectiva, la diferencia entre cumplidos y cuasi cumplidos no es la más grande. Por eso la lucha contra la anomia y no la afirmación del cumplimiento contra el cuasi cumplimiento es la principal recomendación práctica del estudio.

Si se ordenan prescriptivamente –tal como lo hicimos– las dos clasificaciones, mejora (y se asemeja) la predicción estadística en ambas direcciones (grupo de convivencia predice grupo de violencia, y viceversa). Conceptualmente ambas relaciones causales son creíbles: la anomia propicia violencia y la violencia propicia anomia; un anómico tiene sensiblemente mayor probabilidad de ser violento, y viceversa<sup>19</sup>. El 53% de los

<sup>18</sup> Incluso el informe de investigación y su versión como libro: Mockus A. y J. Corzo, *Cumplir para convivir*, Bogotá iepri, 2003, muestran algo de dubitación al escoger el lado “positivo” en el factor que más contribuye a diferenciar cumplidos y cuasi cumplidos. Bajo varios aspectos la posición del cuasi cumplido parece a primera vista más defendible.

<sup>19</sup> Si no se ordenan los grupos desde el punto de vista prescriptivo, es la pertenencia a los grupos de violencia la que predice mejor la pertenencia a los grupos de convivencia. El error en el pronóstico del grupo de convivencia por el grupo de violencia es 15% menor que el error de predicción en el sentido contrario.

jóvenes no son ni violentos ni anómicos y sólo 20% son anómicos y violentos. Sin embargo, también existen jóvenes violentos no anómicos (16%) y jóvenes anómicos no violentos (11%) cuyo comportamiento puede ser altamente problemático (conducir por ejemplo a corrupción “pacífica” o a violencia justificada en causas no “prosaicas”).

2.2.2. Si el criterio es desarrollo moral

*¿Consolidar la etapa 4 o jalonar hacia la 5?*

¿Qué será lo prioritario con los jóvenes escolarizados de Bogotá, llevar a la etapa 4 de Kohlberg al 50% de los que están en etapas anteriores o aumentar, más allá del 0,2% actual el número de jóvenes en etapa 5?

Ser cumplidos o llegar a la etapa 4 es un mínimo... y los ideales pueden ser las etapas 5 y 6. De hecho, en los estudios empíricos de Kohlberg aparecieron muchos “4 y medio” que se permitían excepciones basadas en la lógica de la etapa 2. Obviamente esto no es igual a la etapa 5 y mucho menos a la 6 (cuyo contenido empírico fue cuestionado por el propio Kohlberg: parecería ser un puro ideal).

La comentarista ayuda mucho a avanzar en la identificación de un problema posiblemente crucial en nuestra sociedad: nos sentimos autorizados con excesiva facilidad a poner la moral por encima de la ley. Quien asume que lo moral (o la moral) prima sobre lo legal está a un paso (o menos), de aceptar muy diversos tipos de justificación al incumplimiento de la ley.

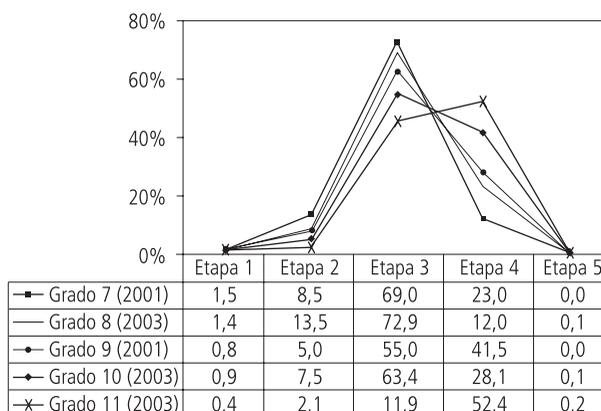
Compartimos que hay razones “nobles” y razones “prosaicas” para incumplir la ley. Nos preocupa que no haya un sentido básico general de predisposición moral a obedecer la ley (obedezco la ley aun estando muy dispuesto o interesado en cambiarla). La defensa de la etapa 5, en la que paradójicamente se encuentran muy pocos (0,1% de los jóvenes en grados 8º y 10º y 0,2% en el grado 11º), podría “aliviar” la presión moral de todas las etapas anteriores y especialmente de la etapa 4 (que representa el 12%, el 28% y el 52% para quienes inician los grados 8º, 10º y 11º respectivamente). La “sofisticación” moral de las élites podría tener efectos desmoralizantes sobre el común de las gentes. Pero ¿cómo se expresa esa sofisticación?

Los estudios que conocemos en Colombia muestran que los jóvenes están casi todos en las etapas 1, 2 y 3 (ver gráfico 2). Incluso para alguna gente promover la regulación cultural ya se justifica: es promover el paso de la etapa 2 a la etapa 3.

En cuanto al desarrollo moral, se puede notar que según encuestas realizadas por la sed, en 9º grado en Bogotá predomina la etapa 3 de Kohlberg. En el gráfico 2 se observa que en la mayoría de los grados (aplicaciones de finales de 2001 y de comienzos de 2003) primó la etapa 3, salvo para el grado 11º que tuvo una sola aplicación en el 2003 y en el cual fueron más numerosos los estudiantes en etapa 4. Además, comparando 2003 con 2001 se constatan algunas desmejoras.

**Gráfico 2**

**Distribución de los jóvenes de 7º a 11º de Bogotá por etapas de desarrollo moral**



Recordemos que las primeras etapas de desarrollo moral son poco universalistas. En la primera, bueno es lo que trae recompensa, malo lo que trae castigo. En la segunda, bueno es responder con la misma moneda. En la tercera, bueno es seguir las normas de grupo. Aquí lo moralmente aceptable coincide con lo culturalmente aceptable en el entorno más inmediato, y fácilmente se puede tener reglas distintas con propios y con extraños. Lo justo es lo conforme a la norma. En la cuarta (*good boy orientation*), la orientación al cumplimiento de la ley ya introduce universalidad de la norma y fundamentación argumentativa: la norma es para todos y la persona da razones para que la norma sea como es. En las etapas quinta y sexta aparecen principios generales desde los cuales normas más específicas pueden y deben ser transformadas. Aquí lo justo puede estar en contra de la norma y, sin duda, se crea la posibilidad de una exploración fértil (para la persona, para las comunidades y para la sociedad) de las tensiones entre ley, cultura y moral.

¿Debemos aspirar a las etapas 5 y 6? La acusación es que proponemos (o “parecemos proponer”) como ideal la etapa 4 (“aquella en que lo

[12]

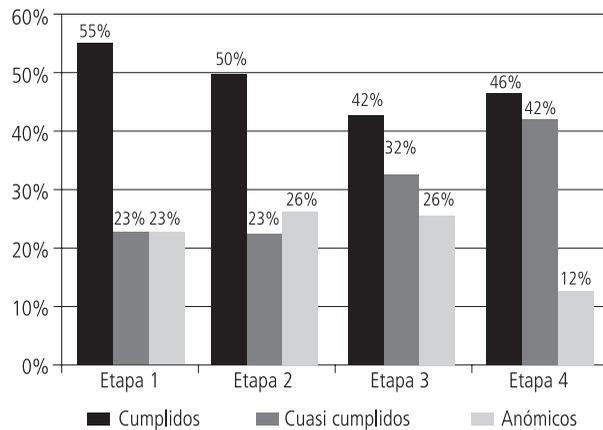
moral es lo prescrito por las leyes”). Pero tengamos en cuenta que Kohlberg sigue un modelo evolutivo de inspiración piagetiana a la luz del cual las etapas no podrían saltarse.

*Etapas de Kohlberg y grupos de convivencia: ¿hasta dónde la etapa 4 y cumplidos son lo mismo? ¿Hasta dónde los cuasi cumplidos van adelante en su desarrollo moral frente a los cumplidos?*

Con datos arrojados por una investigación realizada en la Secretaría de Educación de Bogotá se pudo buscar la relación empírica entre los grupos de convivencia y el nivel de desarrollo moral<sup>20</sup>.

### Gráfico 3

**Etapas de desarrollo moral de Kohlberg, aproximadas por el índice de Gibbs, para cumplidos, cuasi cumplidos y anómicos**



Infelizmente, en la muestra de 1.858 jóvenes usada en este estudio no había sino un solo joven de etapa 5.

En el gráfico se puede observar cómo la anomia crece casi imperceptiblemente de la etapa 1 a la 2, entre la 2 y la 3 permanece constante y decrece muy fuertemente (a menos de la mitad) al pasar de 3 a 4. En la etapa 1 es mayor la proporción de cumplidos, que se reduce al pasar a las etapas 2 y 3 pero vuelve a aumentar al pasar a la etapa 4. El cuasi cumplimiento crece con el grado de desarrollo moral. Esto último le da en parte la razón a la autora. Se podría conjeturar que la convivencia entre personas con bajo nivel de desarrollo moral se basa en cumplimiento y la convivencia entre personas de desarrollo moral alto (etapa 4 en adelante) se basa más en la coexistencia de cumplimiento y cuasi cumplimiento.

to. Sin embargo, desde el punto de vista de reducción de violencia la prioridad máxima sigue siendo reducir la anomia.

A la autora del comentario le parece problemática la idealización del cumplido. Para ella, promover el cumplimiento, poner el énfasis en el respeto sustentado a las normas legales, sería apuntarle a la etapa 4 de Kohlberg. El gráfico 3 muestra que la etapa 4 debilita mucho la anomia, y es compatible tanto con ser cumplido como con ser cuasi cumplido. También se observa una proporción alta de cumplidos en todas las etapas.

### ¿Cómo son los cuasi cumplidos?

Al abordar la pregunta de si son mejores cumplidos o cuasi cumplidos desde dos perspectivas, la de la reducción de la violencia o la del desarrollo moral, hemos visto que la primera se inclina ligeramente a favor de los cumplidos y la otra ligeramente a favor de los cuasi cumplidos. Miremos más a fondo las características de los cuasi cumplidos:

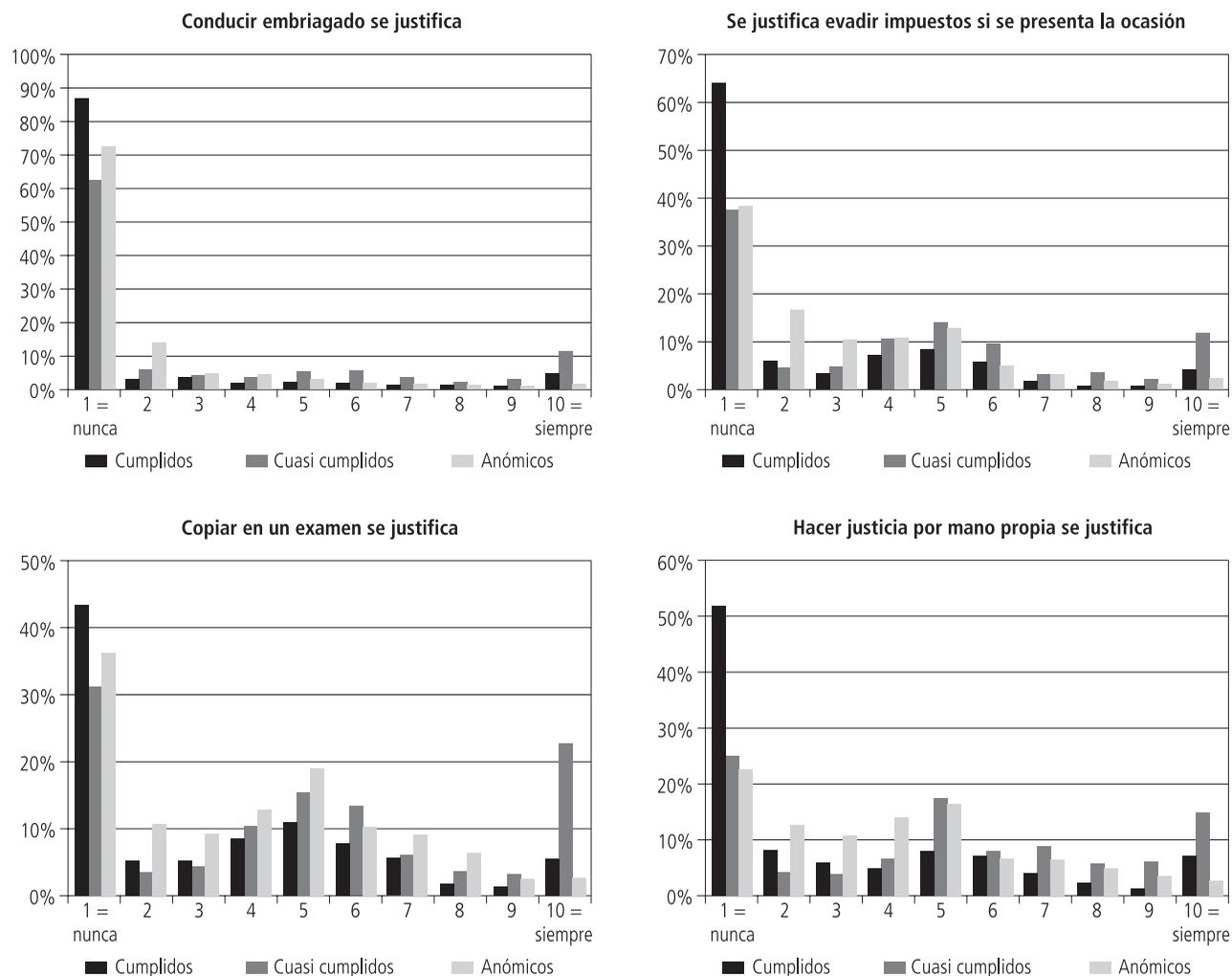
Dos tercios de los jóvenes de colegios privados de costos altos son cuasi cumplidos. Los rasgos tal vez más problemáticos del cuasi cumplido son: cuando le incumplen un acuerdo, casi nunca recurre a la ley para hacerlo cumplir; cuando incumple un acuerdo, casi nunca siente temor a sanciones por parte de la ley; para él la ley en Colombia no es garantía de derechos.

Sin embargo, como se vio, si desobedece la ley y su conciencia le dice que actuó mal, casi nunca rechaza el castigo. No es fatalista, siente que el futuro puede ser transformado: piensa que casi siempre, en cada decisión, uno toma un camino que conduce a un futuro distinto. Y cree que casi siempre cambiar leyes puede producir un futuro distinto para la sociedad.

Las respuestas de los cuasi cumplidos posiblemente reflejan también una mayor prudencia y preocupación por la precisión al utilizar cuantificadores como “siempre” o “nunca” (prudencia asociable a códigos sociolingüísticos elaborados).

No obstante, su relativa “laxitud” frente a una serie de normas no parece corresponder a situaciones excepcionales. La distribución es bimodal con un amontonamiento en 5 en la escala entre 1 y 10 (la de los anómicos es por lo general trimodal, con máximos relativos en 1, 5 y 10 (ver gráfico 4).

<sup>20</sup> La investigación (2001) utilizó una versión reducida de Colcordia (conservando las preguntas que más aportaban a los primeros factores y por consiguiente a la formación de los grupos) y usó el índice de Gibbs para aproximar las etapas de desarrollo moral de Kohlberg.

**Gráfico 4****¿Cuán incumplidos son algunos cuasi cumplidos? Algunas respuestas**

[14]

Como dice la autora del comentario, seguramente dentro de los cuasi cumplidos hay una población mezclada. Pero recordemos que precisamente la clasificación se hizo siguiendo un procedimiento estadístico que procura la máxima homogeneidad en las respuestas dentro de cada grupo y la máxima diferencia entre grupos. Y había respuestas que daban espacio para diferenciar del autor de delitos comunes al objeto de conciencia, al desobediente civil o incluso a quien lucha pacíficamente contra una ley o un sistema injusto<sup>21</sup>. Los anónimos, que justifican la desobediencia a la ley por razones culturales o prácticas, la justifican menos que cumplidos o cuasi cumplidos cuando ello corresponde al esfuerzo pacífico de luchar contra un régimen injusto. Y los cuasi cumplidos se inclinan al in-

cumplimiento por “razones nobles” prácticamente en igual grado que los cumplidos (ver gráfico 6).

Valga recordar aquí lo avanzado en las publicaciones previas sobre la ecología y la interdependencia entre las regulaciones. En filosofía y en psicología del desarrollo moral no es usual considerar los efectos “ecológicos” de la coexistencia de diversos grupos. Para nosotros fue muy atractivo encontrar conceptos con sustento empírico para interpretar las relaciones de chantaje-depredación de cuasi cumplidos a manos de anónimos (aprovechamiento de “rabos de paja”<sup>22</sup>). Así, las excepciones a la ley tienen al menos tres tipos de secuelas indeseables: cunde el mal ejemplo, quienes tienen ánimo extorsionista encuentran de dónde agarrarse y los

<sup>21</sup> Ya se comparó lo que respondieron los tres grupos a esto.

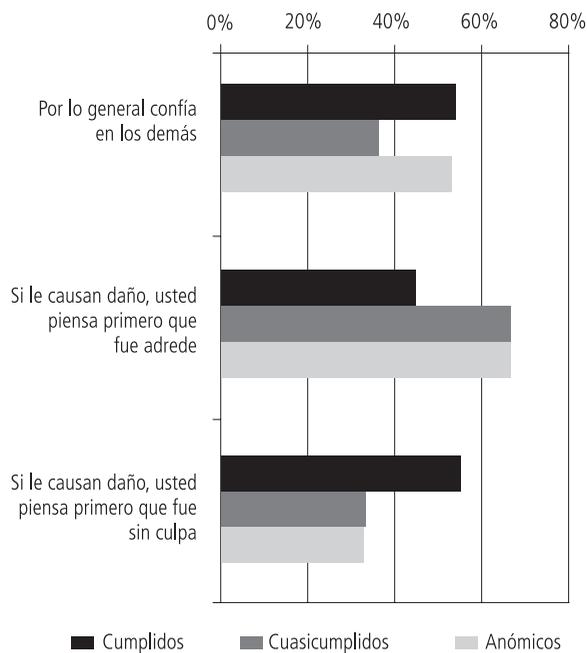
<sup>22</sup> Mockus y Corzo, *Cumplir para convivir*, ob. cit., pp. 128-135.

anómicos encuentran manera de escurrir su incumplimiento sistemático en el incumplimiento esporádico de los cuasi cumplidos.

2.2.3. Si el criterio es confianza

Aquí, las diferencias entre los grupos son menores que en otras preguntas. En confianza interpersonal, cumplidos y cuasi cumplidos son muy parecidos, los anómicos confían menos. Sin embargo, cuando se trata de atribuir intenciones *los cumplidos son más confiados* (“bien pensados”) y los cuasi cumplidos se igualan a los anómicos.

**Gráfico 5**  
Grupos de convivencia, confianza y atribución de intenciones



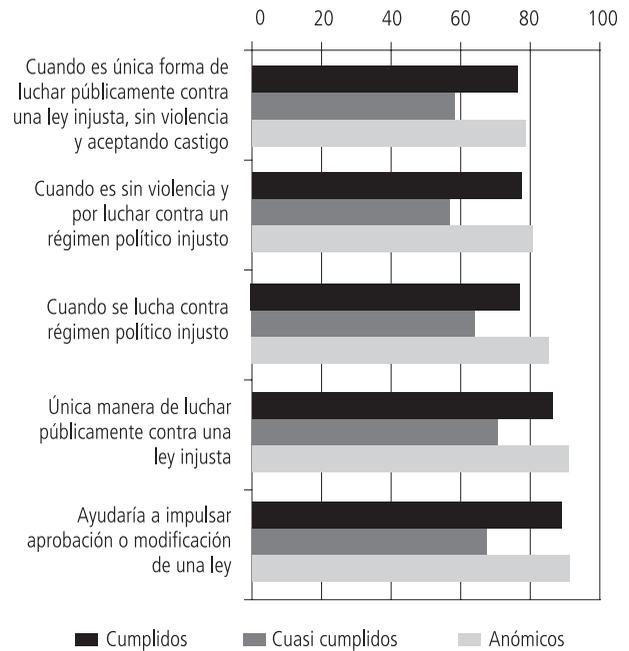
\*Nota: la pregunta sobre intencionalidad del daño sólo tenía dos opciones de respuesta: fue adrede o fue sin culpa.

2.2.4. Si el criterio es desobedecer la ley por razones “nobles” (desobediencia civil)

Los jóvenes con tendencia a la anomia justifican desobedecer la ley por razones prácticas o por ser lo acostumbrado, pero no lo justifican por cambiar una ley o un régimen injustos. Empíricamente, la clasificación construida distingue unas justificaciones de otras. El incumplimiento por razones moralmente “nobles” se distribuye de manera pareja entre los tres grupos.

Como muestra el gráfico 6, cumplidos y cuasi cumplidos responden muy parecido a la posibilidad de desobedecer la ley por razones nobles. Como muestra la última pregunta del gráfico, también en materia de cultura democrática,

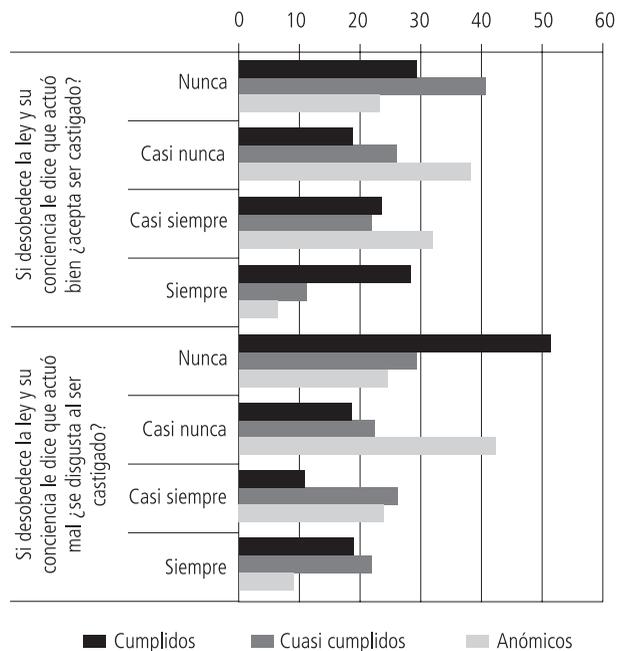
**Gráfico 6**  
“Razones nobles” para desobedecer la ley por grupos de convivencia (y disposición a impulsar cambios legales)



cumplidos y cuasi cumplidos se distinguen poco. En cambio, entre los anómicos claramente hay menor disposición a participar en procesos democráticos.

[15]

**Gráfico 7**  
Reacción al castigo según transgresión a la ley sea en conciencia o contra conciencia

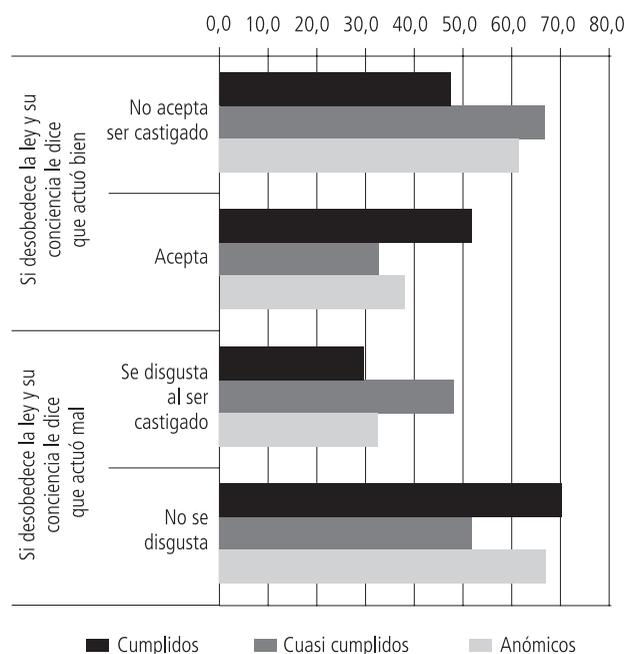


Sólo cerca del 28% de los cumplidos (y tan solo 11% de los anómicos y 6% de los cuasi cum-

plidos) *asumen, esta vez muy explícitamente*, la actitud propia de la desobediencia civil de *aceptar la sanción* al actuar conscientemente contra la ley.

En su disposición general a desobedecer la ley por razones “nobles”, cumplidos y casi cumplidos son muy similares. En cambio, confrontados ya con la disposición a aceptar el castigo legal los casi cumplidos responden de lejos peor que cumplidos y anómicos.

**Gráfico 8**  
Reacción al castigo según transgresión a la ley sea en conciencia o contra conciencia



[16]

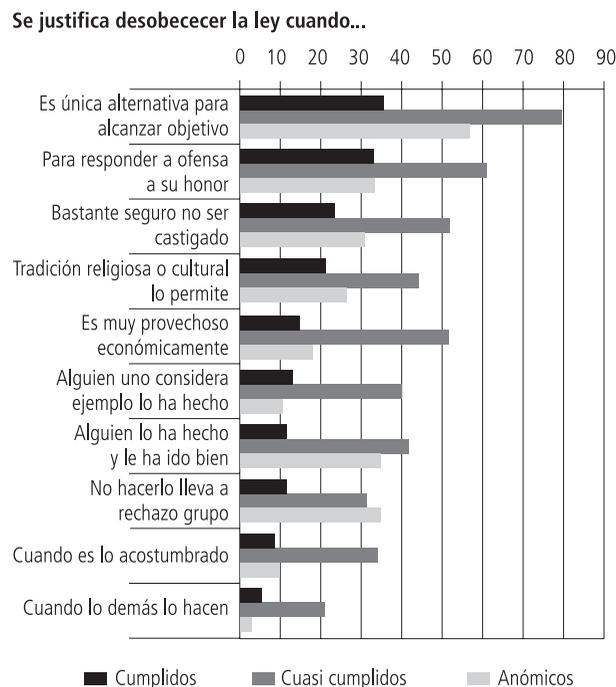
Al agregar “nuncas” con “casi nuncas” y “siempre” con “casi siempre” se hace visible que los cumplidos tienen más cercanía que los casi cumplidos con la desobediencia civil. El cuadro muestra además que si la evaluación moral de una trasgresión a la ley es negativa, aumenta sensiblemente la aceptación del castigo.

Cuando trasgreden la ley y la conciencia, un poco más del 50% de los cumplidos aceptan la sanción (nunca se disgustan). Si se suman las respuestas *nunca* y *casi nunca* este porcentaje se acerca al 70% tanto para cumplidos como para casi cumplidos.

*Las tensiones entre ley y moral: el problema está en las justificaciones “prosaicas” y no en las “nobles”*

Los anómicos son de lejos los que más justifican violar la ley por motivos utilitarios o culturales. Nótese (ver gráfico 9) que en el hecho de acudir menos a estas justificaciones, cumplidos y casi cumplidos se parecen mucho. Sin embar-

**Gráfico 9**  
Razones “prosaicas” para violar la ley



go, los casi cumplidos están a mitad de camino entre cumplidos y anómicos en cuanto a la justificación “cuando es la única alternativa que le queda a uno para alcanzar sus objetivos”.

3. CONCLUSIÓN

Claramente compartimos la opción por la autonomía frente a la heteronomía. Pero esa opción, como bien lo vio el propio Kant, trae sus complejidades. Del sujeto moral autónomo al ciudadano y del ciudadano al Estado y del Estado a la confederación mundial de Estados, hay mediaciones que hay que comprender y desarrollar.

Reconocer y elaborar la diferenciación entre ley y moral ayuda a plantear a fondo el problema de si la ley sólo se obedece por temor al castigo o si, posibilidad decisiva, *también* entra a desempeñar algún papel el libre “asentimiento reflexivo” (Kosgaard citado por la comentarista) o incluso la costumbre. Los comentarios concluyen con la afirmación “lo que se debe promover es el desarrollo moral para lograr un acatamiento de la ley”. Si esto significa un camino entre varios, de acuerdo. No hay duda de que contar con todas las personas de la sociedad ubicadas en las etapas 4 y superiores ayudaría. Pero si significa, como parece, creer que el desarrollo moral es la vía principal, hay que seguirlo discutiendo. Según nuestro entendimiento, las etapas 5 y 6 se

construyen sobre la universalidad (conformista si se quiere) alcanzada en la etapa 4 y relativizan algunos riesgos asociados al exceso de conformismo. Pero lo esencial es que las etapas 5 y 6 (a las que alcanza a llegar más bien una pequeña proporción de los seres humanos) demandan, hasta donde las entendemos, un compromiso con los procedimientos democráticos de formación y de aplicación de la ley.

La pregunta sobre si se debe sujetar la moral a la ley o viceversa es fundamental en su generalidad, y su discusión es muy pertinente en la actual circunstancia colombiana. A nuestro parecer la construcción de cultura democrática supone: a) reconocer como punto de partida la superioridad de la ley sobre la moral (la presunción inversa de superioridad de la moral sobre la ley correspondería a la escuela filosófica llamada “cinismo”); b) valorar la tensión entre los juicios morales y las leyes y su aplicación porque caracteriza la discusión moderna sobre justicia y es positiva tanto para la ley como para la moral; c) matizar la exigencia de obediencia a la ley de dos maneras: la posibilidad de la desobediencia

civil (reconociendo públicamente la realización de la falta y aceptando sus consecuencias jurídicas) y la opción de utilizar la discusión pública y los procedimientos democráticos para transformar la ley que nos parece injusta. Sin embargo, diversas encuestas que han indagado directamente sobre la percepción de la fuerza reguladora de ley, moral y cultura coinciden con la apreciación de la doctora Villegas: la gente mayoritariamente se siente más gobernada por su juicio moral que por la ley. Sin embargo mayoritariamente siente que los demás se gobiernan por la ley. La explicación lógica de esta respuesta tan asimétrica podría ser la siguiente: uno se gobierna por sus máximos (ética personal que exige más que la ley) pero de los demás sólo espera (o sólo puede esperar) que cumplan con unos mínimos (los mínimos de ley). Así, la convicción de ser sujetos moralmente autónomos se puede ver como un insumo democrático decisivo para la vida. Sin embargo, como lo indicara Habermas, la autonomía individual se hace plena cuando uno se relaciona con la ley acatándola como si uno mismo la hubiera escrito.

[17]

# Descomponiendo a George W. Bush: algunas observaciones<sup>1</sup>

Laura Garcés\*

## RESUMEN

El siguiente ensayo busca identificar algunos factores relevantes que le permitieron a G. W. Bush ascender a la presidencia. Entre las piezas compuestas del rompecabezas tenemos: G. W. el hombre, las dinámicas políticas que lo rodean y la poderosa maquinaria que lo llevó al poder. No menos relevante es la cultura política que domina su administración y penetra a su electorado, especialmente la influencia creciente del sur y sus implicaciones. Finalmente, el contexto más amplio del inconsciente colectivo debe ser presentado. Este ángulo más profundo pone mejor en perspectiva el éxito reciente de G. W. Bush y la ideología que él representa. Una sección titulada “El miedo” enlaza a los individuos y a la maquinaria a un impulso a largo plazo y mayormente instintivo de nacionalismo a resistir la penetración e intrusión de un mundo externo hostil. Debido a que la ansiedad de ser infiltrado llama la atención de esos márgenes subrayados por Derrida, pensamos que era apropiado titular esta contribución *Descomponiendo a George W. Bush*.

*Palabras clave:* Política, Estados Unidos, presidencia.

Deconstructing George W. Bush: Some observations

## SUMMARY

The following essay seeks to distinguish some relevant factors which permitted a G. W. Bush presidency. Among the composite pieces of the puzzle: G. W. the man, the political dynamics which surround him, and the powerful machine that helped him into office. No less relevant, is the political culture that dominates his administration and permeates his electorate, especially the rising influence of the South, and its implications. Finally, the wider context of the collective unconscious must be addressed. This deeper angle best puts into perspective the recent success of G. W. Bush and the ideology he represents. A section entitled “Fear” ties the individuals, and the machine, to a long-term, and largely instinctual impulse of nationalism to resist the penetration and encroachment of a hostile outside world. Because the anxiety of being infiltrated calls attention to those margins underscored by Derrida, we thought it appropriate to entitle this contribution *Deconstructing George W. Bush*.

*Key words:* Politics, United States, presidency.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15 / 02 / 2005

FECHA DE APROBACIÓN: 25 / 02 / 2005

análisis político n° 54, Bogotá,  
mayo-agosto, 2005: págs. 18-29

\*Investigadora independiente

<sup>1</sup> Este ensayo es un intento por aislar algunos factores que creemos son relevantes para explicar la conducta de G. W. Bush, particularmente la que se relaciona con su conducción de la política exterior. Reduce la influencia de lejos exagerada de los “neocons”, y en su lugar pretende enfatizar la influencia dominante de algunas tendencias profundamente arraigadas en la diplomacia de Estados Unidos, que han sido acentuadas por la conjunción de las circunstancias momentáneas.

Aunque los detractores de George W. Bush algunas veces lo han ridiculizado y catalogado de simple, su administración ha producido una literatura voluminosa que sugiere lo contrario. ¿Quién es este hombre y hacia dónde nos está llevando? Los diagnósticos al respecto son diversos. Por ejemplo, un trabajo ambicioso de Walter Russell Mead, un miembro de rango superior del Consejo de Relaciones Exteriores de la Política Externa de Estados Unidos, resalta la continuidad. Él percibe una coincidencia de tendencias profundamente arraigadas en la diplomacia americana, específicamente una competencia dentro de la administración, entre un enfoque cuidadoso y pragmático al estilo Jefferson simbolizado por el anterior secretario de Estado Colin Powell y un empuje por la supremacía unilateral al estilo de Jackson<sup>2</sup>. De acuerdo con Russell Mead, mientras que los ataques del 11/9 "... representaron un nuevo tipo de guerra y una nueva amenaza a la seguridad americana, los debates subsiguientes sobre la política exterior americana cayeron en patrones tan viejos como la república misma"<sup>3</sup>.

Otras lecturas han sugerido un descarrilamiento de la diplomacia de Estados Unidos. Bajo esta perspectiva, Estados Unidos está repitiendo un escenario que ya se vivió a finales del siglo xix, con la anexión de Filipinas después de la Guerra Hispano Americana. Esas lecturas señalan una amnesia histórica aguda, "una aparente ignorancia sobre las lecciones importantes que los americanos sacaron de su corto e infeliz experimento de crear un imperio en ultramar"<sup>4</sup>. En ese momento, Filipinas fue empantanada en una guerra que duró catorce años: "antes de que

terminara, cerca de 120.000 tropas americanas habían sido desplegadas y más de 4.000 habían muerto; más de 200.000 filipinos entre civiles y soldados habían muerto"<sup>5</sup>.

Estas miradas recuerdan la ideología civilizadora de la Era Progresiva y cómo llevó a los mejores hombres a la derrota, citando los intentos frustrados de Woodrow Wilson para "enseñar a los mexicanos cómo elegir buenos hombres". Observando otros enfoques, algunos han dibujado un paralelo interesante entre la política exterior de la administración Bush y la de los poderes europeos de comienzos del siglo xx. Mientras discute el actual control del Grand Old Party (gop) por parte de los conservadores sureños, Michael Lind evoca los ejemplos de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón antes de la Primera Guerra Mundial, cuando las élites premodernas, "amenazadas con irrelevancia y extinción por el progreso industrial y la democracia, lograron retener el poder político y enlistar las nuevas técnicas de la ciencia e industria para fomentar las metas aristocráticas premodernas de saqueo y gloria marcial [...] apelando a la intransigencia étnica y la religión supernatural"<sup>6</sup>. De igual modo, el beca-rio de Carnegie, Anatol Lieven, traza un paralelo entre la cultura política de la administración de George W. Bush y la explotación europea del nacionalismo en 1914<sup>7</sup>. Otros académicos han expresado alguna preocupación sobre una posible tendencia al fanatismo religioso<sup>8</sup>.

Dichas analogías ciertamente agregan perspectiva, pero también dejan algunas preguntas. Está lejos de ser cierto que, como Lieven parece sugerir, Estados Unidos puede repetir los errores fatales de Europa, porque ha sido "salvado

[19]

<sup>2</sup> Russell Mead Walter, *Special Providence. American Foreign Policy and How it Changed the World*, Nueva York, Routledge, 2002, p. 308.

<sup>3</sup> *Ídem.*, p. 338.

<sup>4</sup> Judis John B., *The Folly of Empire. What George W. Bush Could Learn From Theodore Roosevelt and Woodrow Wilson*, Nueva York, Scribner, 2004, p. 3.

<sup>5</sup> *Ídem.*, p. 2.

<sup>6</sup> Lind Michael, *Made in Texas. George W. Bush and the Southern Takeover of American Politics*, Nueva York, Basic Books, 2004, p. 166.

<sup>7</sup> Lieven Anatol, *America Right or Wrong. An Anatomy of American Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, pp. 22. Notar en particular: "[...] Como con sus equivalentes en la Europa del pasado, la derecha nacionalista en Estados Unidos y las fuerzas dominantes de la administración Bush absoluta y sinceramente se identifican con su nación a tal punto que la presencia de cualquier grupo en el gobierno es vista como una usurpación, como algo profunda e inherentemente 'antiamericano'. Ellos se sienten que son tanto 'América' como el káiser y los junkers se sintieron ser ellos mismos 'Alemania' y el zar y las élites de la nobleza rusa ser 'Rusia'" (p. 24).

<sup>8</sup> Samuel Huntington es quizá el proponente más reconocido de esta tesis: Huntington Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996. Pero muchos "neocons" se subscriben a esta tesis. Aun un historiador tan experimentado y astuto como Arthur M. Schlesinger suscita esta posibilidad: ver su *War and the American Presidency*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, p. 116.

por la historia”<sup>9</sup>. Las naciones tienen diferentes formas de procesar la memoria colectiva, de acuerdo con sus ideologías particulares. En este aspecto, Estados Unidos ha mostrado una propensión a la repetición. Esto es evidente con respecto a la política, como se implica en los anteriores paralelos de comienzos del siglo xx. También salta a la superficie en el discurso público. Por ejemplo, la retórica sobre la propagación de la “libertad” utilizada por la administración de Bush es una réplica inexplicable del libro *Stages of Economic Growth* de Rostow, que académicos y políticos absorbieron y endosaron en los años sesenta y comienzos de los setenta, antes de que fuera patente que estas etapas simplemente no se ajustan a las realidades de las naciones en desarrollo.

El presente ensayo busca identificar algunos factores relevantes que le permitieron a Bush ascender a la presidencia. Entre las piezas que componen el rompecabezas tenemos: G. W. el hombre, las dinámicas políticas que lo rodean y la poderosa maquinaria que lo llevó al poder. No menos relevante es la cultura política que domina su administración y penetra a su electorado, especialmente la influencia creciente del sur, y sus implicaciones. Finalmente, se presenta el contexto más amplio del inconsciente colectivo. Este ángulo más profundo pone mejor en perspectiva el éxito reciente de Bush y la ideología que él representa. Una sección titulada “El miedo” enlaza a los individuos y a la maquinaria a un impulso a largo plazo, y mayormente instintivo de nacionalismo, a resistir la penetración e intrusión de un mundo externo hostil. Debido a que la ansiedad de ser infiltrado llama la atención de esos márgenes subrayados por Derrida, pensamos que era apropiado titular esta contribución *Descomponiendo a George W. Bush*.

#### EL HOMBRE

¿Quién es George W. Bush y qué representa? La imagen parece obvia y simple. Hasta hace

poco, muchos creyeron ese desagradable rumor de que excepto por la Biblia, el presidente no leía: ni periódicos, ni libros. Desde que él ha venido elogiando el libro *The Case for Democracy* del antiguo emigrante soviético Natan Sharansky, quien “piensa como yo”, ahora sabemos que sí lee<sup>10</sup>. Algunos observadores pintan el retrato de un tejano insular, de escasos conocimientos y conciencia sobre los países extranjeros y con poca inclinación a aventurarse fuera de Estados Unidos. Según le explicó Walter Wells, el editor del *International Herald Tribune*, a su colega de *Le Monde* en el momento de las tensiones transatlánticas sobre Irak: “Desconfiar de los franceses es casi parte del adn americano. Y mucho más cuando el adn en cuestión es el de un hombre tan cerrado al mundo y una persona tan casera como George Bush”<sup>11</sup>. George W. es “un hacedor, no un pensador”<sup>12</sup>. Lo describen como muy seguro de sí mismo y rígidamente dogmático. Como un cristiano nacido nuevamente en 1985 durante una caminata por la playa con Billy Graham, sus convicciones religiosas –la tendencia a percibir eventos como pruebas enviadas por Dios– contribuyen enormemente a su inflexibilidad. Como dijo un comentarista, “Hemos crecido acostumbrados a las aseveraciones frecuentes de la propia fe del presidente, con frecuencia como una forma de explicar lo que de otra forma puede parecer una ausencia sobrenatural de duda prudente”<sup>13</sup>. Su perspectiva enmarca los eventos como revelaciones, y esto es particularmente acentuado con la crisis nacional generada por el 11 de septiembre. George W. mismo enlaza la Guerra contra Irak y su “cruzada” mundial por la propagación de la democracia como un intento de implementar sus creencias religiosas, una respuesta al llamado de lo Alto. Como le dijo a Bob Woodward cuando lo presionaron sobre si él había consultado con su padre la invasión de Irak: “Usted sabe, él es el padre equivocado para apelar en términos de

<sup>9</sup> Lieven Anatol, *ob. cit.*, p. 28.

<sup>10</sup> Romano Carlin, “In a Blink, Bush Becomes Reviewer in Chief”, en *The Chronicle of Higher Education*, febrero 11, 2005, p. b14.

<sup>11</sup> Colombani Jean-Marie y Walter Wells, *France Amérique, déliaisons dangereuses*, París, Éditions Jacob-Duvernet, 2004, p. 13. Ver también páginas 17, 20, 23. Una descripción completa aunque aterradora de la mentalidad de G. W. la da Lind Michael, *Made in Texas ...*, *ob. cit.*

<sup>12</sup> Daalder Ivo H. y James M. Lindsay, *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2003, p. 35. Ver también p. 41, Bush como un “jugador de agallas”.

<sup>13</sup> Didion Joan, “Mr. Bush and the Divine”, en *The New York Review of Books*, noviembre 6, 2003, vol. 50, N° 17, <http://www.nybooks.com/articles/16749>. Ver también Schlesinger Arthur M., Jr., *War and the American Presidency*, *ob. cit.*, p. 35: “El presidente Bush irradia una certidumbre serena pero medrosa cuando se ve confrontado con problemas complicados o desacuerdos [...] Los amigos atribuyen esa serenidad a su fe religiosa”.

[20]

fortaleza. Existe un padre más elevado al que yo apelo<sup>14</sup>. Confesó que septiembre 11 le había producido un sentido de “obligación mayor... un tipo más grande y diferente de guerra... como un frente”<sup>15</sup>. La visión del mundo de George W. Bush es cercana al estado de la naturaleza de Thomas Hobbes. El papel unilateral que él endosa para Estados Unidos y que es compartido por la mayoría de sus consejeros, muestra una creencia de que las naciones-Estado siguen siendo los jugadores clave en el ruedo internacional. Mantener y ejercitar el poder es una prioridad, los foros internacionales y la diplomacia son expuestos como el arma de los débiles y tímidos; así lo sugiere el becario de Carnegie Robert Kagan en su sabio aunque excesivamente solícito libro *Of Paradise and Power: Europe and America in the New World Order*<sup>16</sup>.

Entonces, ¿es G. W. un cruzado moderno? El retrato tiene más de una sombra. La persona de G. W. Bush es más nebulosa de lo comúnmente reconocido. Parte de las dudas que rodean al hombre yacen en los informes de noticias censurados e incompletos que se entregan a la prensa<sup>17</sup>. Luego está la barricada de consejeros, los cerebros talentosos con los que G. W. se rodea para compensar su chocante pobre conocimiento de los asuntos extranjeros, como algunos han sugerido<sup>18</sup>. Muchos de ellos, desconcertados por el giro unilateral abrupto y el categórico mesianismo, están prestos a conjeturar que el presidente es un pelele de su cortejo político, o una creación de su consejero Karl Rove<sup>19</sup>. A medida que él monta la ola de la derecha conservadora a la que su padre inicialmente rehuyó, y que muy

tarde cortejó a costo de su reelección, en efecto es tentador discernir al manipulador, manipulado a su vez por los esfuerzos astutos de la maquinaria republicana.

Algunos analistas ven su decisión de derribar a Saddam Hussein y de invadir a Irak desde una perspectiva familiar: G. W. deseaba, asumen ellos, “finalizar el trabajo” que le costó la reelección a su padre<sup>20</sup>. Algunas de las señales de su advenimiento a la presidencia subrayan los antecedentes familiares y sus designios. Garry Wills, entre muchos otros, anota la disposición competitiva que está arraigada dentro de la familia y que se expresa más abiertamente en los deportes<sup>21</sup>. Agreguemos a esta vena competitiva la decisión ambiciosa, los esfuerzos pacientes y constantes de la madre Bárbara para entretejer a la familia en la red social y establecer a los Bush en la sociedad tejana, archivando cuidadosamente las tarjetas de las personalidades con detalles sobre sus gustos particulares y fechas de cumpleaños. Para algunos críticos, como el veterano escritor político Kevin Phillips, el camino de la familia al poder ha sido menos sencillo<sup>22</sup>. La pregunta que sigue ahora es si los antecedentes políticos y la red financiera fueron suficientes para que G. W. consiguiera una opción viable para codiciar el cargo público más alto en Washington. Su éxito político fue imprevisible aun para los miembros más cercanos de su familia –“Fue una gran sorpresa”–, mientras que su joven y energético hermano Jeb había demostrado ser un trabajador duro y meticulado en sus ambiciones políticas<sup>23</sup>. La siguiente sección explora algunos factores a

[21]

<sup>14</sup> Woodward Bob, *Plan of Attack*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004, p. 421.

<sup>15</sup> *Ídem*.

<sup>16</sup> Publicado en Nueva York por Alfred A. Knopf en 2003. Los principales aspectos de la perspectiva hegemónica son discutidos por Daalder Ivo y James M. Lindsay, *America Unbound...*, *ob. cit.*, pp. 41-45.

<sup>17</sup> Ver el ejemplo de tortura en Hersh Seymour, *Chain of Command. The Road from 9/11 to Abu Ghraib*, Nueva York, HarperCollins, 2004, p. 11.

<sup>18</sup> Mann James, *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*, Nueva York, Viking, 2004, p. 255.

<sup>19</sup> Moore James y Wayne Slater, *Bush's Brain. How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*, Hoboken (nj), John Wiley & Sons, 2003. Dubose Lou y Jan Reid, *The Hammer. Tom Delay: God, Money, and the Rise of the Republican Congress*, Nueva York, Public Affairs, 2004, p. 83.

<sup>20</sup> Ver Phillips Kevin, *American Dynasty. Aristocracy, Fortune and the Politics of Deceit in the House of Bush*, Nueva York, Viking, 2004, p. 294. Colombani Jean-Marie y Walter Wells, *France Amérique...*, *ob. cit.*, p. 24.

<sup>21</sup> Wills Gary, *Under God. Religion and American Politics*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 77: “La tradición de la familia Bush se mantiene entre los hijos del presidente, quienes hablan de un misterioso Comité de Rango que pone en desventaja a todos los familiares en la destreza de varios deportes. Jeb Bush dice que sus procedimientos son tan secretos como los de Calavera y Huesos, la sociedad secreta de su padre en la Universidad de Yale”.

<sup>22</sup> Phillips Kevin, *American Dynasty ...*, *ob. cit.*

<sup>23</sup> Schweizer Peter y Rochelle Schweizer, *The Bushes. Portrait of a Dynasty*, Nueva York, Anchor Books, 2005, p. 426.

largo plazo que han desempeñado un papel en la elección de G. W. Bush.

#### LA APARICIÓN DEL CONSERVATISMO SUREÑO

*Made in Texas* es el relato absorbente de un estado con agudas contradicciones. Un estado que puede producir los servidores públicos más brillantes como Edward M. House, el consejero de Wilson, Lyndon Johnson o Ross Perot<sup>24</sup>. Puede también generar los peores parásitos, gente que alberga creencias más similares a las de los conquistadores que a la de la pequeña aristocracia tradicional del noroeste, capaz de despojar de la riqueza natural a la región para detentar poder. Es un universo petrificado en los privilegios arcaicos y profundamente seguro de sí mismo. Es la tierra donde la hospitalidad sureña coexiste de alguna manera con el más perverso racismo, un lugar con dinero donde el linchamiento era en particular feroz. Es un área profundamente impregnada en una religión que puede caer fácilmente en el fanatismo. En años recientes han aparecido varios estudios que se concentran en la consolidación dentro del Partido Republicano de una peculiar forma de pensamiento sureño que ha reemplazado el más moderado tono del anterior establecimiento del noroeste, e introducido algunos dogmas doctrinales radicalmente diferentes. En esta perspectiva, G. W. fue elegido porque encarna claramente estos criterios. Por supuesto que él no los introdujo: por varios años –por lo menos desde la “revolución” Gingrich de 1994 que llevó a la mayoría de los republicanos sureños al Congreso, y que dio a la Cámara de Representantes un presidente que consternaba por su histrionismo–, el pensamiento sureño ha sido dominante<sup>25</sup>. Las especulaciones varían en cuanto a si esta tendencia está aquí para quedarse o si es una maniobra política artificial de corta duración.

En su atractivo relato sobre el incremento de la influencia sureña en la formación de la cultura y política de Estados Unidos, Peter Applebome nos introduce como testigos a una asamblea masiva de la Convención Bautista Sureña de los noventa, que desde su fundación en 1845 en Augusta, Georgia, ha crecido hasta tener 16 millones de miembros, surgiendo como un genuino agen-

te de la política y ejerciendo considerable apalancamiento social. Applebome describe una colorida y algo llamativa asamblea: los inmensos carros de los cincuenta con sus etiquetas en el parachoques contra el aborto y a favor de la abolición del gobierno central; y a medida que avanza, el lector casi puede escuchar el estruendo de la música country y de las canciones religiosas. El ascenso de Dixie ha transformado a Estados Unidos, ha diseñado sus ideas y valores para que encajen en el molde del nunca cambiante sur, para hacer eco de su descontento de mucho tiempo atrás por la supresión de la segregación y por la invasión y sofoco de los derechos de los estados por un gobierno central corrupto y ajeno.

¿Cómo logró el espíritu del sur propagar en el norte sus valores y asuntos sin resolver? En su relato, Applebome enfatiza el papel de la movilidad de la población. Argumenta que la salida masiva de unos 4,5 millones de negros para el norte en la primera mitad del siglo xx, una migración, escribe, “virtualmente sin paralelo en la historia americana”, cambió drásticamente el paisaje del país convirtiendo el asunto de la raza en uno de interés nacional. El éxodo de otros 4,6 millones de blancos del sur durante el mismo período también contribuyó a la diseminación del estilo de vida sureño: “Como los portadores de un gen dominante, ellos no dejaron de ser sureños. Ellos trajeron su música, sus valores, su religión evangélica, su historia como la gente de la región más violenta del país, y toda un panoplia de virtudes y pecados de cocido sureño”<sup>26</sup>.

Pero no fue la exuberancia de un temor a Dios, o de gente amante de los valores familiares que le dio el sayo político. Éste apareció en forma de una estratagema tranquilamente proyectada por dos personas, ninguna de ellas protestante, junto con algunos militantes *grass-root*. Como explica Michael Lind, “El derecho religioso de hoy, lejos de ser una rebelión espontánea por parte de los ‘creyentes’, como los líderes de la Coalición Cristiana Pat Robertson y Ralph Reed esperarían, fue tramada desde arriba por Howard Phillips, un judío, Richard Viguerie, un católico, y otros activistas de la gran masa de partidarios en los setenta”<sup>27</sup>. Después de que la disolución de la Mayoría Moral por Jerry Falwell revelara su

<sup>24</sup> Lind Michael, *Made in Texas ...*, *ob. cit.*

<sup>25</sup> Véase el interesante relato en Lou Dubose, Jan Reid, *The Hammer ...*, *ob. cit.*, p. 83.

<sup>26</sup> Applebome Peter, *Dixie Rising. How the South is Shaping American values, Politics, and Culture*, San Diego, Harcourt Brace & Co., 1996, p. 10.

<sup>27</sup> Lind Michael, *Up from the Conservatism. Why the Right is Wrong for America*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, pp 76-77. Lind también menciona el papel clave del director ejecutivo de la Coalición Cristiana, Ralph Reed:

decadencia a finales de los ochenta y comienzos de los noventa, fue vigorosamente revivido por Marion “Pat” Robertson, fundador de la Coalición Cristiana en 1989<sup>28</sup>. Cristianos nacidos nuevamente como George W. Bush y Tom Delay, conocido como *el Verdugo de la Colina*, han sabido capitalizar este distrito electoral. Doug Wead, quien actuó en 1988 como enlace de campaña con la derecha cristiana, comentó no sin cinismo sobre la capacidad de George W. de explotar esta parte del electorado:

... a diferencia de otros, él también sabe los números, él sabe lo importante que es la fe para millones de personas en Estados Unidos. En Estados Unidos 95% cree en un Dios personal. Es un número muy alto [...] Cada subcultura tiene su propio idioma y su propia inflexión. Aun, algunas veces, es el énfasis de una sílaba en una palabra, o una palabra fuera de orden e instantáneamente uno reconoce a alguien de su propia subcultura, y la subcultura evangélica no es diferente. Cuando G. W. se reúne con los cristianos evangélicos ellos saben en cuestión de minutos que él es uno de ellos. Ahora, la mayoría de los candidatos presidenciales tienen que indagar y tienen que mirar y tratar de encontrar denominadores comunes que ellos puedan decir, “Bueno, él es uno de nosotros, sólo que él no lo sabe”; o “él es nuestro pero no entiende la cultura”. Y con G. W. ellos sabían que era verdad. Yo no sé cómo explicarlo sin definir toda la subcultura en sí, lo cual uno no lo puede hacer en respuestas de 30 segundos. Pero ellos lo sabían<sup>29</sup>.

Las perspectivas políticas de la derecha cristiana están arraigadas en la tradición de Goldwater. Alentada por una profunda hostilidad al empuje dado por el gobierno central a la Ley de los Derechos Civiles, que de hecho proclamó la segregación racial como ilegal, la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1964 preparó el terreno para la estrategia sureña del Grand Old Party –gop–<sup>30</sup>. El alguna vez sólidamente demo-

crático sur cambiaría su rumbo de ahí en adelante hacia el Partido Republicano, en dos importantes etapas subsiguientes, con Nixon en 1972 y luego bajo Reagan en 1980.

En contraste con el resto de la nación usualmente descrita como orientada hacia adelante y con poca conciencia histórica, el sur mira hacia atrás, sin olvidar nunca lo que perdió con la Guerra Civil.

En vez de ser un sitio sin pasado, el sur es un lugar que a finales del siglo veinte, asombrosamente está todavía luchando la mayoría de sus más antiguas batallas –sobre los derechos de los estados, la bandera confederada, la integración, el significado de su propia historia–. En vez de no tener memoria, es un lugar donde negros y blancos compulsivamente revalidan sus historias separadas como si por siempre reconfirmaran la famosa observación de Faulkner de que el sur es un lugar donde “el pasado nunca muere, ni siquiera es pasado”. En lugar de haber sido neutralizado, es todavía el sitio más conservador de América, todavía empapado en religión, todavía cargando los estandartes de las cruzadas por los derechos de los estados del viejo sur de antes de la guerra y reforzando la ideología del nuevo sur de los ochenta, todavía esclavizada al individualismo en su sentido más extravagante<sup>31</sup>.

Imposibilitados para conservar su segregación de hecho después de que la Ley de los Derechos Civiles fue aprobada bajo el mandato de Johnson, el sur continúa lamentando el robo de su forma de vida. El pensamiento sureño encarna una defensa feroz de los derechos de los estados, una hostilidad visceral y obstinada contra el gobierno central, un compromiso con la libertad individual más que con la igualdad, y un patriotismo inflexible. La calidad de extranjero es generalmente percibida como un atributo a ser aborrecido, el elitismo intelectual que insinúa las universidades de la Liga Ivy es igualmente rehuido en favor del espíritu tosco de los *grass-*

“un anterior líder republicano de la universidad cuyo principal logro ha sido el que la Coalición Cristiana sea menos un grupo religioso de presión y más un movimiento para apoyar las causas económicas conservadoras convencionales como los recortes de impuestos”. *Ídem.*, p. 77.

<sup>28</sup> *Ídem.*, p. 97.

<sup>29</sup> Citado en el artículo de Joan Didian, “Mr. Bush and the Divine”, *ob. cit.*

<sup>30</sup> Micklethwait John y Adrian Wooldridge, *The Right Nation. Conservative Power in America*, Nueva York, The Penguin Press, 2004, p. 54.

<sup>31</sup> Applebome Peter, *Dixie Rising*, *ob. cit.*, p. 14. Otros han corroborado esta afirmación observando el carácter beligerante de los llamados “irlandeses escoceses”, quienes colonizaron la frontera. Ver Hackett Fischer David, *Albion's Seed. Four British Folkways in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, p. 605.

*roots* y el crudo talento que los nutre. Porque al lado del rencor alimentado por el sello indeleble de la derrota confederada, un crudo optimismo también cala esta visión del mundo, que saluda a una América donde la oportunidad consagra el esfuerzo y nutre el desprecio por aquellos que quedan atrás, aquellas “reinas de la asistencia social” alguna vez escarnecidas por Reagan, quienes siendo responsables por su suerte buscan compensación indebida del Estado. Esta última parte –desdén y condescendencia por el trabajador común– es una contribución de la filosofía corporativa, el fruto de su alianza en el frente gop y un fenómeno más reciente ya que data de los setenta y ochenta.

Los otros socios en esta alianza multicolor gop son los libertarios, quienes convergen alrededor del Instituto Cato, un influyente centro de pensamiento fundado en la década del setenta. Son enemigos declarados del Estado y desean que su papel se reduzca al mínimo. En Washington tienen un rol activo presionando su agenda de desregulación económica pero ocultan otros asuntos muy controversiales para el electorado *grass-root*, como su apoyo a los homosexuales y al aborto, y su postura favorable a la legalización de la marihuana.

#### LA MAQUINARIA

¿Qué tan genuina es esta coalición de socios improbables? ¿Qué tan cercanos son los valores del grupo de gente del común creyente con aquellos de las grandes corporaciones? ¿Cómo reconcilia uno dos lados del electorado con puntos de vista tan fuertemente opuestos? Un grupo apoya los valores de las corporaciones ricas. El otro apoya los “valores familiares”, insta al gobierno a tomar una postura activa en la oposición al aborto, a las uniones entre homosexuales y en el cambio de la enseñanza de la evolución por la doctrina de la creación. Y finalmente, el electorado libertario resiste la intrusión del Estado en las vidas privadas de los ciudadanos. ¿Qué tan real es esta alianza gop y qué tan sencilla es la tan elogiada sureñización?

Por lo menos desde los años sesenta los conservadores han venido trabajando duro para imitar la estrategia exitosa de los demócratas, que los consagró a ellos por un largo tiempo como los ganadores claros del juego del poder. Como los demócratas antes de ellos, establecieron poderosos centros de pensamiento, acumulando miles, millones de dólares gracias a una sabia escogencia por correo de potenciales partidarios en la lucha contra el “liberalismo”. Irving Kristol, un antiguo leninista, fue un pionero en este esfuerzo. Como él, muchos de aquellos equivocadamente llamados “neoconservadores” son misioneros de esta aventura<sup>32</sup>. Durante las protestas masivas de los sesenta y setenta para defender los derechos civiles y expresar oposición a la Guerra de Vietnam, muchos radicales encontraron una razón de ser al luchar contra la erosión que desde su perspectiva estaba carcomiendo el corazón de América. Como Michael Lind observa tan astutamente, su marca de conservatismo es un “marxismo invertido”, un “contra-comunismo que replica hasta el más mínimo detalle preciso de organización y teoría, el comunismo al que se opone”<sup>33</sup>. Muy ilustrativos en este respecto son algunos pensamientos de Gover Norquist, figura central del establecimiento gop de Washington, quien mantiene un portarretrato de Lenin en su sala y se entrega a los escritos del socialista italiano del siglo xix, Gramsci<sup>34</sup>. La combinación de este espíritu misionario y de la hegemonía a sangre fría representado entre otros por Dick Cheney y Don Rumsfeld puede ser peligrosa<sup>35</sup>.

#### EL MIEDO

La reelección de George W. Bush en el 2004 (o su primera victoria, como otros dirían) dejó perplejos a los observadores, especialmente a los extranjeros, una categoría que hoy incluye a la mayoría de los americanos en las grandes ciudades de las costas noroeste y oeste. Sin embargo, esto indica que hay más de lo que salta a la vista. La retórica de G. W. Bush resuena fuerte en el corazón de Estados Unidos. Golpea una cuerda mítica y mística que corre en la concien-

<sup>32</sup> Un mejor término podría ser “neofundamentalistas”, como lo propuso Todorov Tzvetan, *Le nouveau désordre mondial. Réflexions d'un Européen*, París, Robert Laffont, 2003, p. 27, o “transformacionalistas”, según Rothkopf David J., “Inside the Committee that Runs the World”, en *Foreign Policy*, marzo-abril 2005, p. 31.

<sup>33</sup> Lind Michael, *Up From Conservatism ...*, *ob. cit.*, pp. 96, 94.

<sup>34</sup> Brock David, *Blinded by the Right. The Conscience of an Ex-Conservative*, Nueva York, Random House, 2002, pp. 71-72.

<sup>35</sup> Un libro próximo a salir explora la dinámica actual del equipo de seguridad nacional del presidente y revela algunas grietas que están desgarrando el establecimiento del gop. Ver un avance del libro en Rothkopf David J., “Inside the Committee that Runs the World”, *ob. cit.*, pp. 30-40.

cia colectiva americana. Aquellos que están desconcertados observan con bastante acierto que mucho de su apoyo en los “estados rojos” viene de gente que tiene mucho que perder con sus recortes financieros y que debería retomar. ¿*What's the Matter with Kansas?* Este libro es el poderoso aunque desconcertante relato de cómo las percepciones pueden distorsionar asuntos hasta el punto de pasar por encima de intereses pragmáticos. La gente humilde que describe no está tan abatida por el bajonazo económico que enfrenta. En lugar de votar por asuntos concretos, que les interesan a ellos, es una ira estafalaria la que dicta su voto. Ellos están enfurecidos por lo que perciben como la intrusión de un mundo “extraño” y desprecian la propagación de costumbres como “tomar hasta tarde, manejar un Volvo y leer el *New York Times*” de una élite decadente de las costas este y oeste<sup>36</sup>. Ellos resienten la propagación tortuosa de un modo de vida antiamericano.

Esta lectura, entonces, apunta hacia una patología colectiva. Resalta el surgimiento o resurgimiento de una visión particular de un mundo hostil empeñado en infiltrar a Estados Unidos. Su episodio más conocido es, tal vez, la era de McCarthy. Pero temores análogos han ascendido en este país periódicamente, en conexión directa con cambios en el medio ambiente<sup>37</sup>.

El miedo es un espectro familiar para los teóricos de la identidad americana. Locke pensó que era un impulso esencial para la construcción de la democracia, y un observador tan astuto como Tocqueville anotó que en contraste con el

sistema medieval o aristocrático, que provee una estructura clara para los individuos, la democracia carga dentro de ella misma la amenaza del colapso. Él se preocupaba por la “ansiedad interna” congénita a este sistema, por lo que discutía a favor de maximizar sus atributos positivos. Uno debería, decía él, cultivar un “miedo sano de nosotros mismos” porque esta emoción podría “guiarnos a protegernos contra la influencia externa y por lo tanto permitirnos ejercitar nuestra libertad”<sup>38</sup>. Un miedo dirigido o proyectado hacia afuera podría presumiblemente si no liberar, por lo menos aliviar esta propensión del individuo a la entropía en una democracia. Años más tarde, en el contexto de la Guerra Fría, Arthur Schlesinger Jr. reiteró la percepción de Tocqueville. Como él lo expresó en 1949 en el libro *The Vital Center: The Politics of Freedom*, la amenaza suprema para Estados Unidos no era la contienda externa con la Unión Soviética. Crucial en su perspectiva fue la lucha contra la posible encarnación y proyección interior del enemigo interno, el impulso doméstico de sacar la ansiedad sometiéndose a fuerzas autocráticas y convirtiéndose en traidores de la libertad. Para Schlesinger era importante librar el conflicto de la Guerra Fría no por las ambiciones expansionistas de la Unión Soviética *en sí*, sino por la interioridad de la amenaza potencialmente corrosiva contra la democracia de Estados Unidos. Más que derrotar a Moscú era importante superar la confusión que la Unión Soviética producía en los corazones de los estadounidenses. El conflicto detentaba

[25]

<sup>36</sup> Frank Thomas, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004: “El estado rojo/el estado azul dividido... ha ayudado a los conservadores a realizar una de sus más queridas maniobras retóricas, que llamaremos *latte calumnia*: la sugerencia de que los liberales son identificables por sus gustos y preferencias de consumo y que estos gustos y preferencias revelan la arrogancia esencial y calidad de extranjero del liberalismo. Mientras que una discusión más sencilla sobre la política puede comenzar considerando los intereses que cada partido sirve, la *latte calumnia* insiste en que dichos intereses son irrelevantes. En vez de ello, lo importante es el lugar donde la gente vive y las cosas que toma. Come y maneja, estos son los factores críticos, las pistas que nos llevan a la verdad. En particular, las cosas que los *liberales* dicen que beben, comen y manejan: los Volvos, el queso importado, y sobre todo, los lattes”: pp. 16-17.

<sup>37</sup> Se debería escribir sobre este resurgimiento, el miedo a la infiltración o contaminación a través de algo foráneo como constante en la historia de Estados Unidos. Es generalmente producido por una crisis diplomática o por la guerra. Ejemplos pasados de esto son la histeria alrededor del llamado “Americano” durante la Primera Guerra Mundial, aquellos, especialmente los alemanes, sospechosos de confabular con su país materno en contra de Estados Unidos y la más conocida la era de McCarthy. Estos episodios de fuerte vulnerabilidad son generalmente acompañados por medidas severas que restringen la libertad de expresión. Sobre esto ver Stone Geoffrey R., *Perilous Times. Free Speech in Wartime. From the Seditious Act of 1798 to the War on Terrorism*, New York, W. W. Norton and Company, 2004.

<sup>38</sup> Una discusión sobre el concepto del miedo y cómo se relaciona con la democracia y cómo se percibe en teoría política puede leerse en Robin Corey, “Why do Opposites Attract? Fear and Freedom in the Modern Political Imagination”, en Lusignan Schulz Nancy, *Fear Itself. Enemies Real and Imagined in American Culture*, West Lafayette (in), Purdue University Press, 1999, pp. 3-22.

en balance algo más que el balance internacional de poderes: la defensa *interna* de la libertad americana<sup>39</sup>.

Arthur Schlesinger estaba sin duda influenciado por el espejismo de las amenazas de la infiltración comunista en 1949, igual que Tocqueville antes de él por la agitación revolucionaria de su época. Sin embargo, Schlesinger había detectado la particular vulnerabilidad que los eventos extranjeros producían en la conciencia colectiva de Estados Unidos.

Existen razones adicionales, aparte de la naturaleza del sistema democrático, que dan razón de una peculiar ansiedad de nacionalismo en Estados Unidos. En contraste con otros países, la identidad de Estados Unidos no es particular: no se hereda en la misma forma que si se nace francés o alemán<sup>40</sup>. Involucra lo que es percibido y articulado como valores mundiales que esencialmente significan libertad, ser libre. Lieven anota que “lo que es insólito sobre América es la unanimidad diáfana de creencias en estos principios que sirven como guías nacionales”<sup>41</sup>.

Sin embargo, contribuciones recientes han subrayado que estos vagos conceptos de libertad y ser libre que apuntalan el discurso nacionalista de Estados Unidos presentan una evasión que encubre muchos significados diversos y de hecho divergentes de acuerdo con su origen, y que estas discrepancias han representado siempre una fuente de conflicto<sup>42</sup>. No obstante el alcance universal de la retórica nacionalista alentada por la fuerza de la religión, persisten en el fondo lecturas alternativas y competentes de lo que este proyecto nacionalista realmente significa (como se demostró en forma más dramática por las posturas opuestas durante la Guerra Civil). Parece claro, sencillo e inspirado en los valores universales. Esta retórica universal choca con otros proyectos particulares, los cuales

son presentados ante la mayoría de los americanos con un acertijo fundamental: ¿por qué el mundo exterior pelea contra la defensa de los valores universales? ¿Por qué no se reconcilia con la norma de la democracia americana que encarna el progreso? Muchos recelos populares y resentimientos ocasionales contra los países extranjeros tienen su origen en esta falta de comprensión. En efecto, subsiste una tendencia subyacente a considerar las opiniones divergentes en la escena mundial como expresiones de un mundo hostil opuesto al progreso de la democracia.

Por lo tanto, el carácter ambiguo del discurso nacional explica la disposición curiosa de los americanos a estar “temerosos de la unidad del mundo y extrañamente inconscientes del hecho de que ellos encarnan esa unidad en su propia diversidad”<sup>43</sup>. El hecho de que la identidad americana no esté orientada hacia el pasado sino hacia el futuro y que ser americano es algo que nunca se adquiere realmente y debe ser logrado continuamente acentúa estos reparos debido a que ellos están siempre presentes en la búsqueda de los fines nacionales, ya sean éstos internos o internacionales.

La psique americana de hoy está absorbida por un sentido agudo de crisis debido al sentido creciente de desintegración nacional. Consideren las repercusiones de una crisis colectiva de identidad que acompañó al final del siglo. Como fue con dolor evidente durante las ceremonias conmemorativas del descubrimiento de América en 1992, el prolongado mito constante del crisol armonioso se estaba desmoronando. En ese momento, la procesión contrita de los indios nativos por la alameda de Washington mostró un grupo más perseguido por el establecimiento. También reveló un paradigma cambiante mayor: el final de la versión idealiza-

[26]

<sup>39</sup> *Ídem.*, pp. 14-16.

<sup>40</sup> Huntington Samuel, citado por Anatol Lieven, *America Right or Wrong ...*, *ob. cit.*, p. 50.

<sup>41</sup> *Ídem.*

<sup>42</sup> Hackett Fischer David, *Liberty and Freedom. A Visual History of America's Founding Ideas*, Nueva York, Oxford University Press, 2005. Es un relato enciclopédico de las diversas nociones encontradas sobre libertad y ser libre. Este libro complementa uno anterior donde Hackett Fischer rastrea las cuatro distintivas tradiciones, que moldearon el pensamiento colectivo americano: Hackett Fischer David, *Albion's Seed... ob. cit.*

<sup>43</sup> Barber Benjamin, *Fear's Empire. War, terrorism, and Democracy*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, p. 36. Por su parte, Lieven cita los comentarios similares de Max Lerner que datan de la década del cincuenta: “Una de las características de los americanos es retroceder ante lo desconocido [...] Esto parece aún más curioso cuando se recuerda que América es en sí misma una ‘nación de naciones’ y contiene una multitud de tradiciones culturales diversas. Sin embargo este hecho sólo sirve para aumentar el desconcierto de los americanos en el exterior: quienes han visto a gente de extracción foránea en su propio país abandonando sus costumbres y volviéndose ‘americanizada’, no pueden entender por qué la gente en los países extranjeros no puede hacer lo mismo”. *America Right or Wrong ...*, *ob. cit.*, p. 46.

da de un pueblo excepcional y la consolidación de una comprensión multicultural de América. Durante los noventa la disputa sobre la enseñanza de la historia de Estados Unidos compendió esta división entre los que por un lado estaban a favor de la transmisión de la narración tradicional, los que deseaban “hechos”, y por otro lado, aquellos que abogaban por una descripción más cercana a la realidad social fragmentada<sup>44</sup>. La moda de la corrección política mostró una perspectiva dividida entre estas dos posturas: una conciencia implícita de las diferencias combinada con un esfuerzo para silenciarla.

Lo que todos estos debates finalmente dieron a entender fue un cambio significativo en el lugar que el miedo ocupa dentro de la psique americana. En efecto, Corey Robins presenta en un artículo reciente que en las últimas dos décadas el miedo se ha convertido en ansiedad. Mientras que la cultura del liberalismo en los sesenta y setenta se centró alrededor de las cuestiones de igualdad e integración racial, y consignó “la distribución del poder y los recursos o la contienda agresiva por la igualdad y la expropiación”, la característica emergente de los debates opuestos involucra ahora a “aquellos que presionaban preguntas sobre membresía y exclusión, sobre quién pertenece y quién no, y la ansiedad implacable sobre las fronteras (del ser mismo y de la sociedad, grupo y nación)”<sup>45</sup>.

Entonces, el miedo, un vástago integral de la identidad nacional de Estados Unidos según lo define la retórica tradicional, está compuesto hoy por el sentimiento de disolución que penetra las perspectivas políticas y sociales. Este sentimiento se origina en una obsesión por la naturaleza porosa de las fronteras nacionales.

Hubo un período en los noventa cuando las historias sobre helicópteros negros, que intentaban anexarse a Estados Unidos, parecían la in-

vencción de una franja paranoica de una minoría del ala derecha. Uno leía sobre esto con incredulidad en el boletín del Centro de Derecho de la Pobreza Sureña, bajo la administración de Clinton durante los años de Janet Reno como procuradora general. Los helicópteros negros estaban presuntamente comandados por las Naciones Unidas y uno se desconcertaba por la insularidad profunda y la hostilidad que crecía en algunos sitios del centro del país.

Un establecimiento político inocente, evitando a las Naciones Unidas y a la mayoría de la jurisdicción internacional, ha eclipsado desde entonces la analogía surrealista de los helicópteros negros. La administración de G. W. enristra confiadamente sentimientos equivalentes en términos más sabios y sofisticados. En efecto, el miedo se ha movido de los márgenes a la corriente principal del electorado.

La obsesión con las fronteras también caracteriza la diplomacia de George W. Bush.

#### EL ESPACIO

En la narrativa americana, el espacio ha proporcionado tradicionalmente una defensa contra la entropía. Esto alimentó el mayor mito de la Frontera, de acuerdo con el cual la existencia de una “tierra baldía” al oeste garantizaba la subsistencia de una novedosa y presuntamente ejemplar forma de vida. Y la abundancia de tierra, en efecto, protegió lo que el difunto historiador Robert Wiebe caracterizó como una “sociedad fragmentada”, una sociedad capaz de sostener el mito de la armonía en tanto la inmensidad permitiera la coexistencia de diferentes grupos sin la amenaza proveniente del exterior<sup>46</sup>. Periódicamente, repentinas olas de inmigración disparaban el miedo al antiamericano, y tradicionalmente contribuyeron a alimentar las agendas de los partidos que se oponían a la entrada de los extranjeros<sup>47</sup>. Hoy, aprensiones similares co-

[27]

<sup>44</sup> Ver el libro de Foner Eric, *Who Owns History? Rethinking the Past in a Changing World*, Nueva York, Hill y Wang, 2002, xv-xvii. Véase también Appleby Joyce, *A Restless Past. History and the American Public*, Lanham (md), Rowman & Littlefield, 2005, p. 6.

<sup>45</sup> Robins Corey, *Fear. The History of a Political Idea*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, p. 139. Ver también p. 140, donde describe este cambio de paradigma de escisiones de “vertical” a “horizontal”: el miedo en los sesenta “se originó de y reforzó las escisiones verticales de la sociedad”. El miedo fue una “herramienta de los poderosos contra los impotentes [...] Pero los teóricos contemporáneos de la identidad conciben la sociedad como horizontal por lo que la ansiedad es su emoción preferida. Ellos dicen que estamos divididos en grupos que no están ni en el fondo ni en la cima, sino en el centro y en las márgenes”.

<sup>46</sup> Wiebe Robert H., *The Segmented Society: An Introduction to the Meaning of America*, Nueva York, Oxford University Press, 1975.

<sup>47</sup> Uno de los mejores trabajos sobre este tema es el de Bennett David H., *The Party of Fear. The American Far Right from Nativism to the Militia Movement*, Nueva York, Vintage Books, 1988 (revisado y actualizado 1995).

lolean las perspectivas de aquellos académicos que resienten lo que ellos perciben como la disolución de la nación americana debido a la pronto arrolladora población latina<sup>48</sup>. En el clima político y social generado por los eventos del 11 de septiembre, las aprensiones que giran alrededor del antiamericano son nuevamente supremas. ¿Cómo más puede uno explicar el abuso insondable de los derechos de los extranjeros detenidos, algunos de los cuales no han sido aún acusados de ninguna fechoría específica? El 11/9 trajo de nuevo a la superficie preocupaciones tan viejas como el tiempo sobre la hostilidad extranjera. Según lo expresado por el comentarista Norman Podhoretz, un “Nuevo enemigo... nos ha atacado en nuestro propio suelo, una hazaña que ni la Alemania nazi ni la Unión Soviética nunca pudieron lograr”<sup>49</sup>.

El cierre de las fronteras fue una de las preocupaciones tempranas de los Padres Fundadores. La separación del mundo exterior fue una realidad física en los primeros tiempos. Y esta separación fue subsiguientemente reforzada por los pronunciamientos doctrinales. Para proteger su sistema de libertad, los arquitectos de la política exterior de Estados Unidos temprano invocaron una división sobre los asuntos mundiales. En 1823 la Doctrina Monroe, que trazó una clara separación entre los asuntos norteamericanos y los europeos, suplementaron la despedida temprana de Washington a Europa. El sentimiento de que el mundo exterior es hostil y el intento de cerrar América a todo esto persisten hasta el día de hoy. El desasosiego de América con la globalización ha sido muy bien expresado por Benjamin Barber:

El mundo más allá de América siempre estuvo a más de un mundo de distancia. Hoy con el mundo aglomerándose a la puerta de América, los americanos se reúnen nerviosamente en la sala, esperando poder garantizar su seguridad cerrando las puertas y sacando sus intimidantes armas modernas fuera de sus muy seguros porta armas... Ellos buscan coaccionar a las partes hostiles del planeta a la sumisión con una militancia de recia voluntad”<sup>50</sup>.

Según lo implícito en esta última observación, la intervención unilateral tradicionalmente ha ido de la mano con los intentos de aislar a Estados Unidos del resto del mundo. De hecho, estas son las dos caras de la moneda, como lo explica *The Dominion of War*, una importante contribución reciente en el asunto de la diplomacia de Estados Unidos: “Aquellos impulsados por la furia del orden no necesitan actualmente *intentar* expandirse territorialmente o adquirir mayores recursos o transformar las vidas de los pueblos que conquisten como meta principal; el imperia-lismo puede fácilmente originarse por motivos aislacionistas...”<sup>51</sup>. Para Estados Unidos, asiente el historiador de la Universidad de Yale, John Lewis Gaddis, “la seguridad comienza por aumentar más que contraer su esfera de responsabilidades”<sup>52</sup>.

Por lo tanto, la anticipación no es una aberración novedosa introducida por la administración de G. W. Bush. Dicha estrategia se convirtió muy temprano en una herramienta para combatir las amenazas extranjeras, ya fuesen éstas auténticas o presuntas. Desde el comienzo de la república, Estados Unidos luchó contra sus adversarios, algunos de ellos eran reales pero muchos otros imaginarios. En su primer trabajo sobre la bús-

<sup>48</sup> Huntington Samuel P., *Who Are We? The Challenges to American National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004.

<sup>49</sup> Podhoretz Norman, “World War iv: How It Started, What It Means, and Why We Have to Win”, en *Commentary*, septiembre de 2004, <http://www.commentarymagazine.com/podhoretz.htm>

<sup>50</sup> Barber, *ob. cit.*, p. 36.

<sup>51</sup> Anderson Fred y Andrew Cayton, *The Dominion of War. Empire and Liberty in North America, 1500-2000*, Nueva York, Viking, 2005, p. 422, énfasis de ellos. Anderson y Cayton sitúan los orígenes de la ideología de la guerra justa como un legado de la guerra de 1812: “[...] el legado más significativo de la guerra resultó siendo una ideología distintivamente americana de la guerra justa. A diferencia de los miembros de la generación revolucionaria, que justificaron la toma de armas para defender la frágil libertad contra el aparente poder soberano ilimitado de Gran Bretaña, los proponentes de la guerra argumentaron que la guerra ofensiva –en contra de los británicos en Canadá, los “creeks” en Alabama y los españoles en la Florida– fue justificada porque la conquista liberaría a los oprimidos y extendería la esfera de la libertad. Fue una justificación que los americanos aplicaron nuevamente en su siguiente guerra imperial, y efectivamente en cada guerra subsiguiente de la historia de la república” (p. xviii).

<sup>52</sup> Lewis Gaddis John, *Surprise, Security, and the American Experience*, Cambridge, Harvard University Press, 2004, p. 13.

queda de la seguridad absoluta, los historiadores Chace y Carr observan: “[...] podemos ver un patrón de comportamiento en los esfuerzos de América para asegurar a la nación frente a las amenazas tanto territoriales como ideológicas. Este patrón ha consistido en respuestas rápidas y enérgicas no sólo frente a peligros *reales* sino también frente a amenazas *percibidas* [...] sobre todo, que en la gran mayoría de los casos los líderes americanos *creyeron* que las amenazas eran reales”<sup>53</sup>.

La administración de George W. Bush ha estado obsesionada con el cierre de las fronteras y con combatir a los posibles intrusos, tanto en el ámbito interno como en la escena mundial. Ha diseñado su propia marca de diplomacia profundamente arraigada en la tradición de la diplomacia de Estados Unidos: aislamiento, unilateralismo y multilateralismo “a la carta”. Al hacerlo

está respondiendo también a esta “preocupación por la frontera”, “cuya principal consecuencia” ha sido una “nueva agenda política”<sup>54</sup>.

Hoy en día es difícil descifrar el alcance de la intervención de G. W. Bush en Irak, si obedeció a la agenda predeterminada de los “neocons” quienes por largo tiempo habían estado presionando por dicho resultado. Tampoco es fácil establecer qué tanto se le puede atribuir al miedo. Sin embargo, como lo ha tratado de demostrar este artículo, uno no puede desechar el papel tan grande jugado por la psique colectiva en la aceptación y apoyo a lo que es nuevo pero que, sin embargo, repite la experiencia americana, el impulso a establecer fronteras. Éste puede muy bien continuar. Porque como dijo una vez Octavio Paz, “el final de la Doctrina Monroe significa un regreso al comienzo”<sup>55</sup>.

[29]

<sup>53</sup> Chace James y Caleb Carr, *America Invulnerable. The Quest for Absolute Security from 1812 to Star Wars*, Nueva York, Simon & Schuster, 1988, p. 15 (énfasis de ellos). Allí se menciona la conquista de California de James Polk en 1846 como el ejemplo principal de una amenaza extranjera percibida.

<sup>54</sup> Maier Charles S., “An American Empire? The Problems of Frontier and Peace in Twenty-First Century Politics”, en Lloyd C. Gardner y Marilyn B. Young (eds.), *The New American Empire. A 21st Century Teach-in on us Foreign Policy*, Nueva York, W. W. Norton, 2005, p. xiv.

<sup>55</sup> Paz Octavio, “Latin America and Democracy”, en Paz Octavio, Jorge Edwards, Carlos Franqui *et al.*, (eds), *Democracy and Dictatorship in Latin America*, Nueva York, Foundation for the Independent Study of Social Ideas, 1981.

# Ventajas competitivas ilegales, el desarrollo de la industria de drogas ilegales y el fracaso de las políticas contra las drogas en Afganistán y Colombia\*

Francisco E. Thoumi\*\*

## RESUMEN

En 1970 Colombia no era conocida por su producción de coca o drogas ilegales, y Afganistán era y había sido por mucho tiempo un productor menor de opio. De hecho, en Afganistán el opio no había sido una cosecha “tradicional” y antes de los años noventa solamente se había cultivado en pocos lugares de ese país.

A diferencia de la mayoría de los países de la región, Afganistán tenía una “cultura de opio” débil. En esa época, ninguno de estos dos países era un productor importante de coca u opio, o un actor importante en los mercados internacionales de drogas ilícitas. Este artículo examina cómo hoy, sin embargo, son los países dominantes en las dos ramas de origen vegetal más importantes de la industria ilegal: coca, cocaína y amapola-opio-heroina.

*Palabras clave:* Narcotráfico, Estados Unidos, Colombia, Afganistán.

Illegal competitive advantages, the development of the industry of illegal drugs and the failure of policies against drugs in Afghanistan and Colombia

## SUMMARY

In 1970 Colombia was not known for its cocaine or illegal drugs production and Afghanistan was and had been for a long time a minor producer of opium. In fact, opium had not been a “traditional” crop in Afghanistan and before the nineties it had been grown only in a few places around the country.

Unlike the majority of the countries in this region, Afghanistan showed a weak “opium culture”. In this time neither of these two countries was an important producer of cocaine or opium, or an important actor in the illicit drugs international markets. This article, examines how they are actually the dominant countries in the illegal industry of the two most important branches of vegetal origin: coca, cocaine and poppy-opium-heroina.

*Key words:* Drug traffic, United States, Colombia, Afghanistan.

FECHA DE RECEPCIÓN: 8 /03 /2005

FECHA DE APROBACIÓN: 15 / 03 /2005

análisis político n° 54, Bogotá,  
mayo-agosto, 2005: págs. 30-48

\*\*Investigador del Centro de Estudios  
y Observatorio de Drogas y Delito (CEODD)  
Universidad del Rosario, Bogotá

\* El autor agradece los valiosos comentarios de Alain Labrousse a una versión anterior de este ensayo y lo exonera de toda responsabilidad por las opiniones aquí expresadas. Este estudio fue financiado por el Senlis Council. Una versión anterior fue presentada en el Simposio del Senlis Council llevado a cabo en París, el 25 y 26 de noviembre del 2004.

## I. INTRODUCCIÓN:

## LA VENTAJA COMPETITIVA Y LA CONCENTRACIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE DROGAS ILÍCITAS

En 1970 Colombia no era conocida por su producción de coca o drogas ilegales y Afganistán era y había sido por mucho tiempo un productor menor de opio. De hecho, “en Afganistán el opio no había sido una cosecha ‘tradicional’ y antes de los años noventa solamente se había cultivado en pocos lugares de ese país. A diferencia de la mayoría de los países de la región, Afganistán tenía una ‘cultura de opio’ débil. Por consiguiente, el consumo de opio ha sido relativamente bajo hasta hace poco”<sup>1</sup>. En esa época ninguno de estos dos países era un productor importante de coca u opio o un actor importante en los mercados internacionales de las drogas ilícitas. Hoy, sin embargo, son los países dominantes en las dos ramas de origen vegetal más importantes de la industria ilegal: coca-cocaína y amapola-opio-heroína. Así, Afganistán produce más del 70% de la heroína y Colombia más del 70% de la cocaína ilícita en el mundo<sup>2</sup>.

La gran concentración de la industria de drogas ilegales contradice creencias y lugares comunes respecto a las razones por las que un país produce dichas sustancias. Por lo general se afirma que las drogas ilegales se producen simplemente porque son muy rentables. Esta afirmación es simple y trivial puesto que nadie, a excepción de algunas organizaciones sin ánimo de lucro, produce bienes y servicios que no sean rentables. La rentabilidad es sin duda una condición necesaria para la producción de drogas ilegales, pero no es condición suficiente. En efecto, si la rentabilidad fuera condición suficiente, las drogas ilícitas se producirían en todos los países y regiones que tuvieran las condiciones físicas para producirlas, y tanto Afganistán como Colombia tendrían muchos competidores y serían solamente actores menores en el negocio internacional de las drogas<sup>3</sup>. Es importante anotar que mientras la cocaína y el opio fueron legales y rentables, Afganistán y Colombia no fueron grandes productores. En efecto, antes de

la prohibición de la cocaína Colombia no exportó una hoja de coca o un kilo de cocaína.

La producción de opio-heroína y coca-cocaína, a diferencia de los productos legales, requiere llevar a cabo una serie de actividades ilegales: obtener productos químicos en mercados negros, desarrollar cultivos ilícitos, establecer producciones manufactureras clandestinas, desarrollar redes criminales de mercadeo para contrabandear y distribuir las drogas, y redes para lavar los ingresos y los activos acumulados de manera ilegal. La necesidad de desarrollar estas acciones condiciona y determina la localización de la industria de las drogas ilegales. Simplificando, se puede afirmar que cuando un bien o servicio se declara ilegal en todas partes, la prohibición crea ventajas competitivas en los países y áreas en los que sea más débil el imperio de la ley y que tengan los recursos físicos o los factores de producción necesarios (capital, mano de obra, tecnología y recursos naturales).

La actividad económica ilegal requiere, además de rentabilidad, la existencia de controles débiles tanto estatales como sociales al comportamiento individual. Esto es, una sociedad en la que las leyes del Estado se pueden evadir con facilidad y en la que las normas sociales toleren tal evasión. La existencia de controles sociales y estatales al comportamiento individual hace que las actividades económicas ilegales rentables no tengan lugar en todos los sitios en los que existan recursos naturales, destrezas de la mano de obra, tecnología y capital necesarios para poder desarrollarlas. Dichos controles también contribuyen a fortalecer los controles internos de cada persona (“conciencia”), controles que refuerzan las normas sociales y las leyes del Estado.

Una rápida mirada al mapa mundial de la producción de drogas ilegales confirma la importancia del imperio de la ley como determinante de su producción. La producción de coca está concentrada en tres países –Bolivia, Colombia y Perú– y el cultivo de amapola para producir opio en otros tres –Afganistán, Birmania y Laos–. En el pasado, la amapola se cultivaba en los Territorios de la Frontera Noroccidental de

[31]

<sup>1</sup> Unodc, *World Drug Report 2002*, New York, United Nations, 2002, pp. 87-88.

<sup>2</sup> Byrd y Ward estiman que en 2004 Afganistán produjo 87% del opio mundial. Byrd William and Christopher Ward, “Drugs and Development in Afghanistan”, en *Social Development Papers, Conflict Prevention & Reconstruction*, paper N° 18, Banco Mundial, Washington, 2004.

<sup>3</sup> Thoumi Francisco, *El imperio de la droga: narcotráfico, economía y sociedad en los Andes*, Bogotá, Planeta Editorial e iepri, capítulo dos, 2002, desarrolla un modelo de la ventaja competitiva en drogas ilegales para explicar este fenómeno.

Pakistán y en Tailandia en zonas ajenas a la influencia de Bangkok<sup>4</sup>.

Bolivia y Perú son sociedades binacionales en las que la sociedad dominante “blanca” (mestiza) ha excluido y explotado durante varios siglos a la gran población indígena que ha usado la coca desde tiempo inmemorial. Hasta finales de los sesenta el cultivo de la coca en Bolivia y Perú estaba dirigido al mercado local y era efectuado por campesinos que no se sienten verdaderos ciudadanos, parte integral del Estado ni miembros de la corriente principal de la sociedad.

La coca y la amapola crecen en Colombia en zonas de reciente colonización en las que el Estado ha tenido muy poca presencia. Muchos de los colonizadores de estas zonas han llegado desplazados por la violencia política y, aunque no pocos llevan allí una o dos generaciones, todos se sienten abandonados por parte del Estado. En muchos de estos sitios las guerrillas de izquierda y derecha han reemplazado al Estado en algunas de sus funciones clave, estableciendo así su propio orden.

Con frecuencia el tráfico de drogas ha sido una fuente de fondos para los movimientos insurgentes o de independencia nacional como las farc y el eln en Colombia, Sendero Luminoso y el Movimiento Túpac Amaru en el Perú, los talibanes en Afganistán y grupos semejantes en Chechenia, Albania o Kosovo. Las drogas también han financiado movimientos contrainsurgentes como las auc en Colombia y los contras en Nicaragua<sup>5</sup>.

Colombia ha concentrado la manufactura de cocaína y la producción de heroína en los países andinos. Los dos grandes carteles colombianos fueron formados en Cali y Medellín por individuos con fuertes sentimientos de exclusión social, para quienes el narcotráfico era una forma legítima de competir con la élite tradicional<sup>6</sup>.

Minorías étnicas sin lealtades fuertes con la corriente principal de la sociedad han formado el núcleo de las redes traficantes en Estados Unidos. Durante la prohibición del alcohol (1919-1933) las organizaciones criminales en ese país estaban formadas principalmente por italianos, irlandeses y judíos de reciente inmigración. A finales del siglo xx éstos habían sido reemplazados por jamaíquinos, colombianos, nigerianos, haitianos, mexicanos y grupos nativos marginados de la corriente principal de la sociedad como los Crips, los Bloods y los Hell Angels.

El panorama que surge de este corto vistazo es bastante claro. Las comunidades que han usado tradicionalmente coca y amapola las cultivan. Muchos de estos grupos han estado al margen de las corrientes principales de sus países. Los productores y traficantes de cocaína y heroína también han pertenecido a grupos con lealtades muy débiles hacia la sociedad representada por el Estado central. Algunos de éstos han sido criminales a secas, pero muchos pertenecen a organizaciones que pretenden derrocar gobiernos, lograr autonomía o independencia, es decir, tener una agenda política.

La distribución espacial de la industria de drogas ilegales valida la “nueva” teoría del comercio internacional que enfatiza aspectos institucionales y culturales como fuente de las ventajas competitivas de un país<sup>7</sup>. Esta teoría, basada en extensos estudios empíricos, demuestra que la globalización y la gran disminución en los costos de transporte han reducido notablemente la importancia de los factores de producción tradicionales (capital, mano de obra, tecnología y recursos naturales) como factores decisivos en la riqueza de las naciones y en la composición de las exportaciones de un país. En el mundo actual el desarrollo sostenible está determinado por la capacidad de una sociedad para aumentar la productividad de los factores, la cual depende,

[32]

<sup>4</sup> En Pakistán, la producción disminuyó enormemente a partir de 1993 después de una negociación entre el gobierno central y las tribus de esa provincia. En Tailandia, la producción desapareció a finales de los años ochenta, como resultado de una campana de treinta años liderada por el rey, que incluyó un gran desarrollo en infraestructura en zonas productoras de opio. Renard Ronald D., *Opium Reduction in Thailand: a Thirty Year Journey*, Bangkok, Undcp, 2001.

<sup>5</sup> Por ejemplo, Gugliotta y Leen (1990) y Scott y Marshall (1991) documentan respectivamente la conexión con las drogas de los sandinistas y de los contras.

<sup>6</sup> Arango Mario, *Impacto del narcotráfico en Antioquia*, Medellín, Editorial J. M. Arango, tercera edición, 1988, cap. 5.

<sup>7</sup> Landes David, *The Wealth and Poverty of Nations*, New York, Norton, 1998. De Ferranti David, Guillermo E. Perry, Daniel Lederman y William F. Maloney, *De los recursos naturales a la economía del conocimiento. Comercio y calidad del empleo*, Washington, D.C., World Bank, 2002. Porter Michael E., “Attitudes, Values, Beliefs and Microeconomics of Prosperity”, en Lawrence E. Harrison and Samuel P. Huntington (comps.), *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*, New York, Basic Books, 2000.

entre otros ítems, del conocimiento de los mercados y la distancia entre ellos, del conocimiento técnico, de la infraestructura pública, de la calidad de las instituciones, de la disciplina de los trabajadores y empleados, y de la habilidad para entregar productos de calidad y características específicas exactamente a tiempo. Esta teoría es consistente con el argumento de que las debilidades institucionales y estructurales y algunas características culturales determinan las ventajas competitivas en actividades económicas ilegales.

Estudiar la cultura como causa de problemas y características sociales negativas es difícil porque la cultura atañe a lo profundo de los sentimientos humanos. Sin duda, las discusiones sobre cultura pueden herir sentimientos profundos y generar reacciones contra quienes arguyen que la cultura es un obstáculo al desarrollo, la gobernabilidad o, en general, que tiene efectos negativos. Además, no es fácil definir la cultura. En este ensayo se considera la cultura económica como “las creencias, actitudes y valores que influyen las actividades económicas de los individuos, organizaciones y otras instituciones”<sup>8</sup>. En la “nueva” teoría del comercio exterior, estos elementos de la cultura tienen gran influencia para determinar las ventajas competitivas de un país.

## 2. CÓMO AFGANISTÁN Y COLOMBIA SE CONVIRTIERON EN ACTORES IMPORTANTES EN EL COMERCIO DE DROGAS ILEGALES

### 2.1. Afganistán

Como se anotó anteriormente, en 1970 Afganistán no era un actor importante en el mercado internacional ilícito de opio y, de hecho, nunca lo había sido. El opio se había producido en Afganistán durante siglos, pero nunca se le consideró un problema doméstico o internacional importante. Hay evidencia de que a finales del siglo xiii el opio se cultivaba en Badakshan, la provincia nororiental que es la base de la Alianza del Norte. En un país de grandes diferencias étnicas, los ismaelitas eran los principales consumidores<sup>9</sup>. Las onu afirma que Badakshan es la única provincia en la que ha existido “algo parecido a una tradición de opio” que se puede

encontrar en el siglo xviii, una fecha muy reciente de acuerdo con lo encontrado en otros países de la región<sup>10</sup>. Durante una gran parte del siglo xx la producción de opio en Afganistán fue modesta y orientada a los mercados locales. Algunos gobiernos se preocuparon por los efectos del consumo interno y en 1945 prohibieron el cultivo de la amapola. Esta medida no se pudo hacer cumplir en su totalidad, aunque sí acabó en una disminución en la producción de opio, la cual llegó en 1956 a solamente 12 toneladas<sup>11</sup>.

A partir de 1972 Irán, Pakistán y Turquía aplicaron prohibiciones a los cultivos de opio, lo que promovió su desplazamiento hacia Afganistán, que se convirtió en un actor importante en el mercado internacional de las drogas. Los cultivos de opio crecieron en ese país durante los años setenta, y llegaron a producir en 1980 el 19% del opio ilegal del mundo. Sin embargo, el crecimiento de esta cosecha durante la década de los setenta fue muy pequeño comparado con lo que ocurriría en las dos siguientes.

La dinastía de los Duraní gobernó Afganistán hasta 1973, cuando el rey Zahir Sha fue depuesto por su primo Sardar Mohammed Daud, quien estableció una república con él como presidente. En abril de 1978 un grupo comunista dirigido por Nur Mohammed Taraki dio un golpe de Estado y asesinó a Daud. Sin embargo, las luchas internas continuaron y Taraki fue asesinado, lo que motivó la invasión soviética en diciembre de 1979<sup>12</sup>. Este evento fue el detonante de una guerra de liberación nacional de once años, la cual fue seguida por una guerra civil de cinco.

Durante la guerra de liberación los cultivos de opio se expandieron con rapidez, aunque sólo fueron una fuente financiera menor para los muyaidines que combatían al ejército soviético. Los muyaidines recibieron fuerte apoyo de Estados Unidos, China, Arabia Saudita y otros países en colaboración con el servicio secreto paquistaní<sup>13</sup>, por lo que el opio constituyó una proporción pequeña de su financiamiento. Una combinación de factores generó la rápida expansión de los cultivos de amapola: la falta de control de grandes partes del territorio por parte del Estado central permitió el desarrollo del contrabando (incluido en particular el de armas

<sup>8</sup> Porter Michel, *ob. cit.*, p. 14.

<sup>9</sup> Este es el grupo de seguidores del Aga Khan actual.

<sup>10</sup> Undcp, 2002, p. 88.

<sup>11</sup> *Ídem.*

<sup>12</sup> Rashid Ahmed, *Taliban*, New Haven, Yale, Nota Bene, 2001, pp. 12-13.

<sup>13</sup> Labrousse Alain, *L'argent, la drogue et les armes*, París, Fayard, 1991, p. 106.

para los muyaidines); el indiscriminado bombardeo de cultivos legales por parte de la aviación comunista forzó a los campesinos a migrar a zonas montañosas con tierra de menor calidad en las que había pocas probabilidades de sobrevivir con pequeños cultivos lícitos; y finalmente, las fuertes compras de opio hechas por el servicio secreto del ejército paquistaní, que usaba las utilidades obtenidas en el mercado ilegal para apoyar a los rebeldes musulmanes en la provincia india de Cachemira<sup>14</sup>. Todos estos factores propiciaron el desarrollo de las plantaciones de opio. Así, en 1990, tras el colapso de la Unión Soviética y el fin de la guerra de liberación nacional, Afganistán producía 41,68% del opio ilegal mundial. El crecimiento de los cultivos de opio continuó durante la guerra civil, cuando su importancia en la financiación del conflicto aumentó, de manera que en 1995, año en que los talibanes vencieron a los muyaidines, Afganistán ya producía 52,4% del opio mundial. Durante los primeros años del gobierno talibán este porcentaje se mantuvo relativamente estable, pero en 1999 explotó llegando a 79%<sup>15</sup>.

[34]

La guerra contra la Unión Soviética tuvo efectos negativos muy fuertes en el sector rural, en particular sobre la producción y el empleo de la población afgana, puesto que al empezar la guerra el 85% de la población era rural. La guerra no sólo llevó al colapso de la producción rural, sino que además destruyó el sistema monetario y financiero y creó un caos en el sistema educativo. El financiamiento gubernamental a la educación virtualmente desapareció y la generación que creció durante los años ochenta, incluidos muchos jóvenes pashtunes, fue educada en escuelas religiosas (*madrassas*) controladas por clérigos musulmanes (*ulemas*) que seguían la tradición de los deobandi, un grupo opuesto a la modernización dentro de la religión musulmana que había surgido en la India en el siglo xix<sup>16</sup>. Estas escuelas fueron la cuna de los talibanes, palabra que simplemente significa estudiantes religiosos.

La guerra promovió la expansión de los plantíos de amapola no solamente como fuente de fondos para los grupos armados, sino princi-

palmente porque el colapso del sistema monetario y financiero requería instrumentos nuevos que mantuvieran su valor, que generaran liquidez y que sirvieran como garantía para préstamos. Así el opio se convirtió en una forma de moneda. Muchos préstamos requerían y aún requieren ser pagados en opio. Los campesinos que necesitan préstamos para sobrevivir durante los meses en los que sus plantíos no generan ingresos, toman dinero prestado y lo pagan en especie con sus cosechas de opio. El opio seco es valioso, se almacena con facilidad sin perder valor y puede convertirse en dinero en cualquier momento. En otras palabras, es un activo líquido con alto valor por unidad de volumen y peso. Por eso tiene las características de una buena moneda. Independientemente de su estatus legal, no sorprende que llegara a ser legal de hecho y una parte integral de la economía afgana<sup>17</sup>.

A la salida de las fuerzas soviéticas siguió un conflicto armado interno entre los muyaidines y los talibanes. Estos últimos resultaron victoriosos en 1995, en parte porque lo que aglutinaba a los primeros era el enfrentamiento contra el enemigo externo y, al desaparecer éste, las luchas y desacuerdos internos no permitieron organizar un gobierno que controlara el país. Los talibanes inicialmente consideraron prohibir los cultivos de amapola, puesto que las drogas que alteran la mente son consideradas perniciosas (“haram”) en el Corán. Esta intención no pudo realizarse debido a la débil economía rural y a la importancia del opio en ella. En su lugar, optaron por prohibir la marihuana.

El opio afgano se ha exportado durante los últimos 25 años, principalmente a través de Irán, Pakistán y Tayikistán. Las redes de distribución están formadas casi en su totalidad por traficantes de esos países que, además del opio y la heroína, contrabandean otros artículos, incluyendo las armas que durante mucho tiempo se utilizaron para pagar la droga exportada. Afganistán es también un corredor de comercio entre Pakistán, Irán, Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán. Este comercio terrestre a menudo incluye contrabando, y los señores de la guerra

<sup>14</sup> Labrousse Alain, *La drogue: principal obstacle a la reconstruction de l'Afghanistan?*, Amsterdam, Transnational Institute, 2004.

<sup>15</sup> Unodc, 2002. Es necesario mencionar que la primera estimación sería efectuada por las Naciones Unidas fue en 1994. Las cifras anteriores son muy débiles y deben interpretarse solamente como estimaciones basadas en opiniones de expertos.

<sup>16</sup> Unodc, 2003, p. 91.

<sup>17</sup> *Ídem.*, p. 12.

lo han gravado con “impuestos” para financiar sus actividades bélicas. Estas rutas también se utilizan para el comercio de drogas. Los afganos participan en este comercio, pero la mayor parte del tráfico de drogas ha estado controlada por individuos de otras nacionalidades, principalmente paquistaníes y tayikistaníes. El surgimiento de los talibanes fue apoyado por estos poderosos grupos de transportadores que requerían rutas estables y seguras<sup>18</sup>.

Afganistán está conformado por una colección de tribus que históricamente ha tenido un grado muy alto de autonomía del Estado central. A todo lo largo y ancho del país los señores de la guerra han controlado sus propias zonas y han impuesto sus propias normas o leyes. No sorprende que durante los años ochenta y noventa se generaran vínculos fuertes entre las organizaciones criminales, la guerra y el opio.

A pesar de las motivaciones religiosas para prohibir el opio, los plantíos de amapola continuaron creciendo después del establecimiento del gobierno talibán. De hecho, algunos señores de la guerra apoyaron a los talibanes solamente a condición de que éstos les permitieran continuar con su comercio. Además, los talibanes controlaron la mayoría del país, pero no la provincia de Badakshan, la cual, como se anotó, tiene la tradición cultural del opio más fuerte y es la base de la Alianza del Norte.

El 27 de julio de 2000 el mulá Omar declaró una prohibición total al cultivo del opio en todas las áreas bajo control talibán. Farrell y Thorne<sup>19</sup>, sin alabar o defender a los talibanes, argumentan que “ésta puede haber sido la medida de control de drogas más efectiva en los tiempos modernos”. En ella se combinaban “tres acciones principales: la amenaza de castigo, el monitoreo local y la erradicación de los plantíos, más el castigo público a los transgresores”. Los talibanes además intimidaron al campesinado alegando que la sequía que devastó al país durante tres años había sido un castigo de Dios por haber cultivado una planta diabólica. El éxito de la prohibición talibán fue extraordinario. Unodc estima que en 2000 Afganistán tenía 82.171 hectáreas cultivadas con amapola, que produjeron 3.276 tonela-

das de opio. En 2001 estas cifras cayeron a 7.606 hectáreas que representaron 185 toneladas, producidas casi en su totalidad en Badakshan, la zona fuera del control talibán.

La Unodc (2003) afirma que en septiembre de 1999 el gobierno talibán, en un esfuerzo fallido de evitar las sanciones internacionales, ordenó una reducción de un tercio en las plantaciones de amapola. De hecho, un mes más tarde, en octubre de 1999, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas le impuso sanciones al país. Farrell y Thorne<sup>20</sup> explican que además de la necesidad de obtener un grado de legitimidad internacional, los talibanes tenían otras razones para prohibir los cultivos de amapola. Según ellos, los talibanes habían establecido contactos con oficiales de la Unodc y Pino Arlacchi, el subsecretario general director de esa agencia, les había ofrecido \$25 millones anuales de ayuda por un período de diez años. Farrell y Thorne hacen esta afirmación basándose en una entrevista personal con oficiales de la Unodc.

Después de que el gobierno talibán colapsó como resultado de la invasión de Estados Unidos, los cultivos de amapola se recuperaron a niveles semejantes a los que antecedieron a la prohibición. Así, en el 2002 llegaron a 71.100 hectáreas y a una producción de 3.400 toneladas de opio, y continuaron subiendo en el 2003 con 80.000 hectáreas y 3.600 toneladas. Actualmente la importancia de las drogas ilegales dentro de la economía afgana es extraordinaria. Byrd y Ward<sup>21</sup> estiman que genera un poco más de la tercera parte del ingreso nacional, lo cual hace de Afganistán una verdadera narcoeconomía en el sentido de que la industria ilegal es de lejos la que genera mejores ingresos.

No hay duda de que la prohibición a los plantíos de amapola hecha por los talibanes fue extraordinariamente exitosa en el 2001, lo que confirma que un gobierno muy autoritario y con control del territorio puede eliminar los cultivos ilícitos. A pesar de este gran éxito, existen razones poderosas para creer que si los talibanes hubieran seguido en el poder la prohibición no hubiera sido sostenible en los años siguientes.

[35]

<sup>18</sup> *Ídem.*, p. 90.

<sup>19</sup> Farrell Graham y John Thorne, “Where Have All The Flowers Gone?: Evaluation of the Taleban Crackdown Against Opium Poppy Cultivation in Afghanistan”, en *International Journal of Drug Policy*, N° 16, 2005, p. 2.

<sup>20</sup> Farrell Graham, “La tradición civilista”, en F. Cepeda Ulloa (ed.), *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta y Banco Interamericano de Desarrollo, 2004.

<sup>21</sup> Byrd William and Christopher Ward, *ob. cit.*

Primero, es cierto que la Unodc tuvo contactos con el gobierno talibán y que a finales de los años noventa Pino Arlacchi trató de negociar la erradicación de los cultivos de amapola en Afganistán. Sin embargo, Arlacchi no tenía los fondos necesarios para cumplir su promesa de ayuda a los talibanes. A finales de los noventa el presupuesto anual de la Unodc no excedía \$80 millones, y 90% de esta suma provenía de contribuciones voluntarias de países donantes, como Italia, Estados Unidos, Suecia, Reino Unido, Alemania y Japón<sup>22</sup>.

La mayoría de estos fondos tienen destino específico “duro” o “blando”. Los “duros” financian proyectos específicos en países determinados por los donantes y los “blandos” proyectos sobre algún tema o región específicos. El presupuesto de la Unodc es muy inflexible y el subsecretario general no tiene espacio de maniobra para transferir recursos a proyectos nuevos, por lo que el compromiso de Arlacchi de proveerle a los talibanes \$25 millones anualmente por diez años requería un financiamiento especial de los donantes. En el ambiente político de la época, era un programa que con dificultad hubiera obtenido financiación, y en efecto nunca la obtuvo. Se puede argumentar que los talibanes fueron engañados por Arlacchi y que ese grupo sí estaba interesado en abrir un canal de comunicación con la comunidad internacional, pero su relación con la Unodc no hubiera durado más de un par de años debido a la incapacidad de ese organismo para cumplir con la ayuda prometida.

Segundo, el mercado internacional de heroína ilegal experimentó cambios importantes en 1999 como resultado de la gran cosecha afgana. La Unodc muestra que ese año el área cultivada aumentó 42,2% y que al año siguiente tuvo un nivel un poco más bajo. Este aumento se tradujo en un crecimiento de la oferta mundial de opio de 32,6% en 1999, lo que saturó el mercado. En efecto, cifras de la Unodc muestran que los precios de la heroína en Europa, que es el mercado principal de Afganistán, cayeron sustancialmente a partir de 1996, cuando el promedio fue de us \$118 por gramo de heroína. Este precio cayó a us \$87 en 1998, us \$64 en 2000, us \$59 en

2001, el año de la prohibición exitosa, y reaccionaron ligeramente a us \$62 en 2002 y us \$69 en 2003<sup>23</sup>. En el año en que Afganistán no produjo heroína los precios de ese producto en su mercado principal llegaron a mínimos históricos. Este hecho muestra que en años anteriores se habían acumulado reservas que se utilizaron para compensar la caída en la producción.

Tercero, como lo muestran Farrell y Thorne<sup>24</sup>, el precio del opio en Afganistán se decuplicó en 2001. Este aumento benefició a los campesinos de zonas no controladas por los talibanes y bajo la influencia de la Alianza del Norte. Estos autores no muestran, sin embargo, que los precios del opio en los mercados afganos más grandes localizados fuera de Badakshan llegaron a mínimos históricos en 2001 y 2002, lo que confirma la acumulación en años anteriores de reservas de opio por parte de los traficantes, principalmente paquistaníes y tayikistaníes<sup>25</sup>. Estos eventos indican que los talibanes hubieran tenido que responder en años siguientes a los efectos económicos de su prohibición si hubieran permanecido en el poder. El que la prohibición se hubiera aplicado solamente a los cultivos de amapola, pero excluyera el comercio y tráfico de opio que seguía siendo una fuente de impuestos para el gobierno talibán, es otra señal de que la prohibición a los cultivos no era sostenible en años posteriores<sup>26</sup>. En otras palabras, durante la prohibición al cultivo el tráfico de opio y heroína continuó generando recursos fiscales mientras se utilizaban los acervos acumulados en años anteriores.

Cuarto, la Unodc misma despierta serias dudas sobre la sostenibilidad de la prohibición al cultivo de amapola: “Hay indicios de que algunos comandantes talibanes y mulás estaban involucrados en el tráfico del opio. Aún más importante, un número importante de señores de la guerra acató el gobierno talibán a cambio de la promesa de que éstos les permitieran continuar participando en el lucrativo negocio del opio”<sup>27</sup>.

Además, “aunque los talibanes implementaron la prohibición de manera exitosa, no proveyeron ninguna alternativa a los campesinos. Esto causó un gravísimo problema

<sup>22</sup> Thoumi Francisco E. y Ernestien H. Jensema, “Drug Policies and the Funding of the United Nations Office on Drugs and Crime”, en *Global Drug Policy: Building a New Framework*, París, The Senlis Council, 2004.

<sup>23</sup> Unodc, 2004, vol. ii, p. 363.

<sup>24</sup> Farrell y Thorne, 2005, *ob. cit.*

<sup>25</sup> Labrousse, 2004, *ob. cit.*

<sup>26</sup> *Ídem.*

<sup>27</sup> Unodc, 2003, p. 92.

[36]

económico a un número significativo de ellos en un año en que se padecía una fuerte sequía que había disminuido el rendimiento de otras cosechas. La combinación de prohibición y sequía agravó la desnutrición y hubo algunos reportes de muertes por esa causa<sup>28</sup>. Más aún, una de las razones por las que los campesinos cultivan opio es porque constituye su única oportunidad de tener acceso al crédito, toda vez que los comerciantes de opio les hacen préstamos pagaderos en opio en sus cosechas posteriores<sup>29</sup>. Por consiguiente, la prohibición a los cultivos de opio dejó a los campesinos endeudados, a merced de los traficantes. De hecho, el repunte de la producción de opio responde en parte sustancial a estrategias campesinas para sobrevivir en un entorno notablemente difícil<sup>30</sup>.

Quinto, si los talibanes hubieran continuado en el poder y mantenido la prohibición, la Alianza del Norte hubiera continuado utilizando el opio para financiar su guerra contra los talibanes, mientras que éstos no hubieran tenido acceso a dichas fuentes.

En resumen, la prohibición del cultivo de la amapola benefició a la Alianza del Norte, a los señores de la guerra y a otros traficantes que tenían reservas de opio y heroína porque sin dicha prohibición los precios de la heroína, en Europa hubieran caído drásticamente. También es claro que la prohibición generó problemas económicos graves para la mayoría de los campesinos en las zonas controladas por los talibanes, mientras que aumentó el ingreso de aquellos en las áreas dominadas por la Alianza del Norte, donde no había prohibición. Estos campesinos obtuvieron precios extraordinariamente altos por sus productos. Además, la existencia de grandes reservas de opio y heroína después de la gran cosecha de 1999 y la cosecha también bastante grande en 2000, acompañada por la libertad al tráfico de opio y heroína mientras el campesinado padecía graves problemas económicos, indican que la prohibición no era sostenible si los talibanes se hubieran mantenido en el poder y que la cose-

cha de opio se hubiera recuperado en años siguientes, como sucedió a partir de 2002.

## 2.2. Colombia

Cuando los conquistadores españoles llegaron a Colombia los indígenas tenían organizaciones sociales mucho más débiles que las de las tribus bolivianas y peruanas. En Colombia nunca hubo un Estado central fuerte o un imperio como en esos países, o en México, Guatemala y Paraguay. En el momento de la conquista, las tribus colombianas eran una colección de cacicazgos relativamente autónomos, lo que facilitó la rápida asimilación de la mayoría indígena a una sociedad mestiza. Las tribus que sobrevivieron como tales representan una proporción muy baja de la población y están localizadas en lugares inhóspitos, de difícil acceso, como las selvas, o en sitios donde hay muy poca actividad económica como los desiertos de la Guajira. Debido a ello, el uso tradicional de la coca ha estado limitado a un pequeño y aislado segmento de la población, en contraste con Bolivia y Perú, donde está ampliamente difundido entre el campesinado y los inmigrantes ciudadanos de origen rural. El uso de la coca fue tan poco importante que entre 1860 y 1961, cuando la cocaína era legal, Colombia no exportó una sola hoja de coca o una libra de cocaína.

Hasta aproximadamente 1970 el tráfico de drogas en Colombia no fue un asunto de política. La primera referencia a traficantes colombianos data posiblemente de 1956, cuando un par de hermanos gemelos de la élite antioqueña, un piloto y un químico, fueron capturados en un hotel de La Habana con algunos kilos de heroína<sup>31</sup>. Pese a este incidente, la participación de Colombia en el tráfico de drogas de esa época parece haber sido ocasional. La coca crecía en pocas cantidades en algunos lugares en los que los indios mambeaban. Otros usuarios incluían grupos pequeños de músicos, escritores, artistas e intelectuales que se atrevían a buscar nuevas experiencias.

[37]

<sup>28</sup> *Ídem*, p. 93.

<sup>29</sup> *Ídem*.

<sup>30</sup> Mansfield David, "Coping Strategies, Accumulated Wealth and Shifting Markets: The Story of Opium Poppy Cultivation in Badakhshan 2000-2003", en proceso de publicación. Mansfield David, "What is Driving Opium Poppy Cultivation? Decision Making Amongst Opium Poppy Cultivators in Afghanistan in the 2003/4 Growing Season", en *A Report on the Drugs and International Crime Development of the Foreign Office & Commonwealth Office*, Londres, 2004.

<sup>31</sup> Parece que el opio usado para refinar la heroína se originó en Ecuador. En febrero de 1957 un pequeño laboratorio para refinar cocaína fue descubierto en la casa de los gemelos en el elegante barrio El Poblado en Medellín. Este incidente puede considerarse como precursor de los desarrollos posteriores en esa ciudad. Saenz Rovner Eduardo, *La conexión cubana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.

[38]

La participación colombiana en el mercado internacional de drogas ilegales empezó en serio a finales de los años sesenta, después de que Estados Unidos promovió programas de fumigación aérea para erradicar la marihuana en México y Jamaica utilizando el herbicida Paraquat. Esta acción generó pánico entre los consumidores de marihuana en Estados Unidos debido a los efectos del herbicida, lo que llevó a los traficantes a buscar nuevos territorios. Los cultivos de marihuana empezaron en la Sierra Nevada de Santa Marta, desarrollo que ha tenido interpretaciones opuestas. Arango y Child<sup>32</sup> argumentan que empezó cuando los voluntarios de los Cuerpos de Paz de Estados Unidos, que fumaban marihuana y tenían contactos con los mercados internacionales de drogas, les enseñaron a los campesinos a cultivar la marihuana y empezaron a exportarla<sup>33</sup>. Ruiz Hernández<sup>34</sup> presenta un cuadro más complejo. Traficantes estadounidenses buscaron nuevos proveedores y en Colombia encontraron un entorno favorable al desarrollo de la industria de marihuana. Distribuyeron folletos con instrucciones para cultivar la planta y regresaron a comprar la marihuana. Los colombianos aprendieron el negocio con rapidez y reemplazaron a los traficantes extranjeros. Este negocio creció a grandes pasos, pero no duró mucho tiempo porque las variedades colombianas de marihuana no pudieron competir exitosamente una vez que se desarrolló la variedad “sin semilla”, producida hidropónicamente con un contenido de droga cinco o seis veces mayor y fácilmente cultivable en sótanos y otros espacios interiores en Estados Unidos.

La experiencia con marihuana hizo que algunos colombianos buscaran otras oportunidades en el mercado ilegal y empezaron a traficar con cocaína refinada de la pasta de coca o importada por ellos desde Bolivia y Perú. La cocaína es un producto mucho más atractivo para traficar que la marihuana porque tiene un valor mucho mayor por unidad de peso y volumen. Los colombianos empezaron a traficar con pequeñas cantida-

des llevadas a Estados Unidos. En ese país usaron métodos violentos para sacar del mercado a grupos competidores de cubanos que habían controlado el tráfico de cocaína desde antes de la revolución en su país. La gran ola migratoria de colombianos, especialmente antioqueños, que se había generado durante los años sesenta, fue indispensable para establecer redes de distribución. El negocio ilegal tuvo tasas de retorno muy altas y creció con rapidez. A finales de los años setenta dos grandes carteles estaban establecidos en Medellín y Cali, controlaban la mayoría del tráfico internacional de cocaína y estaban bien enraizados en la sociedad colombiana. Los carteles financiaron campañas políticas, empezaron a hacer grandes compras de tierra rural y finca raíz urbana y para los años ochenta ya eran un factor importante que debía ser tenido en cuenta en la sociedad colombiana<sup>35</sup>.

En 1979 Colombia firmó un tratado de extradición con Estados Unidos, ratificado en 1982, que se convirtió en una causa grave de conflicto entre la industria ilegal y el gobierno. El gran capital acumulado por las organizaciones narcotraficantes requería una extensa red de apoyo en la sociedad, y la necesidad de luchar contra la extradición exigía que los “carteles” buscaran poder político. Carlos Lehder, quien actualmente está pagando una condena de por vida en Estados Unidos, estableció un partido político de tendencias nacionalsocialistas y el famoso Pablo Escobar “compró” un puesto en el Senado cuando se hizo elegir como suplente de un senador con bastante apoyo político.

La necesidad de proteger sus activos acumulados de manera ilícita y de evadir la extradición llevó a la industria ilegal a organizar grupos armados. Éstos se usaron para enfrentar a las guerrillas de izquierda que habían controlado grandes zonas del país por décadas, expulsar a campesinos de tierras cuyo control era codiciado por los traficantes y como arma en las guerras contra grupos competidores. La amenaza de la extradición hizo que los traficantes desafiaran al Estado

<sup>32</sup> Arango Mario y Jorge Child, *Narcotráfico: imperio de la cocaína*, México, Editorial Diana, 1987.

<sup>33</sup> Para muchos colombianos esta es una atractiva explicación exculpatoria, la cual es bastante ingenua pues su validez requiere que los únicos Cuerpos de Paz fumadores de marihuana con conexiones con mercados estadounidenses hubieran sido enviados a Colombia. De otra forma, desarrollos semejantes hubieran tenido lugar en otros sitios como los países del Caribe y Centroamérica que también recibieron esos voluntarios.

<sup>34</sup> Ruiz Hernández Hernando, “Implicaciones sociales y económicas de la producción de la marihuana”, en Asociación Nacional de Instituciones Financieras (anif), *Marihuana: legalización o represión*, Bogotá, Biblioteca anif de Economía, 1979.

<sup>35</sup> Thoumi Francisco, *El imperio de la droga...*, *ob. cit.*, capítulo 4.

por medio de una ola de atentados terroristas que segaron las vidas de muchos miembros del gobierno, políticos y agentes del orden. El narcoterrorismo llegó a su clímax durante la campaña política de 1989-1990, cuando tres candidatos presidenciales fueron asesinados.

El Estado colombiano ha reconocido implícitamente su debilidad frente al narcotráfico y en varias ocasiones ha negociado con organizaciones traficantes<sup>36</sup>. En 1991 el gobierno concertó un sistema para que los traficantes se entregaran, confesaran un crimen relativamente menor y recibieran una sentencia reducida de, en promedio, unos cinco años de cárcel. Un grupo importante de traficantes, incluyendo a Pablo Escobar, aprovechó la oferta negociada y se entregó al gobierno. En el caso de Escobar, éste construyó su propia prisión en la cima de una colina en Medellín y negoció el control de su cárcel. Nombró a sus propios guardias y supervisó el funcionamiento de la cárcel desde donde continuó manejando sus negocios. Cuando el gobierno intentó mudarlo a una prisión real, en julio de 1992, escapó y declaró una guerra total contra el establecimiento. Ésta se expresó en una ola de narcoterrorismo, con frecuentes bombas contra blancos civiles y políticos que terminó cuando a principios de diciembre de 1993 Escobar murió en una balacera mientras escapaba de la policía.

En algunas regiones, los grandes carteles desarrollaron fuertes vínculos con las agencias encargadas de hacer cumplir la ley. Los traficantes de Medellín invirtieron grandes sumas en tierras rurales en zonas de fuerte presencia guerrillera, y en ellas organizaron grupos de autodefensa para proteger y valorizar sus inversiones. Éstos fueron los orígenes de los paramilitares actuales. En ese proceso establecieron alianzas con terratenientes tradicionales y algunos miembros y ex miembros de las fuerzas armadas que apoyaron las autodefensas.

El cartel de Cali estableció una extensa red de apoyo social en esa ciudad, en la cual desarrolló una campaña de "limpieza social" para acabar con los indigentes, ladrones de poca monta, prostitutas, homosexuales y otras personas consideradas indeseables. Esta red, que involucró a miembros de la policía, se utilizó para proporcionar inteligencia y apoyo a los miembros del cartel.

Las alianzas non sanctas de los carteles con las fuerzas del orden dificultaron la coordinación

de la policía y el ejército en relación con las políticas contra las drogas. De hecho, es muy probable que el cartel de Cali, a través de la policía, hubiera proveído inteligencia al gobierno para luchar contra el cartel de Medellín, mientras que Pablo Escobar estableció una recompensa por cada policía asesinado en Medellín. De cualquier manera, una vez el cartel de Medellín fue neutralizado, el de Cali surgió como la organización predominante en el tráfico de drogas.

La elección de Ernesto Samper a la presidencia de la república causó un escándalo y crisis internacional cuando se hizo evidente que su campaña había recibido grandes contribuciones del narcotráfico, especialmente del cartel de Cali. Generó así un conflicto público entre el gobierno colombiano y el estadounidense, que en 1996 y 1997 "decertificó" a Colombia. El presidente Samper, bajo presión de Estados Unidos, persiguió al cartel de Cali hasta que casi todos sus líderes terminaron en la cárcel o en el cementerio. Al finalizar su administración, los grandes carteles habían perdido importancia y la industria ilegal se había fragmentado en un gran número de cartelitos, unos pocos de tamaño mediano.

Como se anotó arriba, Colombia fue tradicionalmente un productor marginal de coca destinada al poco consumo interno. Los plantíos de coca para producir cocaína surgieron en Colombia como un "encadenamiento hacia atrás" de la industria de cocaína que creció a finales de los años setenta. En 1990 Colombia era el tercer productor mundial de coca con volúmenes inferiores a los de Bolivia y muy distantes de los peruanos. Sin embargo, durante los años noventa una serie de factores contribuyeron a la expansión de los cultivos de coca, lo que llevó al país a ser el primer productor mundial. La fragmentación de las organizaciones traficantes promovió los cultivos locales porque los pequeños cartelitos tienen grandes incentivos para comprar su materia prima localmente. El colapso de los países socialistas llevó a que las guerrillas tradicionales perdieran el apoyo financiero dado por la Unión Soviética y Cuba, apoyo que fue suplantado con creces por los "impuestos" a los plantíos de coca y amapola y al tráfico de drogas. El crecimiento de los grupos paramilitares también promovió los plantíos ilegales como fuente de financiamiento. El enfrentamiento entre gue-

[39]

<sup>36</sup> Lee iii Rensselaer W. y Francisco E. Thoumi, "El nexo entre las organizaciones criminales y la política en Colombia", en *Ensayo y Error*, N° 4, 1998.

rrillas y paramilitares generó grandes desplazamientos de campesinos, muchos de los cuales se asentaron en zonas aptas para los cultivos ilícitos. Los desplazamientos de campesinos han sido enormes y hoy Colombia es el segundo país del mundo en cuanto al número de desplazados se refiere, superado solamente por Sudán, donde está teniendo lugar un genocidio de mayores proporciones. La apertura de la economía a partir de 1990 aumentó enormemente la competencia en los mercados de productos agrícolas, lo que generó una crisis rural y migraciones de campesinos dispuestos a cultivar de manera ilícita. De hecho, muchos campesinos migraron de zonas cafeteras y arroceras a regiones productoras de coca y amapola, donde establecieron cultivos ilegales.

Durante los años setenta la industria de drogas ilegales generó un fuerte influjo de divisas y aumentos en el ingreso nacional, pero ya en los años noventa las drogas ilegales se habían convertido en la principal fuente de financiamiento para las guerrillas de izquierda y los grupos paramilitares de derecha. La industria ilegal ha contribuido de modo sustantivo al fortalecimiento de los actores armados ilegales y a profundizar el conflicto armado. También ha contribuido a despolitizar a las guerrillas, a corromper al sistema político y a las estructuras estatales, y de manera indirecta pero real ha sido un elemento promotor de violencia. En efecto, la presencia de actores armados, fortalecidos por la industria ilegal, es la principal variable explicativa de las altas tasas de homicidios que prevalecen en algunas regiones del país<sup>37</sup>.

La industria de drogas ilegales ha sido una fuente muy importante de financiamiento en las campañas políticas y de corrupción en el sector estatal. Muchos políticos han recibido fondos de la industria ilegal. En el Congreso actual, por ejemplo, hay un número importante de representantes y senadores vinculados con grupos paramilitares y traficantes. Los paramilitares y las guerrillas luchan por controlar las zonas de cultivos ilícitos, los laboratorios y los corredores por donde se exporta la droga y se importan insumos para la industria ilegal y armas para el conflicto armado. Muchas de las masacres rurales de los últimos años han sido resultado de estas luchas.

Otro efecto del desarrollo de la industria ilegal ha sido la internacionalización del conflicto

colombiano, en el cual hoy participan gobiernos extranjeros, agencias multilaterales y organizaciones internacionales. El conflicto ha debilitado la autonomía del gobierno colombiano y la soberanía nacional. Hoy las organizaciones guerrilleras y paramilitares hacen parte de las listas de terroristas internacionales. La interferencia extranjera y los grandes ingresos ilegales de los actores armados han hecho más complejo el conflicto armado y más difícil su solución. Las drogas ilegales y el conflicto armado están hoy entrelazados de manera tal que las soluciones al conflicto armado y al “problema de las drogas” están cada vez más interrelacionadas y dependientes la una de la otra.

Para resumir, la principal repercusión del desarrollo de la industria de drogas ilegales ha sido su acción catalizadora en un proceso de debilitamiento institucional. La industria ilegal floreció en Colombia porque sus instituciones y el imperio de la ley se habían debilitado sustancialmente y, una vez establecida en el país, aceleró y agravó ese debilitamiento.

### 3. DIFERENCIAS, SIMILITUDES Y LAS DEBILIDADES DEL ESTADO Y OTRAS INSTITUCIONES EN AMBOS PAÍSES

Afganistán y Colombia son países extraordinariamente diferentes. Afganistán es uno de los países más pobres del planeta; una sociedad tradicional conformada por un conjunto de tribus islámicas en la que la religión cumple un papel clave. Las instituciones afganas y su gobierno tienen profundas raíces tradicionales muy resistentes a la modernización. Afganistán y algunas de las áreas en su entorno forman hoy la región con mayor concentración de grupos tribales en el mundo. El contraste con Colombia es enorme.

Afganistán es una sociedad rural (hace veinte años el 80% de la población era rural). A principios del siglo xx Colombia era tan rural como Afganistán es hoy, pero al finalizar el siglo xx su población era 75% urbana. Las diferencias en ingreso per cápita, grado de industrialización, niveles de educación, el papel de las mujeres, la estructura y papel de las familias, la importancia de la religión, el poder del estamento militar y el sistema de gobierno son enormes. Afganistán es simplemente una sociedad premoderna en el siglo xxi, mientras que Colombia, si bien es un país en desarrollo, ha experimentado un traumático proceso de modernización que ha

[40]

<sup>37</sup> Rubio Mauricio, *Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia*, Bogotá, tm Editores-cede, 1999.

alterado las instituciones y la cultura, pero que no ha conducido a una estabilidad social<sup>38</sup>.

A pesar de estas enormes diferencias, ambos países han concentrado ramas de la industria de drogas ilegales. Como se mostró anteriormente, la industria ilegal tiende a concentrarse en sitios con un débil imperio de la ley y de los controles y normas sociales. En otras palabras, el “problema” de la producción de drogas ilegales no es sólo de rentabilidad sino principalmente de instituciones, gobernabilidad y valores sociales. Las experiencias de Afganistán y Colombia apoyan esta hipótesis.

### 3.1. Afganistán

Afganistán es un país tribal con culturas y lealtades diversas. La religión es el islam, pero hay tribus chiítas (minoritarias) y sunitas (mayoritarias). A través de la historia, la zona de lo que es hoy Afganistán ha sido lugar de enfrentamiento entre al menos tres culturas importantes<sup>39</sup>. Los hazaras, que ocupan una zona occidental pero están primordialmente en el centro del país, tienden a mirar hacia la planicie iraní; su idioma es el persa y, como en Irán, son chiítas. Los pashtuns y beluchis en el este y sureste tienen solidaridad con el subcontinente indio y son sunitas. Las tribus del noreste tienen raíces en Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán en el Asia Central y también son sunitas. Estos diversos grupos étnicos se diferencian cultural y políticamente. Además, las grandes tribus no son entidades unificadas y cada una está conformada, a su vez, por diversas tribus o clanes con fuertes identidades étnicas y políticas. Estas diferencias generan lealtades muy fuertes, aun dentro de sus miembros modernos. El partido comunista que tomó el poder en 1978, por ejemplo, estaba dividido en dos grupos, los parcham y los khalk, que representaban las dos grandes tribus pashtunas, los Ghizlay y los Duraní<sup>40</sup>. No sorprende entonces que “la creación del Estado afgano no hubiera sido suficiente, en sí misma, para crear una identidad nacional panafgana”<sup>41</sup>.

Como país, Afganistán se constituyó a mediados del siglo xviii, pero nunca se consolidó como Estado-nación. La dinastía Duraní gobernó más de dos siglos, entre 1747 y 1973. En ese lapso los señores de la guerra campearon a sus anchas y los Duraní se mantuvieron en el poder negociando continuamente con grupos tribales y mercenarios que, pese a ello, mantuvieron una gran autonomía.

Las tribus afganas han sido muy resistentes al cambio y se han opuesto a diversos intentos de modernización promovidos por algunos gobiernos. Los líderes tribales han apelado en diversas ocasiones a las guerras santas o *jihad* para movilizar al pueblo en defensa del estatus quo y de las tradiciones ancestrales<sup>42</sup>. Por eso, los alzamientos no han buscado hacer revoluciones sino mantener las instituciones tradicionales frente a las amenazas de la modernización. Así, la primera Constitución nacional data de 1923, unos 180 años después del establecimiento del país. Ésta fue una medida modernizante que generó fuerte oposición tribal. Es notable e ilustrativo que la primera universidad fuera establecida apenas en 1964. Desde los años cincuenta hasta finales de los setenta, cuando la Unión Soviética invadió el país, el gobierno de Kabul y la ciudad misma se mantuvieron muy aislados del resto del país. “La troika de kahn (señor feudal), malik (jefe tribal) y mulá (sacerdote musulmán) controló al país de manera muy efectiva, no tenía necesidad de un gobierno central y se oponía fuerte y violentamente cada vez que el gobierno central intentaba cualquier reforma o cambio”<sup>43</sup>.

Algunos grupos étnicos y zonas tribales fueron divididos como resultado de un acuerdo con el Reino Unido en 1893, que estableció la “línea Durand” y demarcó la frontera entre Afganistán y Pakistán. Este acuerdo dividió a los pashtunes, el grupo étnico más grande, entre esos dos países. El área pashtuna de Pakistán forma la provincia de la Frontera Noroccidental, que siempre ha mantenido un alto grado de autonomía del gobierno paquistaní y que fue una zona sobre la cual el imperio inglés nunca logró

[41]

<sup>38</sup> Por eso, algunos analistas se han referido a la situación colombiana como una “modernidad postergada”. Véase Jaramillo Vélez, Rubén, *Colombia: la modernidad postergada*, Bogotá, Argumentos, 1998.

<sup>39</sup> Unodc, 2003.

<sup>40</sup> Los Duraní provienen de la tribu Abdali, pero el primer rey cambió el nombre Abdali por Durrani.

<sup>41</sup> Unodc, 2003.

<sup>42</sup> Roy Olivier, “Afghanistan: An Islamic War of Resistance”, en Martin E. Marty y Scott Appleby (eds.), *Fundamentalisms and the State: Remaking Politics, Economics, and Militance*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993, p. 496.

<sup>43</sup> Unodc, 2003, p. 86.

ejercer control. Pashtunistán está hoy dividido entre estos dos países, hecho que genera algunas fricciones en el ámbito internacional y complica los problemas de lealtad tribal enfrentados por el gobierno afgano y paquistaní.

El presidente que lideró el golpe de estado en 1978, Nor Muhammed Taraki, tenía fuertes lazos con la Unión Soviética e intentó llevar a cabo un programa de modernización drástica con una inclinación socialista. Una de las primeras medidas fue una reforma agraria que “amenazó la estructura tradicional basada en relaciones terrateniente/aparcero que política y socialmente funcionaba como una relación patrón/cliente. Otras reformas –la abolición de la dote, los cursos de alfabetización obligatorios, el nombramiento de jóvenes ciudadanos, dogmáticos e inexpertos como administradores locales, seguido por arrestos masivos de líderes populares locales tachados de “feudalistas”– antagonizaron las comunidades rurales e instigaron el desafío contra la penetración del Estado y el gobierno”<sup>44</sup>.

La resistencia a los invasores soviéticos fue fuerte y general y fortaleció la autonomía de los señores de la guerra respecto al gobierno central. Después de que los soviéticos salieron de Afganistán, los muyaidines no pudieron establecer un gobierno estable que controlara el territorio. Luchas entre los diversos grupos muyaidines y el desafío de los talibanes hizo continuar la guerra<sup>45</sup>. El colapso de la economía y la necesidad de financiar la guerra promovieron la expansión de los cultivos de amapola durante este período.

El gobierno talibán que controló la mayor parte del territorio afgano a partir de 1995, siguiendo la cultura tribal y las posiciones del pasado, se opuso a cualquier intento de modernización e impuso una versión extrema del islam como guía política. En efecto, ellos intentaron establecer un Estado religioso basado en una interpretación fundamentalista literal y premoderna del Corán. El surgimiento de los talibanes se debió en gran parte al debilitamiento de las instituciones del Estado, muchas de las

cuales dejaron de funcionar, lo que creó un vacío de poder llenado por los religiosos fundamentalistas<sup>46</sup>.

Cuando los talibanes controlaron la mayoría de Afganistán, la cultura de los cultivos de amapola estaba establecida en muchas zonas, lo que bloqueó los primeros intentos de prohibir esos cultivos. Como se anotó anteriormente, los talibanes tuvieron un gran éxito cuando prácticamente eliminaron los cultivos de amapola en 2001. Sin embargo, como también se anotó, la prohibición afectó sobre todo a los campesinos, el eslabón más débil en la cadena del narcotráfico, pero no se aplicó al comercio de opio, y de acuerdo con las cifras mostradas arriba, benefició a la Alianza del Norte.

### 3.2. Colombia

La historia de Colombia también ilustra la importancia de la cultura, las instituciones y la gobernabilidad en el desarrollo de la industria de drogas ilegales. El siglo XIX se caracterizó por la frecuencia de guerras civiles y conflictos armados. Deas<sup>47</sup>, haciendo referencia a Arboleda<sup>48</sup> (1907), afirma que “la cuenta clásica suma nueve guerras generales y 54 revoluciones locales en el primer siglo de vida independiente”. Éstas culminaron en la sangrienta Guerra de los Mil Días, que finalizó en 1902 y en la cual perecieron unas 200.000 personas en un país con casi cinco millones de habitantes.

Colombia se ha caracterizado por tener niveles altos de violencia y un débil imperio de la ley. Los niveles de solidaridad y confianza también son muy bajos. El capital social ha sido por lo general aglutinante, es decir, dentro de pequeños círculos. El capital social que tiende puentes entre diferentes grupos sociales ha sido muy escaso. Esto ha llevado a algunos estudiosos a argüir que el comportamiento de los colombianos refleja una notable lógica individual y una lógica social desastrosa<sup>49</sup>. Ellos caracterizan a muchos colombianos como individualistas a quienes no les importan los efectos de sus acciones sobre el resto de la comunidad. El Estado, adicionalmen-

<sup>44</sup> Roy, 1993, *op. cit.*, pp. 492-493.

<sup>45</sup> Rashid, *ob. cit.*

<sup>46</sup> Goodson Larry P., *Afghanistan's Endless War: State Failure, Regional Politics and the Rise of the Taliban*, Seattle, University of Washington Press, 2001.

<sup>47</sup> Deas Malcom, “La tradición civilista”, en F. Cepeda Ulloa (ed.), *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta y Banco Interamericano de Desarrollo, 2004.

<sup>48</sup> Arboleda Gustavo, *Revoluciones locales en Colombia*, Popayán, 1907.

<sup>49</sup> Gómez Buendía Hernando, “La hipótesis del almendrón”, en Gómez Buendía H. (comp.), *¿Para dónde va Colombia?*, Bogotá, tm Editores-Colciencias, 1999.

te, como se verá más adelante, tiene debilidades particulares que lo diferencian del de otros países. Todo lo anterior ha sido terreno fértil para el desarrollo de la industria ilegal, el alto grado de corrupción y otros problemas sociales que el país ha enfrentado por largo tiempo<sup>50</sup>.

La evolución de Colombia durante el siglo xx a partir de una sociedad rural premoderna fue extraordinaria. La población creció de forma inusitada, la frontera rural se expandió espontáneamente sin una planificación estatal y sin regulaciones fuertes, el nivel educativo aumentó notablemente, el papel de la mujer cambió sustancialmente, las familias se disgregaron, los niveles de ingreso aumentaron, etc. Todos estos cambios debilitaron los controles al comportamiento individual e incrementaron la vulnerabilidad de la sociedad colombiana frente al desarrollo de actividades económicas ilegales, haciendo del país el mejor lugar en los Andes para que la industria de drogas ilegales floreciera<sup>51</sup>.

Las siguientes páginas explican por qué Colombia no ha desarrollado una identidad nacional fuerte y por qué el Estado central no ha podido controlar el territorio o generar capital social incluyente<sup>52</sup>.

1) Colombia emergió de la Colonia como una colección de regiones diferenciadas con muy poca comunicación y comercio entre ellas. Las barreras geográficas eran (y aún hoy continúan siendo) muy fuertes, de manera que las

regiones tendieron a desarrollarse como unidades autosuficientes. En muchas de ellas surgieron centros urbanos que eran centros regionales bastante aislados del resto del país y hoy Colombia es un país de ciudades<sup>53</sup>. Debido a la geografía, Colombia fue hasta entrado el siglo xx el país latinoamericano con el menor comercio internacional per cápita<sup>54</sup>. Solamente el desarrollo de los cultivos de café en los años veinte modificó esta condición. Además, la producción para la exportación unió algunas regiones con la costa atlántica y mercados externos, pero contribuyó muy poco a integrar el mercado nacional. La geografía fue también un obstáculo al cobro de impuestos, pues los costos de recolección eran muy altos debido a la dispersión de la población. La recolección de impuestos fue privatizada con frecuencia, fenómeno que generó algunas fortunas personales importantes<sup>55</sup>. Hasta mediados del siglo xx la mayoría de los ingresos del gobierno se generaban por medio de los impuestos al comercio exterior<sup>56</sup>. Debido a su geografía, Colombia tuvo la impostergable urgencia de hacer gastos de infraestructura para integrar al país y formar una nación, pero el Estado central enfrentó las mayores restricciones financieras para lograr ese objetivo. En efecto, la presencia del Estado central en muchas zonas del país ha sido muy precaria y el Estado en realidad nunca ha controlado el territorio del país<sup>57</sup>.

[43]

<sup>50</sup> Es importante reconocer que hay otra corriente de pensamiento para la cual la mayoría de los problemas colombianos son calamidades y flagelos de naturaleza aparentemente exógena a la institucionalidad colombiana. Dentro de esta corriente se considera que las instituciones colombianas han sido notablemente fuertes, lo cual ha permitido que el régimen sobreviviera la arremetida de las guerrillas, el narcotráfico, los altos niveles de violencia y otras calamidades. Cepeda Ulloa Fernando (ed.), *Fortalezas de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta y Banco Interamericano de Desarrollo, 2004.

<sup>51</sup> Thoumi Francisco, *Economía política y narcotráfico*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994.

<sup>52</sup> Estos puntos se han desarrollado en Thoumi Francisco, "Why a Country Produces Drugs and How This Determines Policy Effectiveness: A General Model and Some Applications to Colombia", en Rojas C. y J. Meltzer (comps.), *Elusive Peace: International, National and Local. Dimensions of Conflict in Colombia*, Palgrave Macmillan, 2005.

<sup>53</sup> El último censo de 1993 estimó la población de Bogotá en unos cinco millones. Otras dos áreas metropolitanas tenían más de dos millones cada una, y otra un millón trescientos mil. Otras dos ciudades tenían más de 600.000 habitantes, una aproximadamente medio millón, tres entre 300.000 y 400.000, nueve entre 200.000 y 300.000 y seis entre 100.000 y 200.000.

<sup>54</sup> Palmer David Scott, *Peru: the Authoritarian Tradition*, Praeger Publishers, 1980, p. 46.

<sup>55</sup> Deas estudia varios casos. Los que ganaron las subastas de los impuestos al alcohol y el tabaco frecuentemente prosperaron pero también hubo casos en que perdieron dinero. Deas Malcolm, "Colombian Fiscal Problems During the xix Century", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 14, parte 2, 1982.

<sup>56</sup> La baja proporción de los impuestos en el ingreso nacional fue una constante durante todo el siglo xix. Deas Malcom (*Ídem.*) hace un estudio fascinante de este fenómeno y de la forma en que los diversos gobiernos trataron de manejarlo.

<sup>57</sup> Se puede argumentar que este fenómeno ha sido común en otros países latinoamericanos, pero el caso colombiano es más grave por la gran dispersión de la población y la proliferación de centros urbanos. En Perú, Bolivia y Brasil, por ejemplo, el Estado no controló una gran parte del territorio pero la gran mayoría de la población vivía en zonas en las que el Estado central ejercía control, lo cual no fue el caso en Colombia.

2) La geografía fue un obstáculo para la integración nacional no sólo por los altos costos del transporte, sino también porque la variedad de climas en zonas cercanas a la mayoría de centros urbanos permitió una gran diversidad en la producción agrícola, promovió la autosuficiencia y desincentivó la formación de mercados nacionales, toda vez que la mayoría de las regiones producían bienes semejantes.

3) Durante toda su historia Colombia se ha caracterizado por ser un país de tierras fértiles y abundantes con relación a su población. Hasta mediados del siglo xx Colombia tenía una relativa escasez de mano de obra con relación al acervo de tierra. Durante la Colonia los españoles enfrentaron un dilema: para que los hidalgos disfrutaran de una vida “decente”, acorde con sus “merecimientos”, fue necesario establecer instituciones que ataran el campesinado a la tierra para evitar su desplazamiento y acceso a terrenos baldíos. El hecho es que había muchas oportunidades para que los esclavos cimarrones y campesinos y personas pobres se refugiaran en zonas aisladas en las que podían subsistir con facilidad e independientemente del Estado. Las enfermedades tropicales eran los mayores obstáculos reales a estos movimientos. Durante los siglos xviii y xix se establecieron palenques o colonias de esclavos cimarrones fuera del control del Estado, de la iglesia y de otras instituciones sociales dominantes. A finales del siglo xix la población de las zonas minifundistas del altiplano central creció más allá de lo que las pequeñas parcelas podían mantener y muchos campesinos migraron a las zonas cafeteras que se estaban colonizando. Estas migraciones llevaron a “la formación espontánea de sociedades marginalizadas de los controles sociales, familiares, religiosos y políticos que caracterizaban sus lugares de origen”<sup>58</sup>. En otras palabras, a lo largo de la historia colombiana el Estado y otras instituciones han tenido dificultad para establecer controles al comportamiento individual de muchos colombianos.

4) La heterogeneidad regional ha llevado a una diversidad cultural. Comportamientos y

acentos regionales tienden a ser distintivos de las diversas regiones. Las lealtades locales han sido muy fuertes y la formación de una identidad nacional ha sido lenta e incompleta<sup>59</sup>.

5) Durante los primeros 110 años de vida independiente (hasta la década de 1920), Colombia sufrió una crisis de deuda externa crónica causada por los grandes préstamos en que incurrió Simón Bolívar para financiar las campañas libertadoras de Bolivia y Perú<sup>60</sup>. Cuando la Gran Colombia se desintegró en 1830, la deuda externa se distribuyó de acuerdo con la población de cada país sin tener en cuenta la capacidad de pago de cada uno de ellos, que estaba determinada por el nivel de sus exportaciones. Colombia, con las menores exportaciones per cápita, vivió una crisis de balanza de pagos crónica a lo largo del siglo xix. En todo ese tiempo el gobierno no tuvo acceso a los mercados internacionales de capital, condición necesaria para financiar la integración del país<sup>61</sup>.

6) Durante el siglo xix y parte del xx Colombia experimentó una serie de bonanzas y crisis de exportación de productos básicos: añil, quinina, cacao, caucho y bananos. Estas bonanzas generaron cortos episodios de prosperidad en diferentes sitios, lo que no permitió el desarrollo de comunidades estables asociadas al comercio exterior. Solamente el café, a partir de 1920, permitió tal desarrollo. Este patrón contrasta con el del resto de la América Latina, donde los ciclos de bonanza y crisis se repetían en los mismos lugares.

7) La estructura de los partidos políticos colombianos ha sido atípica. Muchos partidos principales en el resto de la región han tenido organizaciones centrales fuertes y agendas de política definidas. Otros han seguido a caudillos con personalidades fuertes. En ambos casos, la estructura ha sido vertical, de arriba abajo. En contraste con esos patrones, los líderes regionales de los partidos colombianos tradicionales han tenido mucha autonomía, han influido sobre las decisiones del gobierno central y en alto grado remplazaron al Estado en sus regiones, actuando de mediadores entre la ciudadanía local y ese mismo

<sup>58</sup> González Fernán, S. J., “La Guerra de los Mil Días”, en *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo xx*, Bogotá, Museo Nacional, Memorias de la ii Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”, 1998, p. 151.

<sup>59</sup> Esto es lo que Yunis llama “endogamia cultural”. Yunis Emilio, *¿Por qué somos así? i. ¿Qué pasó en Colombia?*, *Análisis del mestizaje*, Bogotá, Editorial Temis, 2005.

<sup>60</sup> Junguito Roberto, *La deuda externa en el siglo xix. Cien años de incumplimiento*, Bogotá, tm Editores, Banco de la República, 1995.

<sup>61</sup> *Ídem*.

Estado. En muchos casos los partidos generaron la clase de lealtad que la gente suele sentir por la nación. Hasta hace poco muchos colombianos nacían liberales o conservadores y “al mismo tiempo ese sentimiento de pertenencia significaba un acto trascendental en la vida ciudadana y definía la identidad de las personas”<sup>62</sup>. Por esta razón, los dos partidos colombianos tradicionales han sido multclasistas y ha sido muy difícil establecer otros partidos. Además, la fuerte identificación partidista ha sido un obstáculo al desarrollo de otros partidos, que han podido lograr algunos éxitos en el corto plazo pero no han sido sostenibles en el largo plazo. No es sorprendente que el disenso político en Colombia haya tendido a expresarse como disidencias dentro de los partidos en vez de dar lugar a la formación de otros nuevos.

8) Durante las décadas de 1940 y 1950 Colombia experimentó la Violencia, una guerra ambigua en la que perecieron entre 200.000 y 300.000 personas, o sea, entre 2% y 3% de la población. La Violencia terminó con el Frente Nacional, un acuerdo entre los dos partidos que tuvo gran éxito en acabar con la guerra fratricida, pero que institucionalizó la distribución del botín estatal entre los dos partidos y creó fuertes incentivos para que éstos se convirtieran en maquinarias electorales interesadas principalmente en repartirse los puestos y prebendas del Estado. Es notable cómo desde finales de los años cincuenta hasta principios de los noventa la política se mantuvo muy distante de la formulación de políticas económicas, siendo ésta relegada a un grupo de economistas muy calificados, quienes enfrentaban más presiones de la élite económica que del cuerpo político del país. Este sistema se tradujo en una notable estabilidad en las políticas económicas que produjo buenos resultados. Así, el aserto “la economía va bien pero el país va mal” reflejó durante mucho tiempo la percepción del público sobre la realidad nacional. Hasta hace muy poco, el sistema político colombiano no respondió al clamor por reformas sociales importantes. Antes de los cambios implantados

por la Constitución de 1991, Colombia había sido el único país de América Latina en el que la izquierda nunca había logrado un éxito electoral que permitiera experimentar con políticas diferentes a las promovidas por la élite económica. Esto tuvo un lado positivo en cuanto Colombia no padeció las crisis e hiperinflaciones de otros países latinoamericanos causadas por gobiernos populistas<sup>63</sup>. Sin embargo, los agravios de las clases bajas no tuvieron canales para expresarse y las reformas intentadas, especialmente la agraria, fueron frustradas. Por eso, muchos que buscaban reformar el sistema tuvieron que apelar a métodos violentos como la única opción viable<sup>64</sup>.

9) Las comunidades nativas colombianas eran más débiles que las de los demás países andinos y no generaron restricciones al comportamiento en la mayoría de la población campesina. En Bolivia, Ecuador y Perú las comunidades nativas tienen una fuerte identidad, sus miembros tienen un desarrollado sentido de pertenencia y la comunidad establece patrones y normas de comportamiento. En Colombia no existió un imperio comparable al inca, maya o azteca, y, por el contrario, al llegar los españoles encontraron un gran número de cacicazgos bastante autónomos<sup>65</sup>. Así, los grupos indígenas más importantes tenían una organización suficiente para ser fácilmente explotados por los colonizadores españoles, pero no pudieron sobrevivir como comunidades. Además, estos grupos experimentaron un rápido proceso de mestizaje que los incorporó a la sociedad colonizadora y les hizo perder su identidad<sup>66</sup>. Colombia aún tiene algunas comunidades nativas en las que predominan fuertes controles sociales y se castigan los comportamientos desviados. Éstas son, sin embargo, una minoría y el grueso del campesinado colombiano es resultado del mestizaje y tiene vínculos comunitarios muy débiles.

10) Colombia es el país latinoamericano que ha tenido menos influencias no españolas. Es el país con menos inmigrantes no españoles y no católicos per cápita. Colombia fue colonizada por españoles que acababan de terminar una

[45]

<sup>62</sup> Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogotá, iepri/El Áncora Editores, 1995, p. 41.

<sup>63</sup> Urrutia Miguel, “On the Absence of Economic Populism in Colombia”, en Rudiger Dornbush y Sebastian Edwards (comps.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1991.

<sup>64</sup> Colombia ha tenido algunos movimientos reformistas; por ejemplo, la Teología de la Liberación se originó en el país, pero los efectos de estos movimientos sobre las políticas gubernamentales han sido marginales.

<sup>65</sup> Tovar Hermes, *La formación social chibcha*, Bogotá, Ediciones cieec, segunda edición, 1980.

<sup>66</sup> Jaramillo Uribe Jaime, *Ensayos de historia social*, vol. i, tm Editores-Ediciones Uniandes, 1991, capítulo 3.

[46]

guerra de siete siglos contra los árabes y venían de la región más feudal de Europa, en la que no existía un concepto de Estado central fuerte. El aislamiento regional mencionado antes les permitió mantener un alto grado de autonomía del Estado y conservar sus costumbres y valores, los que han influenciado la sociedad colombiana a lo largo de su historia. Así, la Constitución de 1886 buscó fortalecer la hispanidad e intentó replicar el Siglo de Oro español. Esta Constitución fue muy hostil a las personas de origen no español y a los no católicos. Tal tradición ha persistido y hoy Colombia sigue siendo uno de los países en los que es más difícil obtener una visa de trabajo o nacionalizarse. No sorprende entonces que Colombia por mucho tiempo se mantuviera alejada de ideas modernizadoras y que el ex presidente López Michelsen se refiriera al país como el Tíbet de América. Los valores tradicionales premodernos no promovieron el respeto al gobierno central, sus leyes y autoridades, y el aislamiento de los descendientes de los conquistadores les permitió mantenerse bastante autónomos del gobierno central. A principios del siglo xx Colombia era una sociedad muy estratificada, en la que las élites locales tenían mucha autonomía. Su poder local era enorme y podían abusar de él, es decir que la sociedad imponía pocas restricciones al comportamiento individual.

11) Durante el siglo xx Colombia experimentó una dramática expansión de la frontera agropecuaria. Este proceso fue muy influenciado por la violencia rural y la explosión demográfica<sup>67</sup>. La colonización fue principalmente espontánea, con muy poca participación del Estado y en muchos casos los grupos guerrilleros llenaron el vacío de poder en esas zonas e impusieron el orden<sup>68</sup>.

12) La violencia y el crecimiento demográfico también generaron fuertes migraciones rural-urbanas y el crecimiento de zonas de pobreza en las ciudades. Un efecto muy nocivo de la migración inducida por la violencia es la pérdida de vínculos entre los migrantes y sus comunidades de origen, muchas de las cuales fueron destruidas. Esta pérdida de vínculos se tradujo en la eliminación de restricciones sociales al comportamiento, lo cual hizo que algunos migrantes expresaran con facilidad su profundo resentimiento. Además, la migración rural-rural a zonas baldías generó muchos asentamientos fuera del control estatal.

13) Las Fuerzas Armadas colombianas son diferentes de las del resto de América Latina. Colombia no experimentó las amenazas y realidades de golpes militares comunes en el resto de la región. En efecto, las Fuerzas Armadas colombianas tienen una fuerte tradición civilista, la cual ha sido reforzada por la carencia de un enemigo externo<sup>69</sup>. De hecho, Colombia es uno de los pocos países de la región en los que no existe el imaginario de un enemigo externo. Las guerras han sido conflictos internos pero no externos<sup>70</sup>. Sin embargo, una cosa es tener una tradición civilista y otra una organización militar débil, que es lo que ha ocurrido en Colombia. Así, las Fuerzas Armadas nunca han controlado el territorio y han tenido poca presencia en muchas zonas fronterizas. Además, la representación de la élite en las Fuerzas Armadas ha sido muy pequeña y la participación militar en política después de su retiro ha sido ínfima<sup>71</sup>.

14) Todos los colombianos han padecido violencia e inseguridad por mucho tiempo. Se puede afirmar que todo colombiano ha sido víctima y que muchos son victimarios. El síntoma de

<sup>67</sup> Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años setenta Colombia tuvo una de las tasas de crecimiento de la población más altas de la América Latina, pero desde esa época esta tasa cayó de manera extraordinaria. Esto se logró por medio de una campaña callada del gobierno a la que la Iglesia católica no se opuso mientras que el gobierno no la promoviera abiertamente. Los efectos de este cambio se empezaron a sentir sobre la fuerza laboral a mediados de los años noventa y fueron compensados parcialmente por aumentos en la participación femenina en la fuerza laboral.

<sup>68</sup> Este proceso contrasta dramáticamente con la colonización del Chapare en Bolivia, donde muchos campesinos migraron comunitariamente, donde el Estado promovió la migración en muchas ocasiones y mantuvo una presencia en la zona. En efecto, el Chapare es hoy la región rural boliviana con los mejores servicios públicos e infraestructura. Thoumi, 2002, *ob. cit.*

<sup>69</sup> Deas Malcolm, "Colombian Fiscal Problems During the xix Century", en *Journal of Latin American Studies*, vol.14, parte 2, 2002.

<sup>70</sup> La pérdida de Panamá fue traumática que no repercutió en el fortalecimiento de las fuerzas armadas pues no se percibió otro evento similar. La guerra con el Perú en 1930 fue resuelta diplomáticamente después de algunas escaramuzas pequeñas debido a la imposibilidad física de enviar grandes fuerzas a las zonas inaccesibles en conflicto. La memoria de esa guerra es hoy virtualmente inexistente en el país.

<sup>71</sup> Por ejemplo, es notable que en el Congreso colombiano haya muchos más ex guerrilleros que ex militares.

estrés post-trauma es general en la población y no se ha tratado adecuadamente. Sólo es posible especular sobre los efectos de esta situación, aunque sí se puede afirmar que constituye un obstáculo a la generación de confianza y solidaridad y a la capacidad de negociar la paz<sup>72</sup>.

#### 4. DROGAS, INSTITUCIONES, GOVERNABILIDAD, CULTURA Y EL FRACASO DE LAS POLÍTICAS CONTRA LAS DROGAS

Las actuales políticas contra las drogas son básicamente represivas. Su meta principal es eliminar la rentabilidad de la producción y tráfico de drogas. Reafirmando un punto fundamental de este ensayo, si la rentabilidad determinara la localización de la producción, Afganistán y Colombia serían actores marginales en los mercados mundiales de drogas ilegales puesto que estarían compitiendo con un gran número de países. La industria de drogas ilegales en estos dos países floreció como resultado de procesos históricos y de evolución institucional que los hicieron muy vulnerables al desarrollo económico ilegal debido a la debilidad de sus Estados centrales y a la falta de imperio de la ley.

La comparación de los dos países muestra que a pesar de las grandes diferencias en cultura, religión, tradiciones y nivel de desarrollo económico, cada uno concentró una rama de la industria de drogas ilegales. Estos desarrollos fueron resultado de procesos en los que el Estado central no logró imponer su ley en el territorio y en los que los controles sociales al comportamiento individual se debilitaron o desaparecieron. En algunas ocasiones las instituciones de la sociedad civil promovieron el desarrollo ilegal que en ese momento era funcional para lograr sus metas. Hoy ambos países están involucrados en conflictos armados complejos, financiados en parte sustancial por la industria ilegal y que involucran fuerzas militares extranjeras y otros actores internacionales.

La historia del desarrollo de la industria de drogas ilegales en Afganistán y Colombia demuestra la importancia de las instituciones y de la cultura (valores, creencias y actitudes) en los

procesos de toma de decisiones de los individuos involucrados. Las actuales políticas contra las drogas buscan aumentar los costos de la industria ilegal e imponen fuertes sanciones a los actores ilegales capturados. Aun el desarrollo alternativo, la única zanahoria en el arsenal de políticas, está diseñado para disminuir la rentabilidad relativa de los cultivos ilegales. Los programas de desarrollo alternativo promovidos por *usaid* están directamente condicionados a la erradicación de cultivos. Las políticas represivas contra las drogas están formuladas desde la perspectiva tradicional de la lucha contra la criminalidad local o doméstica, la cual supone que en cada sociedad hay algunos individuos malos que es necesario extirpar o controlar: “Rechazamos el argumento de que las leyes contra las drogas actuales han agravado el problema de las drogas. Lo que ha agravado el problema son los individuos que toman decisiones erradas”<sup>73</sup>. Siguiendo esta lógica en Afganistán y Colombia, todos aquellos que participan en la industria ilegal, incluyendo muchos campesinos, son simples criminales que han tomado decisiones erradas y que deben ser castigados.

Este enfoque represivo niega la importancia de los procesos sociales, políticos y económicos que han llevado al desarrollo de la industria ilegal. Afganistán y Colombia son países que en muchos estudios estadísticos aparecen como atípicos, es decir, fuera de las normas comunes. Por eso, para resolver el “problema de las drogas” es necesario entender por qué son diferentes. Sólo así será posible tomar medidas exitosas. En ambos países la industria ilegal está profundamente involucrada con grupos activos en sus conflictos armados. La relación es tal que es imposible establecer la paz sin controlar la industria ilegal. Por eso, los problemas de drogas y violencia deben ser resueltos de manera conjunta.

En ambos países es imperativo fortalecer el Estado central y la gobernabilidad y generar ciudadanos verdaderos que sientan que son parte integral del Estado (que sean *stakeholders*) y que actúen como tales. Éste es un gran desafío que probablemente muchos políticos decidan evitar

[47]

<sup>72</sup> Cabe preguntarse cuáles serían los efectos de tener un gobierno, guerrilla y grupos paramilitares en los que la gran mayoría de los líderes han tenido padres y parientes asesinados o secuestrados y algunos de ellos han sido secuestrados, extorsionados y amenazados.

<sup>73</sup> Tully Edward J. y Marguerite A. Bennett, “Pro-Legalization Arguments Reviewed and Rejected”, en Evans Rod L. e Irwin M. Berent (comps.), *Drug Legalization: for and against*, La Salle, Illinois, Open Court, 1992. El artículo de donde se extrae esta cita fue aprobado de manera unánime en la reunión de los Jefes de Policía de Ciudades Grandes de Estados Unidos el 6 de octubre de 1988 en Portland, Oregón.

porque lo consideran demasiado grande. Sin desconocer las grandes dificultades para enfrentarlo, es necesario que al menos las políticas contra las drogas no socaven la posibilidad de efectuar los cambios necesarios para el éxito en el largo plazo. Desafortunadamente, algunas de las políticas más populares contra las drogas dentro de algunos gobiernos actuales socavan las posibilidades de cambios institucionales exitosos. La erradicación forzosa, por ejemplo, no fortalece la lealtad de los campesinos al Estado. La fumigación aérea de cultivos ilícitos coloca al Estado en posición de enemigo del campesinado. Esta política puede lograr algunos éxitos en el corto plazo, pero tendrá efectos devastadores a mediano y largo plazo. Cabe preguntarse, por ejemplo, qué proporción de mujeres y hombres de las zonas fumigadas se afilian a movimientos guerrilleros o paramilitares que ofrecen las únicas opciones de empleo que ellos pueden percibir en Colombia aparte de los cultivos ilícitos.

[48] Otras políticas como la extradición, la interdicción de drogas e insumos químicos, la confiscación de activos y otras medidas contra el lavado de dinero pueden atacar la rentabilidad de la industria ilegal, pero no la pueden eliminar o disminuir de manera sustancial. Por eso es imperativo concentrarse en modificar las razones sociales por las que la industria ilegal ha crecido en ambos países. El punto es que la industria de las drogas es sintomática de problemas sociales graves y no es la única actividad ilegal importante en estos países. Colombia, por ejemplo, es el primer productor de dólares americanos falsos en el mundo, el primer productor de secuestros extorsivos, y posiblemente el primer productor de sicarios, el productor de los mejores pasaportes falsos, el primer o segundo exportador de prostitutas latinoamericanas a Europa y el tercer país del mundo en cuanto al número de niños guerreros después de Sudán y Birmania. Colombia es el único país en el que se ven frecuentes anuncios en los que se indica que la propiedad raíz “no está en venta o arriendo” para evitar transacciones fraudulentas. Colombia es el país en que se acuñaron eufemismos como “paseo millonario” y personas “desechables”. En otras palabras, en este país se ha generado una cultura de la ilegalidad de la que las drogas son sólo una parte. Cambiar esta cultura es un prerrequisito para eliminar la industria ilegal, cambio que re-

quiere mucha paciencia puesto que los procesos de fortalecimiento institucional, generación de solidaridad, confianza y ciudadanía responsable son lentos e inciertos.

En Afganistán las políticas contra las drogas son hoy, más que en Colombia, parte de la guerra contra el terrorismo. La guerra actual se ha enfocado en los actos terroristas pero no en sus causas, las cuales no se discuten o debaten. Como en el caso de las drogas, éstas son desdeñadas por la mayoría de los artífices de política y el terrorismo es considerado simplemente como las acciones de “aquellos que nos envidian y odian debido a nuestro éxito”. Para eliminar los cultivos ilegales en Afganistán es necesario cambiar la estructura de la propiedad de la tierra, establecer sistemas financieros y de mercadeo modernos que proporcionen recursos y mercados al campesinado. Esto se debe lograr en medio de un entorno de guerra. El desarrollo alternativo podrá obtener algunos logros puntuales, pero mientras se mantenga la falta de control territorial de parte del Estado y el comercio de drogas continúe involucrando a grupos importantes de políticos, es muy dudoso que las políticas actuales logren tener éxito. La estructura social afgana, a diferencia de la colombiana, podría permitir una erradicación negociada de los cultivos de amapola. La importancia de las tribus tradicionales ofrece la oportunidad de negociar la erradicación de manera semejante a como se ha hecho en Pakistán con los pashtunes. Claro que esta negociación requerirá una inyección de recursos bastante grande.

Tanto en Afganistán como en Colombia el “problema de las drogas” no es solucionable con las políticas tradicionales contra las drogas sin que se efectúen cambios sustanciales en dichas sociedades. De hecho, sería maravilloso que la causa por la cual no se ha eliminado el “problema de las drogas” haya sido la mala aplicación de las políticas. En ambos países el problema es de instituciones, estructura y cultura (valores, creencias y actitudes), y éstos son difíciles de cambiar, pero el primer paso en el proceso de llegar a una solución radica en reconocer la complejidad y la naturaleza del problema. De otra manera se continuará aplicando políticas inefectivas y esperando una solución que no se ha obtenido en más de treinta años de seguir una “guerra contra las drogas”.

# La realidad simulada. Una crítica del reality show

Leonardo Ordóñez Díaz\*

## RESUMEN

El reality show es el formato televisivo más exitoso de los últimos años. Este artículo efectúa una exploración en torno a dicho formato articulada en tres partes. Primero, se estudiará la tensión que los realities generan entre la representación como esquema estético tradicional y la simulación como esquema estético emergente; luego, se detallará la manera en que los realities participan en la producción del mundo como imagen; finalmente, se explicará el papel que los realities cumplen en el marco de la economía estética contemporánea y se ofrecerá una explicación sociopsicológica de su poder de seducción. El artículo en su conjunto aborda el estudio del reality a través del lente amplio de una crítica de la industria del entretenimiento.

*Palabras claves:* reality show, televisión, entretenimiento, simulación.

The simulation of Reality. A critic of the reality show.

## SUMMARY

Reality shows are one of the most successful television genres in the last few years. The exploration that this article will make around this genre consists of three parts. First, the tension that realities cause between representation as a traditional aesthetic style and simulation as an emergent aesthetic style will be examined. Second, the way realities participate in the construction of the world as image will be described. Finally, the article will explain the role that realities play in the contemporary aesthetic economy, and offer a socio-psychological explanation of its seductive power. The article approaches the study of reality shows by taking a critical perspective to the entertainment industry.

*Key words:* reality show, television, entertainment, simulation.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10 / 03 / 2005

FECHA DE APROBACIÓN: 04 / 04 / 2005

Posiblemente la televisión ha sido un desarrollo tecnológico decisivo en el auge que vive la industria del entretenimiento desde mediados del siglo pasado. Telenovelas, musicales, miniserias, concursos y otros formatos constituyen hace ya muchos años el pan de cada día para millones de televidentes en todo el mundo. El andamiaje dedicado a la producción de estos programas continúa prosperando pese a que sus resultados suelen traducirse en una pobre provisión de espectáculo y de ficción para consumo de masas. Dentro de este marco, en momentos en que apenas comenzamos a vislumbrar las repercusiones sociales de largo plazo asociadas a la globalización de la producción televisiva, una nueva tendencia se está haciendo sentir. Dicha tendencia queda muy bien expresada por el eslogan con el que algunos programas le ofrecen a su teleaudiencia, ya no ilusiones ni espectáculos, sino un tipo diferente de transmisión televisiva: “la vida en directo”.

Nos referimos a los programas realizados en el formato conocido como reality show. El objeto de estos programas no es la vida en sentido genérico sino la vida humana y, más concretamente, la vida diaria. Es posible que el eslogan produzca cierto recelo a cualquiera que se detenga a pensar un instante en la complejidad de los hechos y la variedad de facetas que puede abarcar un término como la “vida diaria”. ¿Acaso éste es el tipo de objeto que se puede mostrar? Y aun si ello resultara factible, ¿qué finalidad tendría mostrar en directo esa vida a millones de televidentes? La vida diaria es la realidad a partir de la cual cada ser humano construye la totalidad de su experiencia, el abecedario con el que cada quien va escribiendo línea por línea la historia de su vida. Mostrar la vida diaria implica en cierta medida mostrar la vida humana, y ésta parece escapar a cualquier intento de convertirla en objeto de exhibición. La vida humana no es como un jarro, una alocución política, un partido de fútbol o un disturbio callejero, y no está nada claro en qué consiste su unidad ni su sentido. ¿Cómo interpretar entonces el uso que hacen los realities de ciertos ritmos y hechos menudos de la vida diaria? ¿Por qué el formato resulta tan seductor para vastas audiencias? ¿En qué consiste propiamente su novedad con respecto a la televisión tradicional? ¿Y cómo evaluar esa novedad?

El campo de trabajo que abren estas preguntas requiere, para su adecuada exploración, deshacer el halo de ambigüedad que rodea el “rea-

lismo” de los realities y la noción de “vida diaria” implícita en ellos. Tal aclaración es relevante en la medida en que los realities son quizá el mejor ejemplo de la tendencia generalizada de la televisión actual —manifiesta en formatos tan disímiles como el talk show o la denominada real tv— a enfatizar la transmisión en directo de acontecimientos reales, en detrimento de los contenidos representacionales y simbólicos. En los realities es posible rastrear la tensión que estos nuevos formatos televisivos producen, al nivel de los medios masivos de comunicación, entre la *representación* como esquema estético tradicional y la *simulación* como esquema estético emergente. En este sentido, los resultados de los análisis que desarrollaremos en las siguientes páginas aspiran a tener aplicabilidad en un ámbito más general, a saber, el concerniente a las dinámicas de la cultura visual contemporánea. Dada la urgencia de explicar racionalmente el impacto de los nuevos formatos visuales, así como de entender su influencia en la configuración de nuevos hábitos de vida, percepción y consumo, en este artículo no analizaremos el reality desde una perspectiva puramente interna, sino a través del lente amplio de una crítica de la industria del entretenimiento.

#### 1. DE LA REPRESENTACIÓN A LA SIMULACIÓN

A pesar de los riesgos implícitos en el intento de convertir la realidad en espectáculo, el éxito de los realities en materia de rating es indudable. Los críticos suelen explicar este éxito apelando a tres características del género: hibridación, interactividad y realismo.

El primer punto, la hibridación, se refiere a los rasgos formales que diferencian el reality de otros formatos; desde esta perspectiva, el reality se caracteriza por la fusión y la mezcla, ya que su estructura es el fruto de “la combinación de varios géneros de manera novedosa”, a saber: el concurso, la transmisión en directo, el talk show, el documental, el informativo, el melodrama y el video clip<sup>1</sup>. El reality corresponde a un modelo flexible, a una amalgama fluida en la que convergen diversos recursos expresivos de la televisión tradicional.

El segundo punto, la interactividad, describe la relación entre el programa y su público. En los realities más exitosos, la teleaudiencia interviene en el curso de los hechos votando por vía telefónica. Es notorio que frases como “¡Usted decide!” o “¡Marque ya al número...!” las cuales se han vuelto comunes en la televisión reciente, “claman

[50]

<sup>1</sup> Rincón Omar, *Reality shows*, Bogotá, Politécnico Grancolombiano, 2003, p. 13.

con urgencia por una relación más participativa (y, sobre todo, *dialógica*) entre el espectador y la pantalla”<sup>2</sup>. La interactividad involucra, además del uso de teléfonos fijos y celulares, la utilización de otros medios como televisión, radio, internet y publicaciones impresas (revistas y periódicos). Gracias a este heterogéneo entramado comunicacional, las diferentes franjas del público pueden seguir el hilo y conocer los detalles menudos del reality a través de páginas web, noticieros, prensa y programas radiales.

El tercer punto, relativo al realismo, concierne a la manera en que el reality presenta la realidad; desde este ángulo, el reality aparece como una forma sofisticada de producir en la teleaudiencia la sensación de asistir a través de la pantalla a un acontecimiento real. Como lo ha expresado un analista de medios:

Hay un efecto de casi tangibilidad provocada en el público, que sobrevive a la obvia manipulación de la producción (montaje, transmisión diferida, tópicos, subtítulos sobreimpresos). El hecho de convivir a diario con gente conocida por su nombre de pila, y cuyos síntomas interactivos se esparcen en abundancia sobre la pantalla del hogar induce al público a compartir su temporalidad de un modo más inmediato y concreto de lo que ocurre en otros géneros<sup>3</sup>.

Este tercer punto resulta crucial; no en vano es el que le da nombre al género. El realismo es el elemento que le da un contenido plausible a la interactividad y hace funcional y operativa la hibridación; por esa razón centraremos en él nuestro análisis.

La promesa de realismo de los realities implica en sí misma un reto difícil. Ya no más representaciones de la vida: ahora es la vida misma la que llega a la pantalla. En cierto modo, los nuevos programas ponen en duda la supremacía de la representación. La realidad desnuda, libre de aderezos, ya no será objeto de mediación estética: no más actores profesionales ni libreto. He aquí que la existencia humana de todos los días, en busca de cuya esencia escurridiza se han afanado pensadores, escritores y artistas, se nos ofrece ahora servida en bandeja mediante el sencillo expediente de oprimir un botón. Pero la promesa es incluso más ambiciosa. Porque no se trata

solamente de presentar la vida diaria sin mediaciones; se trata además de hacerlo de tal modo que la teleaudiencia se entretenga y disfrute con ello. Quienes ven telenovelas al parecer se entretienen con historias que involucran escenas y hechos de la vida cotidiana, pero está claro que este género no presenta la vida sino que la dramatiza con base en un libreto y un trabajo actoral. El reality implica una apuesta distinta. ¿Por qué insistir en la escenificación de historias que con frecuencia corresponden a “casos de la vida real”? ¿Por qué no presentar la vida real sin esas mediaciones que desnaturalizan su autenticidad? A diferencia de las telenovelas, los realities apuntan al mismo tiempo en dos direcciones aparentemente irreconciliables. Por una parte, prometen la presentación directa de la vida diaria; por la otra, prometen brindar entretenimiento y diversión. De hecho, la idea de ofrecerle la realidad de la vida al público no es nueva; varios ejemplos anteriores son relevantes a este respecto: el arte realista, el hiperrealismo, los telenoticieros... La novedad del reality radica más bien en ofrecer una realidad auténtica que, no obstante, es a la vez entretenida y graciosa. Para medir el alcance de este tour de force, bien vale la pena contrastar la novedad a la luz de un breve repaso histórico.

La ambición central de buena parte del arte decimonónico, sobre todo la novela, consistía en representar de manera realista la vida de la época. Stendhal escribió que la novela debía ser “como un espejo puesto al borde del camino”, y la corriente principal del realismo que vino después lo secundó en esta idea. La línea de desarrollo del género novelesco que va de Balzac a Joyce mostró un creciente interés por el estudio de la vida humana de todos los días. “Hay que describir bien lo mediocre”, dijo en varias ocasiones Flaubert. El uso de técnicas literarias como la descripción neutra, la enumeración de detalles circunstanciales, la narración de “tajadas de vida”, el estilo indirecto libre, el monólogo interior y la reproducción del habla corriente hicieron de la novela un mecanismo sofisticado para explorar la *terra incognita* de la vida cotidiana. Sin embargo, en el curso de su evolución la novela abandonó poco a poco la pretensión de entretener a los lectores y terminó produciendo obras de difícil acceso para el público masivo. Novelas como *L' éducation sentimentale* o *Ulysses* no son

[51]

<sup>2</sup> Holmes Su, “‘But This Time You Choose!’: Approaching the ‘Interactive’ Audience in Reality tv”, en *International Journal of Cultural Studies*, N° 7(2), 2004, pp. 213-231.

<sup>3</sup> Andacht Fernando, *El reality show: una perspectiva analítica de la televisión*, Bogotá, Norma, 2003, pp. 89-90.

nada complacientes con el lector que acude a ellas en busca de un rato de lectura agradable; podría incluso decirse que el rigor de la novela en su exploración de la vida humana tiende a conducirla a un desfiladero difícil en su relación con el público lector. La novela realista descubre que la vida diaria decididamente no es un espectáculo entretenido (lo que no equivale a afirmar que sea por fuerza aburrida o tediosa).

Nótese empero que la novela realista se sitúa todavía en el plano de la representación artística. El intento de poner a la audiencia en contacto directo con la realidad de la vida traza una trayectoria distinta en el camino que conduce de la fotografía a la televisión. Fetveit ha mostrado cómo, a lo largo del siglo xix, la fotografía obtuvo una creciente credibilidad en cuanto a su capacidad para reproducir fielmente situaciones reales<sup>4</sup>; este “poder evidencial” fue prolongado y ampliado por el cine (y más tarde por la televisión) mediante “la adición de nuevas dimensiones al acervo de la evidencia visual: tiempo y movimiento”<sup>5</sup>. Pero así como el figurativismo de la fotografía empujó en su momento a las artes plásticas hacia la abstracción y el expresionismo, o sirvió de modelo para movimientos como el hiperrealismo de los años sesenta, la grabación y transmisión de secuencias de hechos en tiempo real le abrió a la televisión la posibilidad de un naturalismo aún más radical que el del cine, demasiado atado a la herencia representacional de las artes escénicas. Durante décadas, las cadenas de televisión se han jactado de llevar los hechos mismos desde cualquier lugar del mundo hasta las salas de los hogares a través de las emisiones de noticias. Por eso *estar en el lugar de los hechos* llegó a convertirse casi en un imperativo para reporteros y camarógrafos. La transmisión del desplome de las Torres Gemelas condujo esta tendencia hasta su límite extremo, al convertir al público mundial en testigo “en directo” de un hecho histórico sin precedentes.

No obstante, este desarrollo replica en forma invertida el desenlace de la historia de la novela realista. Mientras ésta amplió y refinó su capacidad de penetración en los meandros de la vida cotidiana a costa de una pérdida de contacto con el público, los noticieros accedieron al público masivo y dieron el salto de la representación a la presentación directa de hechos a costa de una

pérdida de contacto con la vida diaria. Esto se debe a que los noticieros, por definición, presentan solamente hechos que son *noticia*, con lo que el inmenso ámbito de la vida diaria queda excluido. No es la vida misma lo que ofrecen los noticieros, sino apenas una selección de algunos eventos destacados. La vida de todos los días, que exploraron con tanta profundidad las mejores novelas de los siglos xix y xx, difícilmente puede ser noticia debido a su normalidad gris y carente de relieve, y en ningún caso puede ser noticia de *última hora*. Ésta es la misma razón por la cual la vida diaria no es entretenida. “Cotidiano” tiende así a convertirse en sinónimo de “aburrido” y en antónimo de “noticia”. Por otra parte, de los noticieros suele esperarse un trabajo serio, realizado no en aras del entretenimiento –para eso están las telenovelas y otros programas seriados– sino de la información. El documental parece brindar un marco apto para combinar los distintos frentes (información, vida diaria, entretenimiento); no obstante, se trata de un formato tradicional, demasiado ligado a las formalidades de la rutina informativa para poder convertirse en motivo de pasatiempo o de disfrute estético. Únicamente los realities han proclamado el logro de esta rara combinación: un máximo de realismo asociado a un máximo de entretenimiento.

Pero, ¿qué quiere decir en este contexto un “máximo de realismo”? La realidad que el reality transforma en espectáculo consiste ante todo en vivencias espontáneas; la espontaneidad de las vivencias es presentada a su vez como verdad, como la desnuda verdad de la vida diaria. En esto radicaría la autenticidad clamada por el reality: en limitarse a presentar las vivencias reales tal como ellas acontecen bajo ciertas condiciones. El contraste con el realismo tradicional, e incluso con el pseudorealismo romántico de las telenovelas, es apenas obvio. En el marco de la representación artística, las vivencias, sean propias o ajenas, suelen ser vistas a lo sumo como una fuente de inspiración para la actividad creadora. Como anota Diderot en “La paradoja del comediante”, el poeta que asiste al entierro de su amada no puede improvisar un poema al borde de su tumba, porque lo más probable es que en vez de hermosos versos lo que brote de su garganta sean gemidos de dolor. Sólo pasado algún tiempo, una vez atenuado el sufrimiento causado por

[52]

<sup>4</sup> Fetveit Arild, “Reality tv in the Digital Era: A Paradox in Visual Culture?”, en *Media, Culture and Society*, N° 21, 1999, pp. 787-804.

<sup>5</sup> *Ídem.*, p. 790.

esa pérdida, el poeta estará en condiciones de componer una elegía:

Cuando el gran dolor ha pasado, cuando la extremada sensibilidad se ha adormecido, cuando se está lejos de la catástrofe, cuando el alma está en calma, entonces se recuerda la dicha eclipsada, se es capaz de apreciar la pérdida que se ha tenido y la memoria se une con la imaginación, la una para volver a trazar, la otra para exagerar la dulzura del tiempo pasado; es entonces cuando uno se posee y habla bien. Se diría que se llora, pero no se llora cuando se busca un epíteto vigoroso que se escamotea; se diría que se llora, pero no se llora cuando se ocupa uno de hacer armonioso su verso: o si las lágrimas corren, la pluma se escapa de la mano, se entrega uno al sentimiento y se deja de componer. Pues sucede con los placeres violentos como con las penas profundas: son mudos<sup>6</sup>.

Esto muestra cómo las vivencias no tienen valor artístico por sí mismas, sino que su perdurabilidad depende de la capacidad del creador para recrearlas o transmutarlas en el marco de la representación. En la obra de arte lo que perdura no es la vivencia sino la forma que el artista le imprime a la materia prima de la vida. En el reality, en cambio, las vivencias cotidianas de los participantes –que a menudo no son actores sino personas comunes y corrientes cuya aparición refuerza el efecto realista del programa– son presentadas como valiosas por sí mismas. Incluso si los participantes son actores o celebridades de la farándula, su participación no consiste en actuar sino en comportarse tal como lo harían en su vida privada. Lo que se valora como auténtico no es la representación estética de la emoción sino su manifestación espontánea e inmediata. Lo que importa no es la composición de la elegía sino el gemido al borde de la tumba.

La cuestión es si este gemido corresponde a la verdad de la vida cuando quien lo emite sabe que millones de miradas gravitan sobre él. Sin duda puede ser parte de la realidad cotidiana que un hombre y una mujer que han vivido en la misma casa durante varias semanas vayan juntos a la cama y hagan el amor, arrastrados por la atracción mutua que experimentan. Pero otra cosa muy distinta es que esto ocurra frente a las cámaras del reality, como ha sucedido ya en varios paí-

ses. Bajo estas circunstancias, ambos saben perfectamente que son vistos, por lo que su acto puede simular la espontaneidad mas no experimentarla. Como los actos sexuales cotidianos no incluyen en su naturaleza el hecho de ser mostrados, los participantes no *representan* el acto sexual: lo *simulan*. Si lo representaran, serían sólo actores que recobran su personalidad al final de la representación. Obviamente, ese no es el caso. Son ellos mismos, con su nombre propio auestas, quienes unen sus cuerpos ante el ojo de la cámara; por eso el presentador del reality puede interrogarlos luego acerca de lo que sintieron en ese momento y de las razones que los movieron. Es más, al entrar en la cama ambos eran conscientes no sólo de que serían vistos sino de que luego los interrogarían sobre lo sucedido y tendrían que responder. Así es como el reality escapa a la paradoja de la representación, sólo para caer en lo que podríamos denominar la *paradoja de la simulación*.

La representación es esencialmente paradójica porque consiste en “sustituir a un ausente” dándole una presencia que, sin embargo, confirma su ausencia. Al reemplazar a su modelo, la representación peca “a la vez por defecto –es menos que ese modelo– y por exceso –su apariencia nos hace gozar y nos engaña–”<sup>7</sup>. El reality intenta trascender ese juego: ya no más representaciones de la vida diaria que la suplantán y la ocultan; mejor mostrarla directamente en su despliegue. Sin embargo, nadie vive su vida diaria con el propósito de mostrarla. Este es el terreno en el que crece la paradoja de la simulación. Puesto que el comportamiento de los seres humanos cambia cuando son conscientes de estar siendo vistos, el contexto de producción del reality, que requiere espontaneidad, no permite que ésta se produzca espontáneamente. Así lo ilustran con especial fuerza los realities que tienen lugar en una “casa-estudio” (la ambigüedad de esta expresión resulta elocuente) en la que los participantes están constantemente sometidos a la vigilancia de las cámaras: “Es difícil imaginar una alteración mayor que la de vivir en una casa sin barreras informacionales, vocacional y anómicamente dedicada a exhibir la trastienda y la región más oculta de la interacción social, y de escenificarla, y difundirla al instante a millones de televidentes o internautas. (...) Cuando eso

[53]

<sup>6</sup> Diderot Denis, “La paradoja del comediante”, en *Escritos filosóficos*, N° 137-216, Madrid, Editora Nacional, 1975, pp. 171-172.

<sup>7</sup> Enaudeau Corinne, *La paradoja de la representación*, Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 27.

[54]

ocurre, la persona (...) tiende a experimentar “un tipo especial de autoconciencia”<sup>8</sup>. Esta reflexión no pierde validez por el hecho de trasladar el escenario a una taberna o a una isla. Si bien el reality involucra un ingrediente de espontaneidad, se trata de una espontaneidad simulada que no reproduce la de la vida misma. Es cierto que en la interacción social ponemos siempre en juego una cierta dosis de autovigilancia y de simulación; la sociología de la vida cotidiana –basta pensar en la obra de Goffman– ha explorado ampliamente las maneras en que nuestra conducta habitual está mediada por el hecho de que otros nos ven y posiblemente nos juzgan. Eso no significa empero que la interacción social normal sea objeto de observación deliberada constante. Todos cuidamos el lenguaje cuando sostenemos una conversación casual, pero no lo hacemos con esa cautela que activamos enseguida si nos avisan que la conversación está siendo grabada. En la vida diaria, las personas están habituadas a que los otros se fijen en su vestuario o en su forma de caminar, pero no están preparadas para convivir con una perpetua mirada vigilante, así como tampoco estarían preparadas para comportarse con naturalidad si las expusieran en una jaula del zoológico con un letrero que le explica a los visitantes que están ante un ejemplar de la especie *Homo sapiens*, cuyos miembros se alimentan tres veces al día y duermen siete horas cada noche.

En cierta medida, los participantes de los realities son como fieras humanas sonrientes, voluntariamente enjauladas. Las reglas del juego están claras para ellos desde el inicio; saben que las cámaras vigilarán cada uno de sus movimientos. Sin embargo, están dispuestos a comportarse como si la situación fuese normal. El ejercicio de simulación al que así se prestan no es para nada un tributo a la riqueza de matices de la realidad (porque resulta apenas obvio que no es eso lo que está en juego y que solamente se trata de un montaje) sino a la transformación de la propia realidad en espectáculo. Y cuanto más triunfa el espectáculo, más retrocede la realidad. Los gemidos de gozo o de dolor de los participantes del reality no suponen un hallazgo de la verdad de la vida sino apenas una nueva forma de entretenimiento masiva. La novela realista descubrió hace tiempo que la vida cotidiana no es entretenida. Pero la vida típica de la convivencia en un reality

no es la vida cotidiana, es solamente su simulación. A diferencia de la vida, que está hecha de tiempo, la simulación de la vida puede ser un excelente pasatiempo. Y todos sabemos que pasar el tiempo no es lo mismo que vivirlo. Sólo recurrimos a pasatiempos cuando una porción de nuestro tiempo de vida –por ejemplo, ciertas tardes de domingo– se ha quedado vacía de contenido, cuando nos hemos quedado momentáneamente por fuera del fluir de la vida.

El pasatiempo y el entretenimiento se revelan así como expresiones paradigmáticas de la simulación. Pero, ¿cómo definir la simulación misma? Aquí es preciso avanzar con cautela a fin de esclarecer el doble sentido implícito en el término. Una cosa es la simulación en cuanto método de trabajo de ciertas áreas del conocimiento y la actividad humana, y otra muy distinta la simulación “disimulada” con fines de distracción, típica del reality. Esta última se define ante todo porque su mentira consiste en la pretendida ausencia de mentira; se toma el modelo por la realidad como si la realidad fuera el modelo. Como señala Pardo, refiriéndose al ámbito más general de los medios masivos de comunicación, “la falsedad de las imágenes construidas por los medios no estriba más que en su autenticidad disimulada. (...) El engaño consiste en que no hay engaño”<sup>9</sup>. A diferencia de la simulación social (simulacro de eventos colectivos como una evacuación o un combate) y de la digital (diseño de modelos computacionales), las cuales se saben productoras de realidad virtual con fines de ensayo o de experimentación, la simulación del reality es la hija bastarda de la representación, que niega a su madre porque se avergüenza de parecerse a ella.

## 2. LA SIMULACIÓN EN LA ÉPOCA DEL MUNDO COMO IMAGEN

Ahora estamos en condiciones de ahondar en las causas por las cuales a ningún reality le interesa presentar “la vida en directo” (éste es ante todo un eslógan seductor). La vida diaria está hecha de tiempo –y, en efecto, se toma su tiempo para hacer las cosas. La transmisión televisiva no puede esperar tanto. Cada minuto al aire vale oro. En la vida diaria pueden pasar horas, días o semanas enteras sin que ocurra un evento llamativo. Con razón escribe Bourdieu: “Nada hay más arduo que reflejar la banalidad de la realidad”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Andacht, *ob. cit.*, pp. 89-90.

<sup>9</sup> Pardo José Luis, *La banalidad*, Barcelona, Anagrama, 1989, p. 47.

<sup>10</sup> Bourdieu Pierre, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 27.

El reality ni siquiera lo intenta. Su verdadero interés es contar con una provisión constante de hechos “telegénicos”, es decir, dotados de rasgos que los hagan interesantes, atractivos, dignos de ser transmitidos por su capacidad para llamar la atención. Por eso el montaje de los realities (comenzando por el casting y la elección de los escenarios) está pensado en función de la captura de fragmentos de realidad que puedan ser utilizados como un insumo televisivamente eficaz. Si la realización final del programa depende de la vigilancia continua de los participantes es sólo por la necesidad de hacer acopio de materiales suficientes para la edición. Puesto que la vida diaria no es un espectáculo, sólo es posible construir éste a partir de aquélla sacándole jugo a ciertas situaciones y hechos que, presentados con habilidad, pueden volver interesante lo anodino. El concursante que se lava los dientes de un modo gracioso, la muchacha que “confiesa” ser todavía virgen aunque tiene ya 24 años y un cuerpo atractivo, el futbolista famoso que resbala y cae mientras camina por la playa, la modelo de piel reluciente que se suelta un instante el brasier y la que come sin usar cubiertos, los aprendices de actores que no se percatan de la insignificancia de sus opiniones y que ventilan sin rubor sus triviales intimidades frente a las cámaras... Los productores tienen sus razones para creer que sólo destacando elementos como éstos –y, claro está, podando el resto– el reality puede resultar entretenido. De ahí que la vigilancia continua de las cámaras sea una auténtica cacería de hechos y detalles susceptibles de ser transmitidos en paralelo al desarrollo de las competencias, las cuales funcionan como justificación racional de la simulación. De hecho la vigilancia sería insuficiente si el concurso mismo no produjera a su vez otros incidentes que la convivencia por sí sola no da. Por ejemplo: todos sabemos que una convivencia prolongada suele ser conflictiva. Pero es apenas obvio que los conflictos de los reality son causados, no sólo por el diseño del juego (espacios cerrados, cámaras ocultas, imposibilidad de acceso a ciertos recursos...), sino por la intervención y gestión del juego a cargo de presentadores y editores (la dramatización que tiene lugar en los “juicios de eliminación” son una buena muestra de ello). La realidad de los realities, en este sentido, no es autónoma, como toda realidad auténtica, sino meticulosamente producida con un objetivo preciso.

Sólo los regímenes totalitarios del siglo xx se habían otorgado a sí mismos el derecho de dispo-

ner de una manera tan completa de la intimidad de las personas. La similitud que guardan los efectos de la vigilancia totalitaria sobre las personas con los de la vigilancia de las cámaras sobre los participantes de un reality es iluminadora. Los propios productores de los realities son conscientes de esta similitud; no en vano uno de los programas de mayor éxito se llama *Big Brother*, título alusivo al dictador de la novela de Orwell. Recordemos que el Gran Hermano novelesco llegó a convertirse, a los ojos del público lector ilustrado, en el emblema de un poder represivo absoluto; sin embargo, los habitantes sometidos a su poder en la novela lo percibían más bien –a semejanza de los participantes y televidentes del reality– como una figura ambigua, revestida de connotaciones positivas y portadora de una promesa implícita de salvación. Para aclarar el alcance de esta inversión en la valoración de la vigilancia ininterrumpida, bien vale la pena examinar algunos pasajes de un testimonio sobre la tonalidad de la vida cotidiana bajo el régimen estalinista:

Resulta difícil definir el tipo de relación que predomina en el Este entre las personas si no se la califica de representación teatral, con la diferencia de que la representación no se lleva a cabo en un escenario sino en la calle, en la oficina, en la fábrica, en la sala de reunión e incluso en el cuarto donde se vive. (...) El hecho de representar en la vida diaria difiere de la representación teatral, dado que todo el mundo tiene que representar ante todo el mundo y que todo el mundo tiene plena conciencia de ello. (...) No cabe duda de que en toda conducta humana hay mucho de representación. Un hombre reacciona ante su medio ambiente y hasta sus gestos son moldeados por éste. No obstante, lo que se observa en las democracias populares es una representación consciente en masa, más que una imitación automática. (...) Una mascarada incesante y universal crea una atmósfera que es difícil de soportar pero, al mismo tiempo, brinda a sus participantes ciertas satisfacciones nada desdeñables. Decir que una cosa es blanca cuando se piensa que es negra, reírse para sus adentros cuando se mantiene una apariencia de solemnidad, odiar mientras se manifiesta amor, saber algo y fingir no estar enterado de ello: todo esto induce a sobrestimar la propia astucia. El éxito en el juego se convierte en motivo de satisfacción. (...) La vida sometida a una perpetua tensión interior desarrolla las capacidades que duermen en el fondo de un hombre. Ni siquiera sospecha los tesoros de ingenio y perspicacia psicológica de que puede dispo-

[55]

ner cuando se halla contra el muro y ha de hacer gala de su destreza o perecer<sup>11</sup>.

Este testimonio nos permite contrastar el totalitarismo político con su versión mediática light. Si bajo un gobierno totalitario la represión genera una atmósfera enrarecida de simulación forzada y la ética dominante es la de una lucha de todos contra todos, en el reality la represión se presenta como un juego inocente, la simulación es voluntariamente asumida y la lucha total significa que todos están amenazados y cualquiera puede ser el próximo eliminado. A semejanza de la sociedad totalitaria, la simulación que reina en la microsociedad del reality produce formas específicas de subjetivación, salvo que en este caso la vida de los participantes no corre peligro. Pero aunque los participantes no estén en trance inminente de morir, su supervivencia mediática pende de un hilo; por eso la eliminación equivale a una muerte simbólica. El mensaje implícito es claro: no aparecer más en los medios significa desaparecer, convertirse en fantasma. Regresar a la realidad es sinónimo de regresar a la masa irreal de los que tienen cuerpo y alma pero carecen de imagen. Por eso los participantes, sometidos a la presión de un dispositivo panóptico similar al que describe Foucault, para “sobrevivir” tienen que vigilarse y vigilar a los otros competidores al mismo tiempo que son vigilados por ellos, a sabiendas de que todos son vigilados a su vez por el Gran Hermano –el multitudinario ojo anónimo del público–, el cual se asoma a fisgonear a través de las pantallas de los televisores.

Es importante subrayar este aspecto del contraste: mientras en la dictadura totalitaria es preciso simular para sobrevivir, en el reality es preciso sobrevivir para simular; mientras en la dictadura la vigilancia sirve para velar por la ortodoxia de las convicciones políticas, en el reality sirve para garantizar la continuidad de la simulación. Lo que equivale a decir: en el reality la supervivencia está en función de la simulación. Y la simulación está a su vez en función de las imágenes que es capaz de producir para su difusión masiva. He aquí el significado de la muerte mediática: quien deja de ser imagen, pierde; o, si se prefiere: quien pierde su imagen, pierde la realidad que ésta le daba, y con ello regresa a la irrealidad de su vida diaria y de su yo cotidiano. Así, lo que parecía ser el punto de partida del reality (la vida

diaria) en realidad es su trastienda, su puerta de atrás. Claro, la imagen adquirida transitoriamente en el reality tarda un tiempo en borrarse; es posible que su paulatino desvanecimiento demore meses o, en casos excepcionales, incluso años. Eso no le resta validez al hecho de que en el reality alcanza pleno desarrollo un fenómeno que es válido para la televisión en general: la primacía de la imagen sobre la realidad.

Es como si la relación usual entre realidad e imagen sufriera una insólita inversión. Antes se apelaba a la realidad como tribunal para constatar la adecuación de las imágenes. Era preciso, por ejemplo, comparar un retrato con su modelo para pronunciarse acerca de la calidad del trabajo realizado por el pintor. Ahora es frecuente que acudamos a la realidad para verificar si ésta se parece a la imagen que la televisión y otros medios ofrecen de ella. Si es que acudimos, porque en la mayoría de los casos sencillamente tomamos la imagen por la realidad. En eso radica la promesa de salvación del Gran Hermano: “Salva tu imagen y ella te salvará”. De esta manera la televisión, “que pretende ser un instrumento que refleja la realidad, acaba convirtiéndose en instrumento que crea una realidad. Vamos cada vez más hacia universos en que el mundo social está descrito-prescrito por la televisión. La televisión se convierte en el árbitro del acceso a la existencia social y política”<sup>12</sup>. Es apenas obvio que la realidad continúa siendo la piedra angular sin la cual no habría imágenes. Pero, difundidas a través de la televisión, las imágenes adquieren una cierta autonomía y terminan reinando sobre la realidad. Si la realidad no coincide con su imagen, tanto peor para la realidad; tendrá que luchar para hacerse reconocer, pero, bajo las actuales condiciones de producción de imágenes, se trata de una lucha en la que lleva las de perder.

Es más factible hacer que la realidad se ajuste a la imagen. Ser visto en un reality otorga imagen en una medida que no puede compararse con el hecho casi fantasmal de ser visto en la calle, en una plaza pública o en otro escenario real. A este respecto, Sartori ha advertido que “con la televisión, la autoridad es la visión en sí misma, es la autoridad de la imagen. (...) Lo esencial es que el ojo cree en lo que ve; y, por tanto, la autoridad cognitiva en la que más se cree es lo que se ve. Lo que se ve parece “real”, lo que implica que parece verdadero”. ¿No es esto acaso lo que explica que

[56]

<sup>11</sup> Milosz Czeslaw, *El pensamiento cautivo*, Barcelona, Tusquets, 1981, pp. 85 y ss.

<sup>12</sup> Bourdieu, *ob. cit.*, p. 28.

el actual presidente de Colombia haya acudido a un reality para invitar a la teleaudiencia a votar por el “Sí” en un referendo? Contra la que quizá pudiera pensarse, esta iniciativa no es un ejemplo de hábil uso de la televisión por parte de un político (de hecho, el ganador del referendo fue la abstención y no el “Sí”), sino más bien un síntoma de la formidable capacidad de absorción de la política por la televisión, incluso la de entretenimiento. El proceso mediante el cual la realidad es transformada en espectáculo implica una paulatina estetización de la realidad a la cual no escapa el ámbito de la política. Y cuanto más se estetiza la realidad, tanto más se despolitiza y trivializa la consideración otorgada a los temas públicos, promoviendo en la opinión pública una pérdida gradual del sentido de la realidad. Al tenor de esta tendencia, los seudoacontecimientos del reality se convierten a su vez en noticia, figuran en los titulares y ocupan amplias franjas en los noticieros. Ante la actitud asumida por el presidente, ya no resulta tan increíble que la eliminación de ciertos concursantes carismáticos haya tenido un cubrimiento informativo más amplio que el de las noticias políticas o económicas (aunque esto no sucede aún en todos los países, sino sólo en aquellos en los que la calidad de la formación de los profesionales de la comunicación es incluso más pobre que el promedio).

La complicidad de los noticieros y los realities pone al descubierto con cínico desparpajo que la vigencia social de un problema o de un hecho depende cada vez más de su disponibilidad para transformarse en imagen y ganar así visibilidad mediática. Pero, dado que la mayor parte de los hechos de la vida real carece de semejante disponibilidad, la mutilación resultante en la imagen de la vida es enorme. Con ello, el ya lejano pero todavía entrañable verso de Rimbaud adquiere nueva resonancia: “La verdadera vida está ausente”. El reality no muestra la verdad de la vida diaria, por más que en ocasiones la vida diaria pueda parecer un reality. ¿Quién no ha experimentado alguna vez la sensación de que la vida es una farsa que todos insisten en tomarse en serio? Sin embargo, en el mundo real esa sensación está asociada al genuino descubrimiento del sinsentido que acecha siempre a la vida humana; ello implica una toma de distancia crítica frente al mudo transcurso de la existencia diaria. En el reality, en cambio, el sinsentido es un tabú. No se

puede correr el riesgo de poner pensativa a la teleaudiencia, so pena de hacer trizas el hechizo que la mantiene atada al televisor. Dado lo ardua –y a veces, dolorosa– que es la tarea de dar sentido a la vida, los medios están prontos a movilizar ingentes recursos con tal de “mantener a pulso el simulacro”, con tal de “evitar la desimulación brutal que nos confrontaría la evidente realidad de una pérdida radical de sentido”<sup>13</sup>. Esto resulta especialmente notorio en los nuevos formatos televisivos, en los cuales no hay lugar para un examen profundo acerca de lo que se dice o se hace. Quizá algunos de los participantes lleven a cabo ese examen en su fuero interno, pero éste por definición no se puede mostrar, y cualquier tentativa de exteriorizarlo a través del lenguaje cae a su vez bajo la lógica de la producción de imágenes a la cual él trata de escapar.

Los realities ofrecen a la audiencia una imagen cuya transparencia finge la realidad de la manera más eficaz posible: mostrándola. Siguiendo a Pardo<sup>14</sup>, podemos ver en este ardid visual una versión remozada de la caverna de Platón (esa célebre cárcel subterránea en la que una fogata hábilmente dispuesta arroja sombras que los prisioneros, encerrados allí de por vida, consideran la auténtica realidad). La diferencia radica en que los televidentes del reality no son prisioneros y saben que el mundo exterior existe. Esto es síntoma de la aparición, en el mundo moderno, de una forma sofisticada de simulación. En la caverna platónica, la realidad era invisible por encubrimiento; en el reality, la realidad es invisible por transparencia. La imagen del reality no oculta la realidad, pero tampoco muestra su crudo acontecer; sólo transparenta y pone en evidencia ciertas partes de la realidad que convienen a su propósito de agradar a la audiencia.

¿Pero acaso el arte no consiste justamente en escoger ciertas facetas de la realidad que convienen para un propósito estético? ¿Acaso el reality no hace lo que los artistas han hecho desde siempre? No, porque el objetivo de los artistas nunca es meramente agradar al público sino explorar a conciencia la realidad y expresar, en la medida de lo posible, su sentido (o su sinsentido). Un artista merecedor de ese nombre sabe que, por un lado, no puede decidir caprichosa y soberanamente la disposición de los materiales con los que trabaja, pero, por el otro, no puede abandonar la voluntad de darle forma a esos materiales.

[57]

<sup>13</sup> Baudrillard Jean, *De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 154.

<sup>14</sup> Pardo, José Luis, *ob. cit.*

Esto significa que su trabajo artístico no le hará justicia a la realidad esperando que ésta se torne elocuente por sí sola, ni tampoco imponiéndole un repertorio de técnicas y efectos, sino sólo “ajustando” su expresión a lo que el tema exige o, si se prefiere, encontrando la forma artística “justa”, es decir, la que le da a la realidad la voz que ella misma no tiene. Esta elevada noción de justicia, cuya vitalidad depende entre otras cosas de la capacidad del artista para defender su independencia con respecto a los gustos del público, es totalmente ajena a la esfera del reality. Aquí la imagen funciona como portadora de sí misma, de su propio look; su valor radica ante todo en su poder de agradar, de gustar. La belleza, que sólo había sido un fin en sí misma en la efímera escuela del arte por el arte, adquiere ahora un valor autónomo gracias a su capacidad de seducción y a su permanente disponibilidad para satisfacer los gustos del público.

La primacía de la imagen sobre la realidad constituye así uno de los más inesperados desenlaces de la modernidad. En términos de Heidegger<sup>15</sup>, la tendencia axial de los tiempos modernos radicaba en la conversión del mundo en objeto de estudio y manipulación por parte de un ser humano convertido a su vez en sujeto; con ello la civilización, desde finales del medioevo, habría ingresado en la “época de la imagen del mundo”. A la luz de los desarrollos recientes –la globalización de las comunicaciones, el advenimiento de la era digital– sería legítimo sostener que el despliegue de la modernidad ha conducido más bien a “la época del mundo como imagen”<sup>16</sup>. La realidad simulada ya no es en primer término un aparato ortopédico para objetivar y manipular el mundo sino un atuendo translúcido para embellecerlo; sus imágenes ya no son más representaciones o simbolizaciones de la realidad, sino pantallas transparentes que la filtran y la transforman en espectáculo.

### 3. EL PODER DE SEDUCCIÓN

#### DE LA INDUSTRIA DE LA IMAGEN

La alianza entre estética, política y economía constituye el sustrato de la pujante industria de

la imagen. De acuerdo con los planteamientos de Böhme<sup>17</sup>, las bases de la “economía estética” son la estetización de lo real y la difusión de las actividades dedicadas a la producción de valor estético, el cual emerge, al lado del valor de uso y el valor de cambio, como un tercer tipo de valor. Roberts, siguiendo a Böhme, subraya que “la industria del entretenimiento está unida cada vez más a la estetización del consumo y de la vida cotidiana”. En el campo de los medios de comunicación, la estetización de la realidad está sancionada por los vaivenes del rating. Es preciso llamar la atención de la audiencia, conquistarla a cualquier precio. Ya no se trata de hacer un buen trabajo que, eventualmente, resulte del agrado del público; se trata de hacer un trabajo que sea del agrado del público, aunque sólo eventualmente sea también un buen trabajo. La tiranía del rating (a través del cual se expresa hoy en día la tiranía de los gustos del público) hace de la producción televisiva un área especialmente vulnerable a los requerimientos de la economía estética. Puesto que el agrado producido por las imágenes se traduce en un aumento del rating, el cual a su vez incrementa el valor de la pauta publicitaria, pronto se genera un feed-back positivo que refuerza el valor de la producción de imágenes misma. Gracias al poder de este circuito, las imágenes emergen como un universo relativamente autónomo, que ya no necesita hacerle justicia a la realidad para existir.

Pero si bien la producción de imágenes se pliega en cierto sentido a los gustos del público, desde otro punto de vista es ella misma la que los produce. La industria de la imagen incide poderosamente en la producción de necesidades, gustos y hábitos de vida y consumo. Andrejevic ha mostrado cómo los realities “ayudan a definir una particular forma de subjetividad acorde con la economía *online* emergente: una que asimila la sumisión ante la vigilancia envolvente con la autoexpresión y el autoconocimiento”<sup>18</sup>. Desde esta perspectiva, el reality aparece como parte de un proceso de aclimatación de las audiencias a una atmósfera social de creciente vigilancia de los comportamientos y monitoreo de los procesos, asociada a una constante demanda de extrover-

<sup>15</sup> Heidegger Martin, “La época de la imagen del mundo”, en *Caminos de bosque*, vol. 75-109, Madrid, Alianza, 1997.

<sup>16</sup> Roberts David, “Illusion Only is Sacred. From the Culture Industry to the Aesthetic Economy”, en *Thesis Eleven*, N° 73, 2003, pp. 83-95.

<sup>17</sup> Böhme Gernot, “Contribution to the Critique of the Aesthetic Economy”, en *Thesis Eleven*, N° 73, 2003, pp. 69-80.

<sup>18</sup> Andrejevic Mark, “The Kinder, Gentler Gaze of Big Brother. Reality tv in the Era of Digital Capitalism”, en *New Media and Society*, N° 4(2), 2002, pp. 251-270.

sión. El uso de cámaras de vigilancia en los realities es solidario de su uso en bancos, hospitales, centros comerciales, colegios, jardines infantiles y otros sitios públicos; los interrogatorios del reality son solidarios de la disposición a conceder entrevistas, llenar encuestas, emitir declaraciones; la invitación del reality a la autoexpresión y a la espontaneidad es solidaria del imperativo comunicativo reinante por doquier: “Exprésate”, “Comunicate”, “Habla”, “Di lo que sientes”... La exigencia más o menos implícita de permanecer en contacto, de estar siempre vigilante a la vez que disponible para la interlocución, es solidaria de una paradójica represión expresiva que no funciona ya por silenciamiento sino por proliferación del habla:

A veces nos comportamos como si la gente no pudiera expresarse. Aunque de hecho siempre se está expresando. Las parejas más lamentables son aquellas en las que la mujer no puede estar preocupada o cansada sin que el hombre diga: “¿Qué pasa? Di algo”. O el hombre, sin que la mujer lo diga, y así sucesivamente. La radio y la televisión han extendido este espíritu por todas partes y nos vemos acribillados por charlas sin sentido, cantidades dementes de palabras e imágenes. La estupidez nunca es ciega o muda. Así que el problema ya no consiste en que la gente se exprese, sino en proporcionar resquicios para la soledad y el silencio en los que quizá acabarían encontrando algo que decir. Las fuerzas represivas no impedirán que la gente se exprese, más bien la forzarán a hacerlo<sup>19</sup>.

No es casual que en los realities la habilidad para la convivencia tienda a entenderse como sinónimo de disponibilidad para la comunicación. En este contexto, comunicarse es darse a conocer, mostrarse al desnudo y sin dobleces. Pero el parloteo incesante que promueven los nuevos formatos televisivos no está destinado a exaltar la sinceridad en las relaciones humanas sino a instaurar unos hábitos de expresión ligados al consumo de servicios comunicacionales. Más allá de la invitación que se le hace a la teleaudiencia de “participar” en el reality mediante el uso de redes telefónicas o informáticas, el punto crucial es que la comunicación le es presentada a la audiencia como cálida y espontánea, mientras que el mutismo aparece como frío

y distante. Por eso en la edición del programa se privilegian los momentos de interacción comunicacional entre los participantes. Los presentadores del reality, a su vez, no cesan de hacer preguntas, algunas de ellas a quemarropa, las cuales los concursantes tienen que responder sin vacilación, so pena de parecer demasiado “calculadores”. Empero, como advirtió Nietzsche alguna vez, cuando a alguien se le formula una pregunta, la primera respuesta que tiene a mano es la que está en la superficie, vale decir, la más superficial. Una respuesta cuidadosamente pensada, fruto de un descenso a la profundidad, no cabe en el formato del reality; el proceso de construcción de una respuesta semejante tiene lugar en una penumbra meditativa que no se puede exhibir. Los realities (al igual que los noticieros, los programas de opinión y otros formatos mediáticos) no ofrecen resquicios de soledad ni de silencio para la construcción de las respuestas, sino sólo escenarios para el despliegue de los clichés más vulgares, de la más aparatosa banalidad.

La repercusión del embellecimiento llevado a cabo por el reality se manifiesta asimismo en el consumo masivo de mercancías emanadas del programa mismo. Si una canción de tonadilla tarareable se repite varias veces en la final de un reality, es la venta de miles de discos la que está en juego, como lo reconocen los propios productores<sup>20</sup>. Pero igual podría tratarse de camisetitas o calcomanías. Esta estrategia de mercadeo nos resulta familiar de tiempo atrás. En el ámbito de la economía estética, producción y publicidad, entretenimiento e información, mercancía e imagen, se fusionan en un único circuito multifuncional: los realities promocionan mercancías, los noticieros hacen noticia con los realities, las mercancías estetizan la realidad cual si fueran imágenes, éstas a su vez se transforman en mercancía, y así sucesivamente. De este modo, el reality se revela como pieza clave de un andamiaje mediático que refuerza la disponibilidad de los sujetos ante los poderes que circulan a través de ellos. Para verificar la validez de esta inferencia, basta con detenerse a pensar por un momento en los valores que estos formatos promueven. Si consideramos el lugar de indudable privilegio otorgado por la televisión de entretenimiento a la belleza física, se explica uno por qué en la actualidad el mercado de la estética facial y corpo-

[59]

<sup>19</sup> Deleuze Gilles, “Mediadores”, en Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.), *Incorporaciones*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 239-253.

<sup>20</sup> Caracol Televisión, *La televisión en Colombia: 50 años. Una historia para el futuro*, Bogotá, Zona Ediciones, 2004.

[60]

ral está en pleno auge. Muchas personas ven en la cirugía estética un mecanismo de éxito profesional más eficaz que el estudio u otras actividades orientadas al cultivo de la inteligencia. El hechizo de la imagen mediática tiene bastante que ver con ello. De principio a fin, los reality evitan la promoción de valores intelectuales, los cuales resultan poco telegénicos. Con frecuencia en los realities “quien piensa, pierde” –y cuando hace falta utilizar el cerebro, es para resolver problemas propios de una revista de pasatiempos. Otro ejemplo relevante lo ofrecen los valores asociados a la contemplación de la naturaleza. El papel que cumple el entorno natural en los realities se parece al que juegan los animales en los circos. Aunque dominada y explotada por el ser humano, la naturaleza es presentada, o bien como peligrosa y potencialmente letal, o bien como immaculada y paradisíaca; sólo así funciona como cebo para atraer a la audiencia. El reality no presenta la naturaleza como es sino como el público la teme (salvaje y depredadora) o la desea (plácida y virginal). En ningún punto mejor que en éste se revela el carácter simulado del reality, en cuyo marco la “supervivencia” no es un resultado de la lucha por la vida en un entorno natural aún no domesticado sino el resultado de la lucha por la imagen en un entorno natural utilizado como escenario. Desde la perspectiva de la economía estética, este aspecto del reality es solidario con el tipo de funcionalización mediante el cual la industria turística transforma el acercamiento a la naturaleza en “un privilegio que se valora comercialmente”<sup>21</sup>.

La constatación de estos hechos no hace sino agudizar la urgencia de las preguntas todavía pendientes. Si los realities son un producto tan evidentemente frívolo e insulso, ¿por qué tantas personas están dispuestas a entrar en su juego? Si son un mecanismo tan obvio de simulación y de producción de consumo, ¿por qué la audiencia se los toma en serio, incluso aunque en el fondo a menudo se burle de ellos? Sin duda, el deseo de dinero constituye un móvil importante para concursar; además, para muchas personas aparecer en televisión es sinónimo de éxito, sea que éste consista en obtener notoriedad, incorporarse a un grupo de estrellas pop o convertirse en protagonista de una telenovela. También es cierto que el reality le brinda a la audiencia la posibilidad de constatar que el éxito y la fama están al

alcance de la gente común y corriente, y no hay que olvidar la satisfacción que los espectadores obtienen con programas que les permiten intervenir en el curso de los hechos mediante el voto. No son sin embargo estas explicaciones convencionales las que quisiéramos destacar aquí; de hecho, ellas brindan respuestas que sólo en apariencia resultan satisfactorias para resolver las preguntas planteadas. Lo que nos interesa más bien es subrayar las motivaciones sociopsicológicas de las que extrae su fuerza el mecanismo de los realities. Como bien sabemos, la seducción que una imagen ejerce rara vez depende de consideraciones puramente racionales. Kundera, quien denomina “imagología” al poder de la imagen para imperar sobre la realidad, ha explorado en detalle las raíces en las que se apoya el notable poder de seducción de las imágenes mediáticas. Veámos este pasaje extractado de su novela *La inmortalidad*:

El hombre no es más que su imagen. Los filósofos pueden decirnos que es irrelevante lo que el mundo piense de nosotros, que sólo vale lo que somos. Pero en la medida en que vivimos con la gente, no somos más que lo que la gente piensa de nosotros. Pensar en cómo nos ven los demás e intentar que nuestra imagen sea lo más simpática posible se considera una especie de falacia o juego tramposo. ¿Pero acaso existe alguna relación directa entre mi yo y el de ellos sin la mediación de los ojos? ¿Acaso es concebible el amor sin que controlemos angustiados nuestra imagen en la mente de la persona amada? Cuando ya no nos interesamos por la forma en que nos ve aquel a quien amamos, significa que ya no le amamos. (...) Es una ilusión ingenua creer que nuestra imagen no es más que una apariencia tras la cual está escondido nuestro yo como la única esencia verdadera, independiente de los ojos del mundo. Los imagólogos han descubierto (...) que es precisamente al contrario: nuestro yo es una mera apariencia, inaprehensible, indescriptible, nebulosa, mientras que la única realidad, demasiado aprehensible y descriptible, es nuestra imagen a los ojos de los demás<sup>22</sup>.

Estas observaciones son claves porque ponen al descubierto que los resortes más hondos de la fascinación del reality son de carácter antropológico, es decir, residen en la propia condición humana, y más específicamente, en la preocupa-

<sup>21</sup> Adorno Theodor, *Teoría estética*, Barcelona, Orbis, 1983, p. 96.

<sup>22</sup> Kundera Milan, *La inmortalidad*, Barcelona, rba Editores, 1992, p. 152.

ción de los seres humanos por su propia imagen. De hecho, el reality no podría ejercer seducción alguna sobre las personas si no encontrara en ellas mismas el terreno propicio para prosperar, si no pudiera suscitar su complicidad. “Prueba quién eres”, “Tú también puedes ser una estrella”, “Muestra la madera de la que estás hecho”: este tipo de llamados de los reality para reclutar concursantes apelan al anhelo siempre latente en todos nosotros de mostrarnos ante los demás al desnudo, de hacerles ver la verdad y el valor que yace escondido en las profundidades de nuestro ser. La treta psicológica es apenas obvia, pero no por ello menos eficaz. Es como cuando un chiquillo le grita a otro: “¡No seas cobarde!”, para incitarlo a pelear, mientras los demás chicos forman un círculo alrededor para no perderse ningún detalle del combate. La televisión brinda una oportunidad excepcional de dar la pelea ante millones de miradas. Cada participante considera que puede y merece ganar. Pero tiene que convencer de ello a los jueces (sea que oficien como tal los otros concursantes o la teleaudiencia), así que orienta su estrategia en esa dirección. Algunos tratan de ser simpáticos y amables, otros optan por mostrarse francos e incapaces de doblez, otros permanecen al acecho de una ocasión propicia para hacer notar su talento o la firmeza de sus convicciones, y no faltan quienes tratan de pasar desapercibidos, en la medida en que las condiciones del reality lo permiten. Desde luego, nadie puede estar seguro de que los jueces interpretarán con acierto sus palabras y acciones, y a cada paso surgen conflictos y discrepancias, pero cada cual se hace la ilusión de que siempre habrá oportunidad por el camino para corregir los malentendidos que se presenten. El momento de la eliminación es también el de la desilusión: “Los jueces no me vieron como realmente soy”. O bien: “Me mostré tal como soy pero los jueces no lo supieron valorar”. Recordemos el significado de la muerte mediática: quien pierde su imagen, pierde la realidad que ésta le daba, y con ello regresa a la irrealidad de su vida diaria y de su yo cotidiano. Entre los telespectadores opera un mecanismo de autocontemplación narcisística análogo. Cada espectador se identifica con ciertos atributos (ser hombre o mujer, costeño o paisa, soñador o pragmático, emprendedor, cauteloso, franco, optimista, diplomático, fuerte, habilidoso, simpático...), los cuales encuentra encarnados con mayor o menor fidelidad en uno o varios de los concursantes. El eventual triunfo de uno de ellos, al

representar el triunfo de lo que el espectador valora, equivale en cierto modo al triunfo del propio espectador. De ahí el furor de las votaciones, en las que cada quien promueve la victoria de esa parte de sí mismo que encuentra reflejada en la pantalla. También en este caso los momentos de desilusión no se hacen esperar. La eliminación de cada participante implica que una parte de la audiencia (aquella que respaldaba al nuevo eliminado) debe resignarse ante el hecho de que la mayoría juzgó las cosas de otro modo.

El reality apela así al sueño que cada quien lleva consigo de poder controlar los avatares de su propia imagen. Como todo sueño, éste también puede convertirse en pesadilla. Controlar la imagen que los demás tienen de nosotros, maquillarla, embellecerla, agregarle detalles, retocarla cuando sea necesario: todo esto, a la postre, equivale a convertir a los otros en los dobles de nuestra propia autoconciencia atormentada. Ser reales es más difícil de lo que parece, pero el reality no brinda la ocasión de serlo, sino sólo de parecerlo. La inquietud por la propia imagen encuentra en el reality la ocasión propicia para desplegar todas sus facultades de simulación. La tecnología de medios, al multiplicar y difundir la imagen, multiplica también su apariencia de realidad. Una imagen que nadie ve ni siquiera es una imagen; un imagen que todos ven parece ser algo más que una imagen. El poder del reality se alimenta de este hecho elemental: sin la mirada de otros, los seres humanos no pueden comprobar su propia realidad. Por eso la preocupación por la propia imagen no es una falta que deba avergonzar a nadie, sino sólo una señal inextirpable de la incompletitud y vulnerabilidad de la existencia humana. Sin embargo, es igualmente innegable que los seres humanos son algo más que un puñado de imágenes. Es aquí donde comienza la falacia de los realities. La imagen que éstos ofrecen de la vida humana es irreal, no tanto por lo que muestran como por lo que se abstienen de mostrar. La vida humana no es como un álbum de fotos, aunque éstos sin duda pueden ser parte de ella. Al enfocar la atención de la teleaudiencia en la superficie visible de la simulación, las imágenes del reality sólo remiten a sí mismas y, por lo tanto, carecen de ese peso, esa profundidad, ese trasfondo simbólico y de significado que podría abrirlas a un trabajo de interpretación o de desciframiento. Poco hay en las imágenes mediáticas que nos invite a una consideración atenta; de ahí la facilidad con que se tornan objeto de una contemplación distraída y sonámbula.

[61]

Sin embargo, “distraer” –que no en vano es sinónimo de “entretener”– significa también “apartarse de la realidad”, pero no con la profundidad propia del ensimismamiento ni con el sentido crítico de quien toma distancia ante un hecho, sino con la vacuidad vegetativa de la irreflexión.

En cierta ocasión Brecht se mofaba de esos poetas parecidos a “pintores que cubren con bodegones las paredes de un barco que se hunde”. Este símil resulta perfectamente aplicable en el caso del reality, que al simular la realidad sume la mayor parte de ésta en la irrealidad. Si tiene sentido reprocharle a la representación que oculte la vida y la suplante, con mayor razón puede hacerse este reproche a la simulación, por cuanto se hace pasar por la vida misma y así no sólo la oculta sino que además la convierte en su fantasma. El hecho de ofrecerse como mero pasatiempo no pone al reality a salvo de la crítica, sino que, por el contrario, lo entrega a ella. En términos de Adorno, “es mera ideología afirmar que el arte inferior, como evidente entretenimiento social, sea legítimo. Tal evidencia es sólo la expresión de una represión omnipresente”<sup>23</sup>. Lo reprimido en los realities es la realidad misma, la cual supuestamente era su objeto. Por eso el reality se parece tanto a un biombo cuyas imágenes invisibilizan los esplendores y las miserias de la vida diaria; en este sentido, su efecto es estrictamente similar al de las telenovelas y otros formatos tradicionales. De ahí que los hechos menudos del reality formen parte de las noticias de farándula: éstas son, por definición, las “buenas noticias” del entretenimiento. Aquí no hay lugar para noticias que no sean buenas. Pero... ¿qué significa en este contexto que las noticias sean “buenas”? Recordemos que la comercialización del reality se inició en Europa occidental, en el marco de una sociedad del bienestar. Allí bien puede servir como un mecanismo compensatorio frente a la sensación generalizada “de pérdida de contacto con la vida”, como ha sugerido Fetveit<sup>24</sup>. En una nación pobre los realities, antes que compensar esa pérdida, la suscitan, al desplegar una pantalla tras la cual las angustiosas problemáticas de la vida diaria se esfuman. Las noticias que pueden extraerse de un reality son “buenas” por su subordinación al principio del placer; ellas, como los partidos de fútbol o las telenovelas, apartan de la vista todo cuanto es susceptible de producir inquietud o amargura. Y no es que los realities puedan ser desecha-

dos como formatos poco adecuados para obtener información acerca de lo que pasa en el mundo; es que ellos ayudan a convertir en pasatiempo el tiempo mediático que podría utilizarse en una exploración inteligente, cuidadosa y sensible de los hechos del mundo real. Frente al poder de seducción del reality (y de las variantes suyas que no tardarán en aparecer), las posibilidades de un uso positivo de la televisión pierden terreno, en tanto que la industria de la imagen gana nuevas posiciones. Al diversificar y afianzar el poder sedativo de la televisión, los realities impiden que ésta sea puesta al servicio de la opinión pública y del fortalecimiento real de las instituciones democráticas.

#### 4. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Un punto queda claro: la pregunta por el papel que los nuevos formatos visuales desempeñan como escuela de educación política, sentimental y existencial para masas no es baladí. Esto a su vez pone de nuevo en primer plano la vieja pregunta por la posibilidad de encauzar los medios hacia fines distintos de la producción de consumo y el entretenimiento masivo. En principio, la televisión podría ser muy útil para una exploración y documentación exhaustivas de la realidad (en las calles, en los barrios, en regiones apartadas del territorio, en zonas de conflicto). En un trabajo así el rol central le correspondería, no a la televisión en sí misma en cuanto recurso tecnológico, sino al pensamiento crítico encargado de orientarla y de aprovechar positivamente las opciones que ella ofrece. En el siglo XIX Flaubert sometió la idea de progreso a los punzantes dardos de su crítica; la estrategia no consistió en negar los avances de la ciencia y de la técnica sino en mostrar que, junto con ellos –y, en parte, en complicidad con ellos–, también progresaba la estupidez. Ya es tiempo de aplicar esta estrategia a la industria de la imagen y a la economía estética. Hay que ser implacables en la crítica de la estupidez que parasita los medios y los convierte en herramientas al servicio de la trivialidad y el simulacro; hay que ser implacables en la crítica de las audiencias, cuya complicidad las pone a merced de los poderes económicos y políticos reinantes. De una crítica firme de los medios y de las audiencias depende el desarrollo futuro del potencial de progreso social que unos y otras contienen.

[62]

<sup>23</sup> Adorno, *ob. cit.*, p. 313.

<sup>24</sup> Fetveit, *ob. cit.*, p. 800.

# Mujeres en armas: ¿avance ciudadano o subyugación femenina?

María Emma Wills Obregón\*

## RESUMEN

Este trabajo argumenta que cuando las mujeres ingresan a las filas de instituciones armadas no están ni traicionando su naturaleza femenina ni quedando subyugadas ante la lógica patriarcal, sino que están infringiendo barreras construidas por una mirada masculina que les asignó imperativamente el ámbito doméstico como el terreno de su realización. La emancipación de las mujeres y su camino hacia la conquista de su ciudadanía plena comienza por un esfuerzo consciente de desterrar los estereotipos femeninos –mujer = maternidad = intuición = emoción = sentimentalismo = abnegación– que han servido fundamentalmente para excluir lo femenino del mundo público en las democracias de Occidente. Un comienzo de superación de los estereotipos femeninos se alcanza cuando las mujeres *transgreden* fronteras y se abren camino hacia espacios antes vedados a su presencia. Si la ciudadanía se funda sobre principios de libertad e igualdad, las mujeres conquistarán más altos grados de libertad en la medida en que ellas, y no una mirada refrendada en los estereotipos culturales, escojan los oficios y las profesiones donde se quieren desempeñar. El libre desarrollo de la personalidad, valorado hoy como uno de los fundamentos de la democracia, se aplica para hombres y mujeres por igual. De allí que un feminismo democrático deba propender por derribar estereotipos y conquistar el derecho a un acceso paritario y a la libre opción de las mujeres de construir su identidad en cualquiera de las esferas del saber y del quehacer social.

*Palabras clave:* Mujeres, guerra, ciudadanía.

Women in arms: ¿citizen progress or feminine subjection?

## SUMMARY

This essay argues that when women enter the armed institutions they are not betraying their feminine nature nor being subjected by patriarchal logics, on the contrary they are infringing barriers constructed by a masculine vision that commandingly assigned them the domestic sphere as the ground for their fulfillment. Women's emancipation and their road to conquest of full citizenship starts with a conscious effort to banish the feminine stereotypes–woman = maternity = intuition = sentimentalism = self-denial–that have basically served to exclude the feminine from the public world in west world democracies. A first step in the way to overcome feminine stereotypes is reached when women *transgress* frontiers and open up the road towards spaces before forbidden to them. If citizenship is based on principles of liberty and equality, women will conquer the highest degree of liberty as long as they, and not a vision endorsed by cultural stereotypes, freely choose the occupations and careers they wish to perform. The free development of the personality, valued today as the foundation of democracy, applies to both men and women alike. So, a democratic feminism must tend to demolish stereotypes and conquer the right to an equalitarian access and free option for women to construct their identity in any of the spheres of knowledge or social tasks.

*Key words:* Women, war, citizenship.

FECHA DE RECEPCIÓN: 16 / 03 / 2005

FECHA DE APROBACIÓN: 04 / 04 / 2005

[64]

Hoy, cuando se rumora que el 30% de las filas de las farc están constituidas por mujeres, vale la pena preguntarse qué tanto esta incorporación es síntoma de emancipación femenina o por el contrario de una mayor subyugación. En el campo feminista no hay consenso al respecto. Mientras algunas corrientes interpretan la presencia femenina en las filas de los actores armados como un triunfo de la lógica patriarcal, otras miradas lo ven como un signo de empoderamiento femenino y una conquista más en el camino hacia la igualdad entre los sexos. Para las primeras tendencias, las mujeres encarnan un entendimiento y un ejercicio del poder basado en la persuasión, el consenso y el cuidado del otro. Desde este punto de vista, el ingreso de mujeres a las filas de actores armados es una forma de disolver la diferencia de género<sup>1</sup> para entrar en el juego de violencias y dominaciones que ha sido característico del ejercicio masculino del poder. Por el contrario, para las segundas, el ingreso de las mujeres a las filas de las instituciones armadas es apenas un paso más en la conquista del derecho a la igualdad. Desde esta perspectiva, si el poder político se expresa en la plaza y en los campos de batalla, las mujeres tienen tanto derecho como los hombres a ejercerlo en ambos espacios.

Teniendo en cuenta la experiencia histórica, cuando las mujeres ingresan a las filas de instituciones armadas, ¿están ellas haciéndole el juego a una lógica patriarcal o por el contrario avanzan en el camino de su empoderamiento? ¿Es éste un “triunfo de la paridad o una trampa (más) del patriarcado”?<sup>2</sup>

Este trabajo argumenta que cuando las mujeres ingresan a las filas de instituciones armadas no están ni traicionando su naturaleza femenina ni quedando subyugadas ante la lógica patriarcal, sino que por el contrario están infringiendo barreras construidas por una mirada masculina que les asignó imperativamente el ámbito doméstico como el terreno de su realización. La emancipación de las mujeres y su camino hacia la conquista de su ciudadanía plena comienza con un esfuerzo consciente por desterrar los es-

tereotipos femeninos –mujer = maternidad = intuición = emoción = sentimentalismo = abnegación– que han servido fundamentalmente para excluir lo femenino del mundo público en las democracias de Occidente. Un comienzo de superación de los estereotipos femeninos se alcanza cuando las mujeres *transgreden* fronteras y se abren camino hacia espacios antes vedados a su presencia. Si la ciudadanía se funda sobre principios de libertad e igualdad, las mujeres conquistarán más altos grados de libertad en la medida en que ellas, y no una mirada refrendada en los estereotipos culturales, escojan los oficios y las profesiones donde se quieren desempeñar. El libre desarrollo de la personalidad, valorado hoy como uno de los fundamentos de la democracia, se aplica para hombres y mujeres por igual. De allí que un feminismo democrático deba propender por derribar estereotipos y conquistar el derecho a un acceso paritario y a la libre opción de las mujeres de construir su identidad en cualquiera de las esferas del saber y del quehacer social.

Pero esta exigencia es apenas un primer paso en la conquista de una ciudadanía plena para las mujeres. El problema de las aproximaciones que defienden el derecho del acceso paritario de las mujeres a todas las esferas públicas es que confunden esa primera conquista de inclusión con la victoria total. El arribo de cuerpos femeninos a espacios de poder reservados antes exclusivamente a los hombres puede convertirse en una trampa si no viene acompañado de otra serie de estrategias que cuestionen no sólo la exclusión sino también la *subordinación* y en algunos casos la *denigración* de la diferencia femenina. Esto exige, por un lado, que las mujeres puedan ejercer en la práctica su derecho a hacer presencia en cualquier ámbito público, y por otro, que las propias instituciones y quienes abogan por una ciudadanía plena para las mujeres emprendan activamente políticas que se propongan desbancar los discursos y las prácticas que legitiman la subordinación y la degradación de la identidad femenina en todas sus facetas. En otras palabras, la igualdad no sólo pasa por paridad en el acce-

<sup>1</sup> Por género se entiende la construcción cultural que un orden hace de las diferencias sexuales. Si en el terreno de la biología existe el dato sexual de nacer macho o hembra, en el de la cultura el orden construye las relaciones en términos de géneros masculino y femenino. Estas relaciones culturalmente construidas entre los géneros dan lugar a un orden donde los vínculos entre lo femenino y lo masculino se organizan en términos de simetría, jerarquía, subordinación, inclusión y exclusión. Por esta razón, las construcciones de género son inextricablemente construcciones donde se encuentra en juego el poder.

<sup>2</sup> Bedregal Ximena, “La feminización de los ejércitos, ¿triunfo de la paridad o trampa del patriarcado?”, en *La Jornada*, Ciudad de México, mayo 5 de 2003.

so, sino también por dignidad y respeto en el trato.

Para probar la validez de este argumento, en la primera parte del trabajo se recuerda que en los albores de las primeras democracias modernas, estos regímenes construyeron fronteras de exclusión frente a la participación de las mujeres fundadas en estereotipos de género –las mujeres fueron excluidas de la comunidad política de ciudadanos plenos porque las nuevas democracias se apropiaron y hasta reforzaron los estereotipos que asociaban la femineidad preponderantemente con la maternidad, el cuidado de los otros y la esfera doméstica–. En un segundo momento se demuestra cómo el proceso de irrupción de la ciudadanía y de la nación modernas estuvo históricamente imbricado en la figura del patriota armado/a: hombres y mujeres se involucraron con pasión en la lucha por la libertad, una libertad entendida o como supresión de la monarquía y de la aristocracia (Francia), o como cesación del yugo imperial (Estados Unidos a finales del siglo xviii, América Latina en el siglo xix y las demás colonias durante el siglo xx). En Occidente, la democracia moderna se construyó sobre la base del miliciano-revolucionario. Sólo en la medida en que el Estado se fue consolidando, el proceso democrático se vio acompañado por la profesionalización de las fuerzas armadas, la separación del ejército y la policía y el establecimiento de una frontera política entre el uso legítimo e ilegítimo de la violencia. ¿Cuál fue el papel de las mujeres en este doble proceso de sublevación armada y configuración política del Estado moderno y la democracia? Luego de participar en las contiendas libertarias y de mostrar su vocación y su pasión políticas, las mujeres, a pesar de las protestas airadas de algunas de ellas, fueron excluidas de la comunidad de ciudadanos plenos, y asignadas forzosamente al ámbito del hogar. Por lo demás, cuando participaron directamente en los ejércitos en conflicto, sus experiencias como mujeres fueron censuradas y poco se habló del tratamiento que estas instituciones le dieron al cuerpo femenino.

Desde este recuento histórico, en las conclusiones se deduce que el problema radica no en que unas mujeres quieran y tengan derecho a participar desde sus convicciones políticas o inclinaciones personales en las guerras, sino en que lo hagan desde una posición que las lleve a

dar por sentado que ellas serán tratadas como iguales por sus copartidarios hombres, y sus cuerpos incorporados a las filas armadas desde conceptos de paridad y dignidad humanos de corte democrático. Si se considera legítimo el derecho al libre desarrollo de la personalidad, un proyecto de radicalización democrática que busque afianzar la ciudadanía plena de las mujeres debe proteger su libertad de escogencia y a la vez atacar cualquier práctica o discurso que opere sobre el supuesto de la inferioridad natural femenina.

#### 1. ESTEREOTIPOS Y CONSTRUCCIÓN DE LAS PRIMERAS CIUDADANÍAS: EXCLUSIONES, DESIGUALDADES Y SUBORDINACIONES

Aunque existen diversas aproximaciones a la problemática femenina, casi todas las miradas consideran la guerra y la caza actividades sobre todo masculinas. Más precisamente, estas actividades son percibidas como las formas más extremas de la conciencia patriarcal. En la estructura patriarcal, el macho está en el peldaño superior de la escalera, con todos los atributos que le permiten verse como amo y señor del planeta. La dominación del macho ha sido alcanzada a través de los siglos de muy distintas maneras, incluyendo la agresión y por sobre todo la guerra. En todas las áreas del pensamiento humano la guerra ha sido reconocida e identificada con atributos masculinos. Para ponerlo de manera sencilla, la guerra está basada en la fuerza y el poder, categorías a través de las cuales el hombre ha querido probar e imponer su superioridad, como ser social y biológico, en relación con los “otros” y en particular con las mujeres<sup>3</sup>.

Esta opinión, que inspira una fuerte corriente feminista, tiene el problema, no de hablar en contra de la guerra, propósito a todas luces loable, sino el de esencializar a las mujeres. Desde estas miradas, las mujeres que optan por incorporarse a los ejércitos están presas de una falsa conciencia patriarcal que les impide ver cómo ellas le hacen juego realmente a la dominación masculina. Su participación en la guerra es percibida como producto de la manipulación ideológica, respondiendo a los intereses masculinos, y no a una voluntad femenina autónoma. Las mujeres de verdad libres del yugo patriarcal y auténticamente reconciliadas con su más profunda naturaleza deberían, desde esta óptica, optar por otros caminos.

<sup>3</sup> Extracto tomado de Nermina Kurspahic, *Hiatus: Under the Sign of Sickness, in the Name of Health*, Sarajevo, Zid, 1994, en <http://www.sfc.org.uk/hijatus.htm>

Además de su condescendencia –pobres las mujeres que ingresan a las filas armadas porque ellas están siendo manipuladas–, este tipo de razonamientos tienen el problema de reforzar el mecanismo de la estereotipificación que legitimó la exclusión de las mujeres del mundo público y consolidó la construcción de una jaula de oro que confinó la feminidad al ámbito doméstico y la obligó a perseguir destinos predeterminados. Esta mirada supone, además, que existe una *verdadera naturaleza femenina* que está siendo deformada por la dominación ideológica patriarcal. Quien mejor puede correr el velo de la dominación ideológica para descubrir la verdadera naturaleza femenina no es la propia mujer, atrapada en una falsa conciencia, sino las militantes liberadas del yugo patriarcal por la vía de la autoconciencia o de la crítica feminista<sup>4</sup>. En el fondo, desde estas visiones, hay una ruta preestablecida para la emancipación femenina que debe culminar en un nuevo estereotipo, pero esta vez feminista. Para comprender los peligros que encierra la estereotipificación, en este punto se va a demostrar cómo este mecanismo operó en el momento de irrupción de las revoluciones democráticas de Occidente. A partir de este ejemplo histórico se puede entender por qué el mecanismo es, más allá de las intenciones bondadosas con las que se aplique, de naturaleza autoritaria.

A finales del siglo xviii, en Europa y en particular en Francia, circula cada vez con mayor fuerza la utopía democrática. Los gritos de “¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!” levantan cada vez más pasiones, hasta convertirse en un movimiento histórico de grandes repercusiones. Las aspiraciones democráticas buscan desbancar al Antiguo Régimen<sup>5</sup> organizado en torno a linajes, jerarquías y privilegios corporativos, para fundar un nuevo orden producto de un pacto entre ciu-

dadanos libres. De esta manera, el ideal democrático pretende reemplazar la obediencia debida de los súbditos ante el monarca por una obediencia consentida entre ciudadanos deliberantes y autoridad legítima.

El impulso emancipador implícito en el programa revolucionario se verá cercenado por la apropiación interesada que las élites triunfantes, luego del forcejeo político, harán del ideario democrático. Esta apropiación no solo será producto de los intereses particulares de las dirigencias económicas y políticas –las burguesías en proceso de consolidación– sino también de los estereotipos culturales que ellas comparten. Para entender este argumento, comencemos por delimitar lo que aquí se entiende por estereotipo.

En este trabajo, por estereotipo se entiende el mecanismo cultural a través del cual unos atributos y características son imputados a una categoría de población particular, congelados en el tiempo y convertidos en su esencia. Para aprehender la manera como opera, primero hay que situar este mecanismo en la esfera cultural, terreno que se define como el ámbito donde diversos actores políticos y sociales construyen representaciones sobre la realidad, la naturaleza, la civilización y el orden, y sobre sus identidades y las de los demás. El conjunto de representaciones va constituyendo mapas mentales que permiten a los actores orientarse en el mundo y operar sobre él. Además, los actores más poderosos en un orden difunden las representaciones con las que ellos se identifican y que plasman sus nociones de buen orden, buen gobierno y buena sociedad. Ellos, por los recursos públicos y privados con que cuentan, tejen la cultura dominante. Los actores subalternos<sup>6</sup>, a pesar de no ser ajenos a las representaciones que difunde esta cultura, conservan un grado de autonomía que se manifiesta en las visiones propias que

[66]

<sup>4</sup> Este es el mismo tipo de argumentos que emplearon en un momento los marxistas de la ii y iii Internacional en relación con la clase obrera y el papel del partido-vanguardia comunista, encargado de liberarla. Para una crítica de esta posición vanguardista y vertical, y la demostración de que ella encierra la relación partido-clase en una dinámica autoritaria, ver Mouffe Chantal: “Clase obrera, hegemonía y socialismo”, en Labastida Julio (coordinador), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo xxi Editores, 1987, pp. 153-162; y Laclau Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres y Nueva York, Verso, 1985.

<sup>5</sup> Por Antiguo Régimen se entiende un orden aristocrático en el que a cada persona se le adscribía una posición en la jerarquía social por el lugar de su nacimiento y por su linaje y su sangre, y la autoridad central fundaba su mandato en concepciones sagradas del poder (monarquía). El concepto remite a la experiencia histórica francesa: luego de la Revolución Francesa, los defensores de un retorno a la monarquía y a un orden aristocrático se consideraban a favor del Antiguo Régimen (*antiguo* en relación al *nuevo* régimen, aquel condensado en el proyecto revolucionario democrático).

<sup>6</sup> Aquí se habla de sectores subalternos porque se parte del supuesto de que un orden no sólo está constituido por relaciones de explotación económica sino que también se encuentra cruzado de relaciones de subordina-

ellos elaboran sobre el orden, la naturaleza, la sociedad, apoyados en sus memorias, gustos, estéticas y costumbres<sup>7</sup>. Las representaciones confrontadas de subalternos y dominantes hacen que la cultura, lejos de ser un terreno idílico, sea en realidad una esfera conflictiva donde el poder está en juego.

Dentro de ese campo cultural conflictivo emerge un mecanismo central, el que aquí hemos denominado de estereotipificación. Este último *congela* en el tiempo unos atributos y los asocia a unas categorías específicas de población hasta que estas construcciones mentales, históricamente arraigadas, adquieren la consistencia de una *esencia* trascendente. En otras palabras, el proceso de estereotipificación borra el proceso histórico a través del cual se ha construido la identificación entre atributos y categorías, y otorga un aire de naturalidad incuestionable a las asociaciones y equivalencias implícitas en las representaciones culturales<sup>8</sup>.

Por otra parte, la cultura dominante, al asignar unos rasgos a cada categoría, define lo que hace similares a sus miembros entre sí y lo que los distingue de otros. En este sentido, la cultura funda fronteras de identificación y distinción, al definir los rasgos que otorgan a cada categoría elementos de homogenización y unidad hacia adentro, y diferencias hacia fuera. Además, como el proceso de estereotipificación fija y naturaliza, los rasgos que se le atribuyen a una categoría, por ejemplo a la de *mujeres*, adquieren la consistencia de un destino. Por ejemplo, la cultura dominante que acompañó el advenimiento de la modernidad le imputó a las mujeres el ser intrínsecamente *emocionales*; a los negros, los asoció con la *pereza* y la *indolencia*; a los indígenas,

los representó como personas *taimadas*; a los homosexuales, como individuos *torcidos*; por contraste, a los varones burgueses los describió como *industriosos* y *juiciosos*.

A través de estos estereotipos, por lo demás, se constituyen categorías cuyos miembros se perciben como uniformes. Así, todas las mujeres *son*, por naturaleza, intuitivas, emocionales, inclinadas hacia el cuidado de los otros. A la vez, el estereotipo construye a los hombres como el grupo de contraste de las mujeres: ellos son, por oposición a lo femenino, racionales, individualistas y calculadores. Estos conjuntos de similitudes y diferencias se convierten en “profecías autocumplidas”, es decir, en rasgos que la cultura dominante imputa pero que a la vez las categorías introyectan hasta convertirlas en una segunda piel.

En síntesis, los estereotipos constituyen categorías de población relevantes en un orden, delimitan su contenido imputándole un conjunto de atributos a unas categorías y otros a otras, y producen las fronteras para distinguir unas categorías de otras. Además, los estereotipos no son políticamente neutrales en la medida en que establecen *jerarquías e inclusiones y exclusiones* de y entre las categorías. De allí su nexo inexorable con el poder. Mientras los estereotipos imputan rasgos denigrantes a unas categorías, a otras las asocian con atributos elogiosos generando jerarquías de índole moral, estética y política. Además de estas escalas, los estereotipos asimilan un cierto tipo de categorías con esferas específicas, ellas también evaluadas según su grado de autoridad, prestigio y poder. En otras palabras, las diferencias construidas culturalmente justifican por lo general la desigualdad social y política

[67]

ción fundadas en el uso discriminatorio de las diferencias de género, raza y opción sexual. En este sentido, hay más de un antagonismo que constituye el campo político. Por lo demás, los distintos antagonismos no se superponen necesariamente, ni el antagonismo de clase determina los demás. Ver Laclau Ernesto y Mouffe Chantal, *ob. cit.*

<sup>7</sup> La atribución de autonomía a los subalternos es la que distingue visiones como las de Gramsci de las de Bourdieu. En las interpretaciones neogramscianas, los subalternos manifiestan una capacidad creativa y de resistencia que en los neobourdianos desaparece para dar lugar a estructuras simbólicas que poco margen de maniobra y de agencia le otorgan a los sujetos atrapados en la cultura. Nos inclinamos aquí por la visión neogramsciana porque ella permite comprender el terreno cultural en su fluidez, producto justamente de la acción y el conflicto entre los distintos actores. Ver Gramsci Antonio, *Selections from the Prison Notebooks*, editadas por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell, Londres, Lawrence and Wishart, 1982. De manera más contemporánea, ver la línea de investigación que inicia Edward P. Thompson, *The Making of The English Working Class*, Nueva York, Vintage, 1963; seguida luego por autores como Stuart Hall, “Cultural Studies: Two Paradigms”, en Dirks Nicholas, Geoff Eley y Sherry Ortner (eds.), *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton, nj, Princeton University Press, 1994, pp. 520-537; Fraser Nancy, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes, 1997.

<sup>8</sup> A este proceso de naturalización, Gramsci le llama “sentido común”. Ver Gramsci, *ob. cit.*

entre distintos, y el acceso privilegiado de unas categorías específicas a los cargos de poder y autoridad.

¿Cuáles eran, pues, los estereotipos sobre feminidad y masculinidad que predominan culturalmente cuando las revoluciones democráticas de finales del siglo xviii irrumpen históricamente? En primer lugar, en los siglos anteriores al xix se ha ido perfilando una *construcción cultural de feminidad* distinta, en contraste de opuestos y en posición de inferioridad frente a la de masculinidad<sup>9</sup>. Mientras el estereotipo dominante de “mujer” la define como un ser que por su propia esencia se encuentra entretejido al mundo natural impregnado de instintos y bajas pasiones, a los hombres se les imputa ser constructores de civilización, una civilización cuyos avances se han erigido sobre el buen uso de la razón, atributo considerado preponderantemente masculino e innatamente opuesto al cuerpo; mientras la mujer es vista como un ser emocional e intuitivo inserto en el ámbito concreto de las relaciones interpersonales, el hombre, por el contrario, es percibido como portador de una lógica racional universal imperturbable y un individualismo innovador; mientras la mujer está inclinada por su capacidad reproductora y su “instinto” maternal al cuidado de los demás, el hombre es visto como un ser motivado por inclinaciones individualistas y por una gran curiosidad científica, motores ambos de los grandes descubrimientos de la civilización occidental; mientras la mujer se encuentra ineludiblemente anclada a su cuerpo, el hombre es capaz de desatarse de las pasiones corpóreas y “ascender” al plano de las abstracciones ideales; mientras lo femenino es pura pasión, lo masculino es ante todo razón. Así, las definiciones de feminidad y de masculinidad que circulan cuando surgen las revoluciones democráticas conforman un conjunto de atributos antitéticos que sirven para establecer rígidas fronteras entre las identidades de hombres y mujeres: en el ámbito imaginario, lo masculino es lo opuesto a lo femenino, y viceversa.

En segundo lugar, y de manera simultánea, en lo político el pensamiento liberal triunfante difunde una visión que separa la actividad humana en tres esferas esencialmente distintas: la pública, la privada y la de la intimidad. Desde esta mirada, la esfera pública se concibe como el ám-

bito desde el cual, por la vía del debate, los ciudadanos dirimen sus diferencias, enuncian sus conflictos, proponen soluciones a los asuntos de todos en general y del Estado en particular, y cultivan las artes cívicas necesarias para la consolidación democrática. Por oposición a este ámbito, el liberalismo erige la esfera privada, un ámbito que se define como aquel donde el individuo puede y debe actuar de forma individualista, siguiendo sus propios intereses, y que se rige por una lógica equivalente a aquella que ordena al mercado. Por último, el liberalismo edifica la arena de la intimidad, aquella donde se tejen relaciones domésticas y se construye el universo afectivo, y que tiene sus raíces en un espacio en particular, el del hogar. Es allí donde los individuos crean y recrean su propia subjetividad, reinventan autónomamente su identidad, viven su deseo y ejercen a plenitud su sexualidad. Allí, para conservar los principios de autonomía y libertad que deben desplegarse en este ámbito, ni la mirada pública, ni las ásperas lógicas del mercado, ni el Estado mismo pueden penetrar. Así como el liberalismo instituye una separación entre Estado, mercado y familia, de igual manera disocia espacialmente la plaza, la empresa y la casa, y escinde las esferas públicas, privadas e íntimas.

Estos dos grandes procesos, el de la configuración cultural de una feminidad emocional, instintiva e inclinada al cuidado de los otros en oposición a una masculinidad racional, individualista y científica, y el de la separación de las esferas pública, privada y de la intimidad, al entrecruzarse, producen unos efectos sobre la vida de las mujeres que luego quedan plasmados en los pactos políticos emergentes: a partir de ese momento, las mujeres vivirán y se rebelarán frente a los procesos de exclusión, subordinación e invisibilización que instituyen las nuevas democracias.

En primer lugar, las mujeres son excluidas de la comunidad política: su feminidad no cabe en la esfera pública, la de la discusión de los asuntos de todos y de las cuestiones del Estado. A pesar de que en principio todos los habitantes que viven bajo un orden democrático pueden participar del debate público, la razón no es vista por las élites ilustradas como un atributo del que puedan hacer gala todos los seres humanos indiscriminadamente. La razón se cultiva y se poten-

[68]

<sup>9</sup> Duby Georges y Perrot Michelle (eds.), *A History of Women in the West*, en particular tomo iii, *Renaissance and Enlightenment Paradoxes*, y tomo iv, *Emerging Feminism from Revolution to World War*, Boston, Harvard University Press, 1993.

cia en lugares específicos –la academia, la gran prensa, el parlamento, los salones, la tertulia de la gente culta–, donde los individuos aprenden a discurrir y a razonar de cierta forma y donde se establecen códigos de estilo que incluyen algunas maneras de argumentar y excluyen otras.

Por la naturaleza que los estereotipos le imputan a lo femenino, las mujeres son incapaces de aprender las destrezas necesarias para participar del debate: percibidas como seres atados a sus cuerpos y a sus pasiones, a su emoción y a su raciocinio concreto, su participación es inconcebible en el mundo público: sus voces sólo arruinarían cualquier posibilidad de argumentación ponderada<sup>10</sup>. Por eso se les excluye de la comunidad política, se les niega la ciudadanía plena y se espera que realicen a plenitud su naturaleza exclusivamente en los cuatro muros de la casa, criando a sus hijos y garantizando la buena marcha del hogar.

Por su parte, la subordinación femenina se refuerza por la jerarquización que se produce subrepticamente entre el mundo público y el mundo de la intimidad: mientras el primero se concibe como la esfera donde ocurren las grandes gestas y los héroes tejen y destejen con su accionar la Gran Historia, el mundo de la intimidad es percibido como una geografía sentimental donde se desenvuelven rutinas inocuas muchas veces marcadas por el tedio o, por el contrario, como un lugar ideal, esfera de la realización de los afectos exenta de conflictos y asperezas. Cualquiera de los dos, tedio o nicho ideal de gratificaciones, lo íntimo no tiene relevancia ni para la Gran Historia ni para la política. Las tareas que en ese espacio se desenvuelven son, por lo demás, vistas como necesarias, pero no productivas ni emancipadoras. Esta condición de “improductividad” que se imputa a las labores domésticas las despoja de reconocimiento social y las hace invisibles en la contabilidad que las naciones desarrollan sobre su productividad.

No sólo las tareas del hogar son ignoradas en los recuentos que en la época se construyen sobre la Gran Historia. La incorporación de las

mujeres a la naciente industria, sobre todo a la textil<sup>11</sup>, y a la clase trabajadora en formación, se disuelve en narrativas donde se asume que el hombre es el único actor. La economía, guiada por los mismos estereotipos culturales de feminidad y masculinidad que ordenan la política, se revela incapaz de registrar las contribuciones específicas de las mujeres al mundo de la producción. Así, el trabajo y las actuaciones femeninas, inexistentes para la gran historia y para la política, lo son también para la economía. De esta manera, lo que ellas hacen en casa, la energía y los afectos que le dedican a la crianza de los hijos y al mantenimiento del hogar, son invisibilizados ante la mirada pública, mientras su incorporación al mundo laboral no logra ser leída y procesada por los mapas conceptuales de la época. Esta situación de invisibilidad política y económica termina minando en muchos casos la autoimagen que las mujeres se forman de sí mismas.

Para hacer más complejo el proceso de invisibilización anterior, de la subordinación de la esfera doméstica a la pública se pasa a un reforzamiento de una subordinación de los sujetos que en cada arena despliegan su identidad: los atributos masculinos, vinculados a lo público y por esa vía a las instancias donde se ejerce el poder, son positivamente valorados y adquieren “dignidad política”, mientras las características femeninas, a veces idealizadas, otras desvalorizadas, son vistas siempre como subordinadas a las masculinas y de naturaleza prepolítica. Los atributos femeninos terminan entonces siendo considerados como inferiores a los masculinos. Además, esta subordinación entre estereotipos culturales se traduce en una subordinación entre sujetos: a medida que se perfila más claramente la familia nuclear –padre, madre e hijos– la autoridad se sigue afianzando en la figura paterna.

Este proceso genera una nueva contradicción: mientras se proclama un orden democrático en la esfera pública, en el ámbito de lo íntimo se constituye uno que por el contrario se articula en torno a la Ley (inapelable) del Padre. En la casa, la voz paterna es, por “naturaleza” y de ma-

<sup>10</sup> Así, a la esfera pública, a pesar de lo que en abstracto proclame el liberalismo, no acceden todos: sólo los letrados. Sin proponérselo quizás conscientemente, las dirigencias le trazan a este ámbito unos contornos que refuerzan los criterios de exclusión –de clase, raza, sexo, generación– implícitos en las primeras definiciones ciudadanas. Ver Fraser Nancy, “Pensando de nuevo la esfera pública”, en Fraser Nancy, *ob. cit.*

<sup>11</sup> Por eso los 8 de marzo no rememoran a la mujer en su rol de madre sino aquel 8 de marzo de 1857 en el que trabajadoras de una fábrica de textiles decidieron lanzarse a la huelga y reclamar mejores condiciones de trabajo y salarios más dignos, y fueron violentamente reprimidas por la policía de Nueva York. Un poco más de medio siglo después, el 19 de marzo de 1911, mujeres en Suiza, Australia, Dinamarca y Alemania salieron a las calles para exigir su derecho al voto y a ocupar cargos públicos.

nera incuestionable, Ley, una ley que exige de mujeres e hijos subordinación y obediencia. Por lo demás, ante los demás ciudadanos, las mujeres, los hijos, los ancianos serán representados por el padre: es el quién habla por esos “otros” considerados inferiores de espíritu y de condición.

Finalmente, la idea moderna de que el Estado como conjunto de instituciones públicas debe lograr el monopolio de la violencia para que se afiance un orden democrático *oculta* las violencias que se siguen manifestando a diario en las esferas privada y de la intimidad. En contravía de las idealizaciones románticas de la esfera íntima, lo que ocurre detrás de las cuatro paredes del hogar no es, en muchos casos, ni gratificante ni mucho menos dulce. Para mantener incólume la ley del padre, el hombre con frecuencia recurre a la violencia física. Sin embargo, este hecho perturbador que infringe el código democrático que rige en el ámbito público, tampoco logra ser registrado en las estadísticas y en la autoimagen que, desde el siglo xix, las sociedades construyen de sí mismas. Peor aún: en la medida en que la esfera de la intimidad se considera como aquella donde los individuos ejercen su libertad sin la tutela del Estado, el derecho se niega por principio a regular las relaciones interpersonales y a penalizar los actos de violencia que ocurren en la casa. A nombre de la libertad, se deja en el silencio y sin sanción la violencia física que el hombre ejerce sobre *su* mujer y que luego, como cadena de efectos, los demás miembros de la familia reproducen entre sí. Por lo demás, no sobra aclarar que el Estado, a pesar de su discurso, sí interviene en la regulación de las relaciones intrafamiliares y en la conducta sexual de los individuos, a veces por omisión y otras por la vía del derecho y de las políticas de salud e higiene que promueve activamente<sup>12</sup>. El derecho, en sus ramas civil y penal, en la mayoría de los casos consagra una serie de ventajas para el hombre como jefe del hogar: será él quien asuma el manejo del patrimonio de los cónyuges y quien represente ante los estrados a su mujer,

definida en términos legales como menor de edad.

Para redondear esta primera parte, habría que recalcar que los arreglos asimétricos que rigen las relaciones entre hombres y mujeres, fundados originalmente en estereotipos culturales, adquieren con las primeras revoluciones democráticas estatus legal: en las constituciones del siglo xix, las mujeres, de ambos lados del océano Atlántico, son excluidas en razón de su “naturaleza” emocional de la comunidad política de ciudadanos libres; y las prerrogativas que se le atribuyen al hombre como padre y jefe del hogar quedan consignadas en la mayoría de legislaciones que surgen en ese momento. Al quedar inscritos en los pactos político-formales, los mapas imaginarios que atribuyen características opuestas a mujeres y hombres, y una posición subordinada e inferior a lo femenino frente a lo masculino, se ven refrendados y legitimados por el orden democrático. A partir de ese momento se consolidan patrones de conducta entre hombres y mujeres que perduran en el tiempo hasta adquirir la solidez de una segunda naturaleza<sup>13</sup>. Por lo demás, a partir de su reiteración, estos patrones quedarán inscritos en las instituciones, tanto en las político-públicas (Estado) como en las privadas (empresas) y en las íntimas (familia), en las formales como en las informales, otorgándole al conjunto un *sesgo estructural*: más allá de la voluntad consciente de los actores, todos, hombres y mujeres por igual, individuos y colectividades, operarán siguiendo reglas y patrones que excluyen a las mujeres del mundo público, invisibilizan sus aportes en la reproducción humana y en la producción social y económica, y las discriminan institucionalmente frente a los hombres: las instituciones que emergen con las democracias no aplican las mismas reglas de juego para evaluar la conducta de hombres y mujeres. Estas instituciones reaccionan de manera diferenciada frente a la conducta de hombres y mujeres, otorgándoles ventajas a los hombres frente a las mujeres. En este sentido la discrimi-

[70]

<sup>12</sup> Donzelot Jacques, *La police des familles*, París, Les Éditions de Minuit, 1977.

<sup>13</sup> Los seres humanos no estamos constituidos según una naturaleza unívoca y atemporal. Por el contrario: toda identidad, individual o colectiva, es una construcción/invención cristalizada en arreglos circunscritos históricamente y producidos por actores sociales y políticos de carne y hueso. Sin embargo, esos arreglos históricos, por su propia rutinización, adoptan el aspecto de ser “naturales”. La mayoría de seres humanos, cuando actuamos, no nos preguntamos los orígenes históricos de nuestra actuación. Introyectamos esos arreglos y los reproducimos inconscientemente, como si hicieran parte de nuestra propia piel, como si estuvieran inscritos en nuestra propia naturaleza: las mujeres “son” sentimentales. De tanto oírlo reiteradamente, las mujeres nos definimos en profundo como seres sentimentales y olvidamos que ese rasgo que pensamos inscrito en nuestra propia “naturaleza” tiene una historia, un origen y probablemente un final.

nación remite a pensar que las mujeres y los hombres no se enfrentan ni a las mismas oportunidades –laborales, de educación, de promoción– ni a las mismas libertades, ni, frente al mismo tipo de infracción, a las mismas sanciones.

En síntesis, *la diferencia* construida a través de los estereotipos culturales entre lo masculino y lo femenino se convierte, con el advenimiento democrático, en fundamento de *desigualdad y subordinación* de las mujeres. Mientras las revoluciones democráticas dan al traste con ciertos privilegios sacralizados en el Antiguo Régimen, en aspectos concernientes al género, ellas se revelan, paradójicamente, más conservadoras que emancipadoras.

Por otra parte, simultáneamente, el ideal de libertad y el supuesto liberal de que en la intimidad todos los individuos se pueden inventar a sí mismos sin sufrir regulaciones externas tampoco se cumple: la democracia instaaura un referente de ciudadano virtuoso –varón, blanco, propietario...– que domina sobre todos los demás y que impone rígidos códigos de comportamiento sesgados a favor de una cultura –la blanca, urbana y letrada–. En el terreno de lo íntimo el Estado sí interviene y refuerza la potestad del padre. De esta manera, los estereotipos sobre los “otros” –mujeres, niños, indígenas, negritudes, no propietarios– y aun sobre las propias élites políticas y económicas se convierten en prisiones mentales, imperativos de comportamiento que poco campo dejan a la libre imaginación y a la autonomía individual. Una mujer deberá ser femenina, y esa feminidad no estará abierta a la creación individual sino que deberá restringirse a copiar el estereotipo dominante, que imputa y a la vez exige cierto tipo de comportamientos. Lo mismo ocurrirá con los hombres, que también tendrán que ceñirse a un rígido código varonil, o a los civilizados, a las negritudes y a las poblaciones indígenas. A cada categoría la cultura dominante le asigna unos rasgos que definen lo que hace similares a sus miembros y lo que los distingue de otros. Estos conjuntos de similitudes y diferencias se convierten en “profecías autocumplidas”, es decir, en rasgos que la cultura dominante imputa pero que a la vez las categorías introyectan hasta convertirlas en una segunda piel. Más que abrirle la puerta a la posibilidad de que cada individuo, hombre o mujer, en su fuero interno y en su intimidad, defina sus propias nociones de buena vida y de destino personal, las democracias en sus orígenes impusieron códigos de comportamiento dominantes que

restringieron los principios pluralistas y libertarios que las animaban.

## 2. LAS MUJERES EN LAS FILAS DE ACTORES ARMADOS: DE SU INVISIBILIZACIÓN A SU INCORPORACIÓN SUBORDINADA

Así como las visiones dominantes producto de las revoluciones democráticas supusieron que el lugar de la mujer era el hogar, de igual manera los relatos épicos tejidos posteriormente desconocieron las voces y la participación femeninas. Concluidas las contiendas armadas por el poder, historiadores y narradores literarios transfirieron los estereotipos femeninos a los relatos históricos. Con este paso, los estereotipos dejaron de ser concepciones sobre el género y se *transmutaron* en una supuesta realidad objetiva. Desde estas miradas, las mujeres nunca abandonaron las cuatro paredes de la casa para involucrarse en las pasiones políticas de esas épocas. Femeninas, y por tanto supuestamente inclinadas a quedarse al margen de los grandes sucesos públicos, ellas se abstuvieron de tomar partido. Seres etéreos y frágiles, su lugar durante las revueltas callejeras fue el de la crianza y el hogar. Pero ¿fue esto realmente cierto? Las mujeres ¿realmente se abstuvieron, por desgano, desinterés, miedo o repulsión a las armas, de participar en las conmoviciones armadas que sacudían las sociedades en las que se encontraban insertas?

En las próximas páginas se cuestiona esta interpretación del papel de la mujer en los alzamientos armados. La idea es demostrar cómo esta narrativa *tiene veneno*: busca reforzar esa imagen de apoliticidad de las mujeres que ha legitimado por tantos años la exclusión de lo femenino del mundo público y del poder. Así y de manera muy sucinta, lo que se argumenta a continuación es que el desentendimiento femenino de las distintas contiendas armadas es *pura fábula*. Ni de las revoluciones democráticas, ni de las guerras de independencia en el siglo xix, ni de las grandes conflagraciones armadas mundiales en el siglo xx, ni de las guerras civiles o conflictos internos de los albores del siglo xxi, las mujeres estuvieron o están ausentes. Pero su presencia no siempre tuvo ni tiene hoy el mismo impacto, ni tampoco fue ni es interpretado de la misma manera por las culturas dominantes del momento. En este sentido, la politización armada o partisana de las mujeres en el momento de las revoluciones democráticas de finales del siglo xviii y principios del xix no tuvo el mismo sentido ni vino acompañada de las mismas formas de

[71]

intervención femeninas características de las dos guerras mundiales o de las guerras internas de finales del siglo xx. Para demostrar este punto, a continuación se hace un primer esfuerzo de periodización de lo que ha sido en Occidente la relación entre mujeres y luchas armadas.

En particular, en las siguientes páginas se argumenta que en un primer momento, cuando irrumpieron las revoluciones democráticas modernas, las mujeres se involucraron directamente, tanto en las expresiones armadas como en las asociaciones voluntarias, desmintiendo en la práctica su supuesta condición de apoliticidad. En el segundo período se muestra la manera como la institucionalización de la democracia, acompañada por la consolidación estatal y la profesionalización de los ejércitos, interrumpe abruptamente estos procesos de politización femenina, cristalizando fronteras de exclusión de las mujeres, tanto de la política-en-armas como de la política-en-votos. Luego, en un tercer momento, gracias a la convergencia de las luchas feministas sufragistas y la participación femenina en las grandes guerras mundiales en tareas de apoyo, en los países europeos y norteamericanos primero y luego en Latinoamérica, las mujeres conquistan los derechos políticos a sufragar y ser elegidas. En el cuarto punto, gracias a la convergencia entre las reivindicaciones de los movimientos feministas de segunda ola<sup>14</sup>, las transformaciones organizacionales de los ejércitos profesionales y los avances tecnológicos en armamento, las mujeres logran su incorporación en las fuerzas militares, tanto oficiales como irregulares, y se involucran ya no sólo en tareas de apoyo sino también en funciones de combate directo. Por contraste con lo ocurrido en el primer momento (revoluciones democráticas) y en el tercero (guerras mundiales), esta incorporación directa en los campos de batalla no trae consigo una ampliación de los derechos de las mujeres o un cuestionamiento de fondo de los arreglos de género imperantes.

2.1. Las pasiones políticas de las mujeres en las revoluciones democráticas y en las luchas de independencia

Las pasiones políticas que han despertado ciertas causas –las revoluciones democráticas o las guerras de independencia en América– no han sido propiedad exclusiva de los hombres. En la Revolución Francesa las mujeres participaron en las milicias de “Sans Culottes” y crearon clubes y asociaciones en defensa del movimiento revolucionario. Otras se situaron en la oposición. En todas sus expresiones, las mujeres mostraron su capacidad de ubicarse y adoptar una posición política dentro de un campo complejo atravesado de conflictos. Por ejemplo, en marzo de 1792 una delegación de mujeres llevó una petición a la Asamblea Legislativa. Las firmantes aseguraban ser ciudadanas por estar relacionadas con hombres libres y por su interés en la patria. Concluían su petición exigiendo uno de los atributos que constituían la ciudadanía femenina: en nombre de la Declaración de Derechos, reclamaban su derecho a portar armas, un derecho natural “de todo individuo para defender su vida y su libertad” aplicable tanto a hombres como a mujeres... Veintiún días más tarde, en la Sociedad Fraternal de Mínims, Théroigne de Méricourt también aducía el derecho natural de “rechazar los ataques del enemigo”. De la defensa de los derechos naturales de cada individuo pasaba a un análisis de la realidad de la situación de las mujeres en la sociedad (“Comparen lo que somos con lo que deberíamos ser en el orden social”) y terminaba haciendo un llamado: “Rompan nuestras cadenas. Es tiempo de que las mujeres emerjan de la vergonzosa nulidad en la que la ignorancia, el orgullo y la injusticia de los hombres las han mantenido durante tanto tiempo”<sup>15</sup>.

Varios puntos merecen ser resaltados. Por un lado, en los albores de la Revolución Francesa ser patriota era equivalente a ser revolucionario, y ser ambos, patriota y revolucionario, era el fundamento para ser titular de los derechos ciudadanos. Las mujeres implicadas en la defensa de

<sup>14</sup> Estos movimientos hacen parte de las iniciativas de protesta que se desencadenan en los sesenta, por ejemplo, en Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, México y aun Colombia, y que tienen como meta ya no sólo la transformación de la economía –como en el caso de luchas de clase clásicas– sino también de la cultura. Movimientos estudiantiles, pacifistas, feministas, ambientalistas cuestionan las formas de poder establecidas y ponen de presente que los órdenes imperantes no sólo explotan sino que también subordinan a muchos grupos, usando las diferencias sexuales, de raza, opción sexual o generación para justificar esa misma subordinación. Estos grupos buscan entonces cuestionar el uso de la diferencia como justificación de la desigualdad cultural, económica o social.

<sup>15</sup> Traducción propia de Godineau Dominique, *The Women of Paris and their French Revolution*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1998, p. 109.

la Revolución, de variadas condiciones sociales, quisieron defender “su” revolución con igual ahínco que sus compatriotas hombres. Se alzaron contra la monarquía, portaron armas y se organizaron en clubes y asociaciones. Sin embargo, a medida que la Revolución adquiría un perfil institucional más sólido y sus órganos decisorios se consolidaban fijando fronteras, las mujeres asumieron distintas y a veces encontradas posiciones ante el desenvolvimiento de los eventos y fueron gradualmente excluidas. Ellas, consideradas emblemas de la unidad de la nación francesa en formación, fueron vistas desde su condición sexual y ubicadas en una posición de sujetos pasivos y no de ciudadanas plenas ante las autoridades políticas. Aquellas que se arriesgaron a transgredir los códigos de conducta esperados de la feminidad fueron señaladas como “mujeres-hombre”, es decir, como marimachos, que negaban su naturaleza femenina<sup>16</sup>.

Según los opositores de los derechos políticos de las mujeres, su cualidad más sobresaliente, la “delicadeza”, las convertía en seres “débiles”, incapaces no sólo de soportar con gloria y valor las inclemencias físicas, propiedades por excelencia viriles, sino también de mostrar la ponderación y dedicación necesarias para participar en política. Por lo demás, en 1793 las autoridades, en lugar de rendir homenaje a aquellas mujeres comprometidas con la causa revolucionaria, aprobaban un decreto que las excluía de las filas del ejército porque su presencia y su actuación en el cuerpo armado trastocaban los atributos varoniles con los que se asociaba ya en ese momento esta institución. Pocos años después, las dirigencias políticas prohibían las asociaciones femeninas y emprendían campañas para que las mujeres regresaran a ocupar el lugar que por naturaleza les correspondía: el de la crianza de la prole y el mantenimiento del hogar.

Con el advenimiento del régimen bonapartista, a la exclusión política de las mujeres se le agregaría su subordinación en el ámbito social y doméstico: el código civil napoleónico, luego tomado como ejemplo por las regulaciones civiles

en las nacientes naciones de América Latina, incluida la Nueva Granada, le imputaría la condición de *dependiente* a las mujeres, es decir de sujetos semejantes a los menores de edad, seres incapaces de representarse a sí mismos ante los estrados judiciales y de manejar sus propios bienes<sup>17</sup>.

Como en el caso de sus homólogas francesas, las latinoamericanas participaron en las revoluciones de independencia, muchas tomando partido del lado de los criollos. A pesar de las similitudes, las mujeres en este continente se enlistarían sólo excepcionalmente en las filas armadas para cumplir preponderantemente el papel de espías, mensajeras o recaudadoras de recursos financieros<sup>18</sup>.

En paralelo con lo ocurrido en Francia, las primeras asambleas constituyentes de las patrias liberadas asignaron a las mujeres el lugar de la esfera doméstica. En la Nueva Granada, por ejemplo, en un marco impregnado de referencias católicas, la mujer fue representada como madre, educadora en valores de sus hijos, o, en caso de romper con el modelo de buena vida burguesa, como Eva, potencial corruptora de las sanas costumbres. Cuando los constituyentes discutieron sobre la educación que las nuevas repúblicas debían ofrecer a las niñas, arguyeron que su instrucción se orientaba exclusivamente a “sacar buenas madres y esposas” porque “basta que aprendan por ahora los oficios propios de su sexo y las obligaciones del estado a que las ha llamado la naturaleza...”<sup>19</sup>. De nuevo la referencia a la naturaleza y a la identidad femenina que de ella se deriva fue utilizada para legitimar la exclusión de las mujeres de las comunidades recién fundadas de ciudadanos con plenos derechos.

2.2. Los arreglos de género y su impacto sobre la constitución de la nación y la profesionalización de los ejércitos

Así como a las mujeres se les negó el derecho a elegir y ser elegidas, fundamento de la participación en la comunidad política de ciudadanos, también se les excluyó de varios escenarios. Mientras ciertas barreras de inclusión se diluían

<sup>16</sup> *Ídem.*

<sup>17</sup> *Ídem.*, p. 365.

<sup>18</sup> Cherpak Evelyn, “Las mujeres en la Independencia. Sus acciones y sus contribuciones”, en Velásquez Toro Magdala (dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia. Mujeres, historia y política*, Bogotá, Consejería Presidencial para la Política Social y Ed. Norma, 1995, p. 83-117; Guhl Mercedes, “Las madres de la patria: Antonia Santos y Policarpa Salavarrieta”, en *Las desobedientes*, Bogotá, Panamericana Editorial, 2a edición 1998, pp. 118-131.

<sup>19</sup> Citado en Wills Obregón María Emma, “La convención de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta: imaginando un soberano para un nuevo país”, en *Historia Crítica*, N° 17, Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, julio-diciembre de 1998, p. 127.

para otras categorías de población, para ellas las barreras de exclusión se hacían más sólidas. Por ejemplo, con las guerras de independencia en América Latina los varones que bajo el régimen colonial no podían acceder a una educación superior por “la impureza de su sangre”, lograron que este criterio discriminatorio fuera abolido. Las mujeres, como lo prueba la cita hecha en el párrafo anterior, sólo podían aspirar a una educación rudimentaria que las preparara para las tareas del hogar.

Por otra parte, sabemos que en la Nueva Granada durante todo el siglo xix fue posible reclutar y movilizar para las guerras internas hombres dispuestos a ingresar a las contiendas armadas. En las milicias y los levantamientos armados las mujeres estuvieron presentes cumpliendo diversas funciones, desde acompañantes de familiares enlistados, pasando por lavanderas, cocineras, prostitutas y enfermeras hasta desempeñando papeles más explícitamente partisanos, como el de espías, mensajeras o aun milicianas<sup>20</sup>. Según cálculos de Carlos Eduardo Jaramillo<sup>21</sup>, en la tropa liberal que combatió en la Guerra de los Mil Días, del 6 al 22% de las filas estarían compuestas por mujeres.

Sin embargo, como ocurriría en otros procesos, la profesionalización del ejército en Colombia en los primeros años del siglo xx implicó la consolidación de la exclusión de las mujeres de sus filas. ¿Por qué la exclusión de las mujeres de los ejércitos profesionales fue un fenómeno universal, asumido de manera tan natural?

Históricamente, los ejércitos profesionales se conforman a medida que los Estados modernos logran el monopolio de la violencia, concentrando armas y hombres bajo un mismo centro. A medida que los “señores de la guerra” son derrotados y expropiados de las armas, aparecen los soldados profesionales al servicio ya no de un barón en armas o de un rey, sino del Estado<sup>22</sup>. El

oficio de la guerra deja de aprenderse de manera improvisada en el campo de batalla, y se convierte en una ciencia y un arte divulgado en escuelas especializadas. Las reglas de juego para ascensos, remuneraciones y sanciones dentro de la tropa se fijan en códigos escritos y se estandarizan. Además los ejércitos construyen sus propios emblemas, himnos, escudos y rituales que les otorgan una identidad propia dentro del mismo Estado.

Estos procesos de profesionalización se ven acompañados de fenómenos ideológicos. Dar la vida y quitar la vida a nombre de un Estado se ve revestido de un discurso de honor, valor y heroísmo, piezas indispensables en la formación de los sentimientos e ideología patrióticos. En este punto es donde justamente de nuevo las construcciones de género que acompañan estas transformaciones vuelven a desempeñar un papel. Para comprender cómo las distinciones de género juegan en el proceso de profesionalización de los ejércitos, es necesario tener en cuenta la manera como se construyen las naciones modernas.

En primer lugar, la nación es inventada<sup>23</sup> como una comunidad de destino, asimilable a una gran familia que para conservarse y reproducirse exige, entre otros, dar y quitar la vida, gestos patrióticos por excelencia. Así, mientras la nación se asocia al lugar del hogar, el cuidado de la vida y la crianza de la prole, la patria se vincula con el gesto último que encarna el amor desinteresado por la nación, ese estar dispuesto a dar o quitar la vida en el campo de batalla a nombre de la defensa nacional.

Para otorgarle continuidad y trascendencia a la nación, en muchas narrativas históricas a las mujeres se les representa en el papel de madres y vigilantes de los valores y las diferencias culturales<sup>24</sup>, y a los hombres como soldados desinteresados imbuidos por un amor infinito hacia su patria, dispuestos a dar la vida en nombre de sus

[74]

<sup>20</sup> Martínez Aída, “Mujeres en pie de guerra”, en Sánchez Gonzalo y Mario Aguilera (eds.), *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*, Bogotá, Planeta, iepri, unijus, marzo, 2001, pp. 195-211.

<sup>21</sup> Jaramillo Carlos Eduardo, *Los guerrilleros del Novecientos*, Bogotá, cerc, 1991, citado en Martínez Aída, *ob. cit.*

<sup>22</sup> Max Weber sigue siendo el intelectual que mejor describe el paso de las organizaciones políticas tradicionales a la gradual constitución de los Estados modernos, cuyo signo distintivo es justamente el monopolio de la violencia y la consolidación de las burocracias. Ver Weber Max, “La política como profesión”, en *Política y ciencia*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1987. Pero mientras Weber pone el énfasis en la aparición de la legitimidad fundada en la legalidad, Tilly muestra cómo el Estado se construye a partir de las dinámicas guerreras y su entrecruzamiento con las lógicas de acumulación capitalista. Ver Tilly Charles, *Coercion, Capital and the European States*, ad 990-1992, Cambridge, Ma. y Oxford, gb, Blackwell, 1990.

<sup>23</sup> Anderson Benedict, *Imagined Communities Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres y Nueva York, Verso, edición revisada, 1991.

<sup>24</sup> Así lo demuestran los textos para Australia de Curthoys Ann, “Feminism, Citizenship and National Identity” y para Sudáfrica de McClintock Anne, “Family Feuds: Gender, Nationalism and the Family”, en *Feminist Review*,

mujeres y sus hijos, la parentela que conforma justamente los cimientos de la nación. Las mujeres, en estos procesos, cumplen el papel de emblemas que encarnan las especificidades de su nación de origen y sirven como señales de distinción.

En otras palabras, los papeles que le son asignados a lo femenino y a lo masculino están claramente diferenciados en estos procesos culturales que acompañan el advenimiento del Estado y la profesionalización de las burocracias, incluida la de las armas. Así como las diferencias culturales de género quedan inscritas en el derecho y en los códigos civiles y penales, también son refrendadas en las construcciones de nación, patria y ejército.

De nuevo, como en el caso del derecho, la apropiación de las diferencias entre lo femenino y lo masculino en estos procesos refuerzan una distribución desigual del poder entre hombres y mujeres. Así como desde estas construcciones culturales las mujeres no pueden hacer parte del campo de la política electoral y del bullicio de las contiendas partidistas, de igual manera ellas no pueden participar en las guerras y las confrontaciones armadas. En ambos casos, la exclusión aviva la noción de que lo femenino es por naturaleza apolítico, mientras que por el contrario lo masculino encuentra en lo político el escenario de expresión de su virilidad.

### 2.3. La participación en las primeras revoluciones del siglo XX y en la I y II guerras mundiales: los primeros gestos de inclusión política

Las dos guerras mundiales y las revoluciones Rusa y Mexicana trastocaron, pero sólo hasta cierto punto, las exclusiones de las mujeres, tanto de la comunidad política como de los cuerpos profesionales armados. Aunque las mujeres sólo fueron enroladas excepcionalmente como combatientes de terreno en las filas de los ejércitos<sup>25</sup>, sí participaron de manera continua en las dos guerras mundiales como enfermeras, en puestos

de comunicación y en cargos administrativos, o como espías. Al igual que en contiendas anteriores y a pesar de no tener derecho al voto, ellas tomaron partido en las confrontaciones. Otras se involucraron en campañas pacifistas difíciles de emprender en ambientes caldeados de lado y lado por fuertes sentimientos patrióticos<sup>26</sup>. Mientras los hombres estuvieron en los frentes de guerra, muchas se incorporaron por primera vez a las economías de sus países y en particular a las industrias de guerra, relativamente bien pagas<sup>27</sup>.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, la conquista del sufragio se aceleró en varias naciones. Antes de comenzar sólo Nueva Zelanda y Australia, algunos estados de Estados Unidos y Finlandia habían consagrado el derecho al sufragio de las mujeres. Durante la guerra, y sobre todo en 1918, a la lista se agregarían dos países nórdicos (Dinamarca e Islandia), Canadá (con restricciones) y varias naciones europeas (Holanda, Austria, Alemania, Hungría, Reino Unido, Irlanda, Polonia, Estonia, Latvia, Georgia, Lituania y la Federación Rusa).

Por ejemplo, en Gran Bretaña, en 1918, las inglesas lograron el sufragio pero sólo para las mujeres mayores de 30 años. Las sufragistas tuvieron que seguir luchando y esperar hasta 1928 para obtener, bajo las mismas condiciones que los varones, el derecho a elegir y ser elegidas. En Estados Unidos, donde varios estados ya habían consagrado el sufragio femenino, fue sólo hasta 1920 que en el ámbito federal se aprobó la Enmienda Constitucional Decimonovena, que consagra el voto de las mujeres. El presidente Woodrow Wilson, dirigiéndose al Senado, declaró:

¿Seguiremos pidiendo y tomando lo que las mujeres más pueden dar, servicio y sacrificio de todo tipo, y a la vez preguntándonos qué derecho el servicio y el sacrificio demostrado les da de estar a nuestro lado en la orientación de los destinos de sus naciones y las nuestras? Hemos hecho de ellas nuestras socias en esta guerra. ¿Vamos entonces

N° 45, otoño 1993, Londres, Routledge, pp. 19-38 y 61-80; y todo el número sobre "Citizenship: Pushing the Boundaries", en *Feminist Review*, N° 57, otoño 1997, Londres, Routledge. Además, Yuval-Davis Nira, *Gender and Nation*, Londres, Nueva Delhi y Thousand Oaks, Sage Publications, 1997.

<sup>25</sup> Luego de la Revolución Rusa en 1917, el ministro de Guerra del gobierno provisional le otorgó permiso a María Botchkareva de constituir un batallón de 300 mujeres, pero con el triunfo de los bolcheviques, las mujeres soldado fueron enviadas a casa para que "se vistieran de nuevo con vestimentas femeninas". En Goldsetein Joshua S., *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa*, Cambridge University Press, 2001, en [http://www.warandgender.com/wgwmwwi.htm#FN05\\_175](http://www.warandgender.com/wgwmwwi.htm#FN05_175).

<sup>26</sup> *Ídem*.

<sup>27</sup> Por ejemplo en Alemania, hacia el final de la Primera Guerra Mundial, trabajaban en la industria de armamento 700.000 mujeres. En Gran Bretaña, el número ascendió a un millón. *Ídem*.

exclusivamente a admitirlas en una empresa donde predomina el sufrimiento, el sacrificio y el esfuerzo y negarles su entrada en aquella donde se adquieren derechos y privilegios?<sup>28</sup>

A pesar de que durante las dos guerras los roles discriminados por sexo se pusieron en entredicho y las mujeres participaron en la conflagración armada, con el regreso a la normalidad “ni la hostilidad hacia las mujeres en profesiones predominantemente masculinas, ni la devaluación del trabajo femenino ni la responsabilidad exclusivamente femenina de las tareas del hogar” realmente cambiaron<sup>29</sup>. Luego de las transgresiones promovidas por los esfuerzos de guerra librados en muchos países, las relaciones de género regresaron a sus antiguos patrones sociales y hubo hasta un reavivamiento de la ideología maternalista. No obstante estas continuidades, también es preciso señalar que la visibilidad de la contribución de las mujeres en las dos guerras mundiales hizo más obvia la incongruencia de las democracias europeas que, a la vez que les pedían su cuota de participación en la defensa de la patria, les negaban el estatus de ciudadanas con derechos políticos plenos. Por esta razón, la visibilidad que adquirieron en estas conflagraciones aceleró en varios países su conquista del derecho a sufragar y a ser elegidas.

#### 2.4. La feminización de los ejércitos profesionales y las guerras civiles centroamericanas de los 70 y 80

Ya hemos visto cómo las mujeres, en sus respectivos países, tomaron partido por distintas causas –patrióticas armadas o pacifistas– y estuvieron presentes en los campos de batalla cumpliendo funciones médicas o administrativas. Las que se unieron directamente al combate fueron una excepción.

Esta barrera entre tareas de apoyo logístico y administrativo y funciones de combate directo empezaría a derruirse en los años 70 del siglo pasado, bajo el influjo de los movimientos feministas de segunda ola, sobre todo de las corrientes que abogaban por la igualdad. Además del impacto de estas luchas reivindicativas, la incorporación de las mujeres a los frentes de guerra correspondió a una serie de cambios en la es-

tructura organizativa de las fuerzas armadas en los países de Occidente, que creó un clima propicio para que estas instituciones abrieran sus puertas a la presencia femenina. En particular, en varios países occidentales se abandonó la conscripción obligatoria y se pasó al servicio voluntario. Con este paso, ingresar al ejército dejó de ser una obligación patriótica para los hombres y se transformó en una opción de empleo como cualquier otra<sup>30</sup>. Por último, en esta incorporación influirían desarrollos tecnológicos que transformaron el armamento usado en los conflictos armados. En muchos casos, los avances hicieron que la fuerza bruta y ciertas condiciones físicas dejaran de ser requisito para portar y saber usar las armas.

Por ejemplo, la incorporación oficial de las mujeres a los ejércitos se iniciaría en Estados Unidos un poco antes, en 1948. Es en ese año que el presidente Truman aprueba el Acto de Integración de las Mujeres a los Servicios Armados. Con argumentos similares a los empleados por el presidente Wilson en 1920 para abrirle paso al sufragio femenino, según un oficial en la celebración de los 50 años de aprobación del acto, adujo:

Luego de servir durante la ii Guerra Mundial, a las mujeres se les dijo que debían regresar a la cocina y a las tareas del hogar. Esto no era congruente con los principios democráticos norteamericanos. Uno no puede estar luchando por la libertad en el extranjero e ignorar los principios de justicia y oportunidad en casa. La democracia norteamericana no puede permitir este tipo de incongruencias<sup>31</sup>.

Sin embargo, a pesar de que formalmente se aprobó esta integración, fue sólo hasta 1967 que el Congreso aprobó la promoción de mujeres a altos rangos de la carrera militar, incluido el de general y almirante, y removió la cuota máxima de 2%. Pero fue realmente en 1972 cuando en Estados Unidos las mujeres se abrieron paso en las instituciones armadas. Por un lado en este año se reemplazó el servicio obligatorio por la conscripción voluntaria, lo cual llevó a las fuerzas armadas a preguntarse por sus políticas de

<sup>28</sup> Contenido investigado por la capitana en retiro Barbara A. Wilson, usaf. En <http://userpages.aug.com/captbarb/femvets4.htm>

<sup>29</sup> Goldsetein Joshua S., *ob. cit.*

<sup>30</sup> Yuval-Davis Nira, “Gendered Militaries, Gendered Wars” en Yuval-Davis Nira, *Gender and Nation*, *ob. cit.*, p. 98.

<sup>31</sup> Palabras del diputado del secretario de la Defensa, John J. Hamre, en la celebración de los 50 años de la aprobación del acto de integración, en [http://www.dod.mil/news/Jun1998/n06171998\\_9806175.html](http://www.dod.mil/news/Jun1998/n06171998_9806175.html)

reclutamiento; y por otra parte, se aprobó la enmienda constitucional que consagró la igualdad de derechos (Equal Rights Amendment, era) y prohibió cualquier tipo de discriminación en el empleo o en las oportunidades basada en el sexo<sup>32</sup>. En 1998, aproximadamente 200.000 mujeres estaban reclutadas y constituían el 14% del personal en servicio activo<sup>33</sup>.

En Canadá, a partir de 1989 un tribunal de los derechos de la persona le exige a las fuerzas armadas levantar las restricciones aplicadas a las mujeres y pide la aplicación de un programa gradual de integración que debía culminar en 1999. “Las mujeres en las Fuerzas Armadas Canadienses pasaron de representar una cuota controlada de 1.500 en 1971 a 7.100 en 1999, número que representa el 10,6% de las fuerzas regulares. Para el 2003 este porcentaje ha ascendido hasta el 12,3% ubicando a Canadá en el segundo rango de los países de la otan, luego de Estados Unidos”<sup>34</sup>.

Francia sigue un proceso paralelo. En 1972 se aprueba un estatuto general en el que no se hacen distinciones entre hombres y mujeres. Sin embargo, la formación no es mixta sino que se imparte en una escuela militar femenina. En 1975 algunas mujeres oficiales integran cuerpos de armas masculinos, pero no en las ramas más prestigiosas. Por fin en 1981 a raíz de la confor-

mación de una comisión de estudios sobre la mujer militar se aplican realmente políticas de integración y en 1983 se cierra la escuela militar femenina. Las mujeres se integran a distintas especialidades pero, a diferencia de otros países miembros de la otan, su reclutamiento tiene toques máximos<sup>35</sup>.

En España también se habla de la feminización del ejército español, “donde en menos de veinte años las mujeres pasaron de un 1% a un 8%. [Además] mientras en 1996 el 10% de los aspirantes eran mujeres, para fines de 1997 esta cifra era ya del 20,47%” en momentos en los cuales se producía un descenso general de aspirantes. Por esta razón, hay quienes aducen que “la afluencia de las mujeres salva la profesionalización de las Fuerzas Armadas”<sup>36</sup>.

En América Latina son escasos los datos de incorporación de las mujeres a las filas de las fuerzas armadas. En Chile y Colombia gobiernos recientes han nombrado mujeres como ministras de Defensa. En Colombia, a raíz del nombramiento de Marta Lucía Ramírez como ministra de Defensa y su preocupación manifiesta por la igualdad de oportunidades para las mujeres, las oficinas de estadística de las fuerzas armadas compilaron los datos que se observan en la tabla 1.

A partir de estas cifras no es posible evaluar qué tanto operan techos de cristal dentro de las

**Tabla 1**  
Porcentajes de mujeres en las fuerzas armadas

| grado                  | ejército            |                |                 | armada              |                |                 | fuerza aérea        |                |                 |
|------------------------|---------------------|----------------|-----------------|---------------------|----------------|-----------------|---------------------|----------------|-----------------|
|                        | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Total mujeres | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Total mujeres | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Mujeres total |
| gr (general)           | 0%                  | 0%             | 0%              | 0%                  |                | 0%              | 0%                  | 0%             | -               |
| mg (mayor general)     | 9%                  | 0%             | 9%              | 20%                 | 0%             | 19%             | 20%                 | 0%             | 19%             |
| bg (brigadier general) | 7%                  | 0%             | 7%              | 7%                  | 0%             | 7%              | 14%                 | 0%             | 14%             |
| cr (coronel)           | 3%                  | 2%             | 10%             | 16%                 | 0%             | 29%             | 23%                 | 4%             | 36%             |
| tc (teniente coronel)  | 7%                  | 5%             | 18%             | 14%                 | 11%            | 35%             | 17%                 | 4%             | 31%             |
| my (mayor)             | 11%                 | 3%             | 20%             | 13%                 | 7%             | 28%             | 10%                 | 10%            | 40%             |
| ct (capitan)           | 10%                 | 6%             | 21%             | 10%                 | 13%            | 37%             | 6%                  | 10%            | 29%             |
| te (teniente)          | 7%                  | 6%             | 17%             | 4%                  | 8%             | 22%             | 6%                  | 9%             | 30%             |
| st (subteniente)       | 4%                  | 0%             | 4%              | 10%                 | 6%             | 19%             | 18%                 | 14%            | 31%             |

<sup>32</sup> En <http://www.womensmemorial.org/historyandcollections/history/lrnmreeranav.htm>

<sup>33</sup> En <http://www.womensmemorial.org/historyandcollections/history/lrnmreeranav.htm>

<sup>34</sup> [http://www.forces.gc.ca/site/newsroom/view\\_news\\_f.asp?id=1022](http://www.forces.gc.ca/site/newsroom/view_news_f.asp?id=1022)

<sup>35</sup> Sorin Katia, *Les femmes dans les forces armées françaises: intégration versus conflit*. Ponencia presentada a Inter-University Seminar on Armed Forces and Society. Challenge and Change for the Military Institution: The Military Profession and Military Leadership in the 21st Century, 25-27 de octubre 2002, publicada en: [http://www.rmc.ca/academic/conference/iuscanada/papers/sorin\\_femmespaper.doc](http://www.rmc.ca/academic/conference/iuscanada/papers/sorin_femmespaper.doc). Sobre Katia Sorin: *Femmes en armes: une place introuvable? Le cas de la féminisation de l'armée française*, tesis de doctorado en sociología, Universidad de París 1, Panthéon-Sorbonne, febrero 2002.

<sup>36</sup> Bedregal Ximena, “La feminización de los ejércitos: ¿Triunfo de la paridad o trampa del patriarcado?” en *La Jornada*, mayo 5, 2003.

**Tabla 1** (continuación)  
**Porcentajes de mujeres en las fuerzas armadas**

| grado                  | ejército            |                |                 | armada              |                |                 | fuerza aérea        |                |                 |
|------------------------|---------------------|----------------|-----------------|---------------------|----------------|-----------------|---------------------|----------------|-----------------|
|                        | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Total mujeres | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Total mujeres | % Mujeres logística | % Mujeres Adm. | % Mujeres total |
| <b>oficiales</b>       | <b>7%</b>           | <b>4%</b>      | <b>15%</b>      | <b>10%</b>          | <b>8%</b>      | <b>19%</b>      | <b>11%</b>          | <b>10%</b>     | <b>32%</b>      |
| sm (sargento mayor)    | 7%                  | 0%             | 7%              | 13%                 | 0%             | 13%             | 2%                  | 0%             | 2%              |
| sp (sargento primero)  | 7%                  | 6%             | 19%             | 18%                 | 0%             | 25%             | 1%                  | 0%             | 1%              |
| sv (sarg. viceprimero) | 12%                 | 5%             | 21%             | 16%                 | 0%             | 24%             | 3%                  | 0%             | 11%             |
| ss (sargento segundo)  | 10%                 | 5%             | 17%             | 10%                 | 0%             | 16%             | 0%                  | 7%             | 14%             |
| cp (cabo primero)      | 15%                 | 6%             | 23%             | 7%                  | 2%             | 16%             | 2%                  | 3%             | 7%              |
| cs (cabo segundo)      | 4%                  | 0%             | 4%              | 10%                 | 1%             | 12%             | 2%                  | 7%             | 25%             |
| c3 (cabo tercero)      | 0%                  | 0%             | 0%              | 10%                 | 2%             | 17%             | 0%                  | 5%             | 15%             |
| <b>suboficiales</b>    | <b>8%</b>           | <b>4%</b>      | <b>14%</b>      | <b>11%</b>          | <b>1%</b>      | <b>18%</b>      | <b>2%</b>           | <b>3%</b>      | <b>11%</b>      |
| <b>total</b>           | <b>8%</b>           | <b>4%</b>      | <b>14%</b>      | <b>11%</b>          | <b>3%</b>      | <b>19%</b>      | <b>5%</b>           | <b>6%</b>      | <b>19%</b>      |

Fuente: Informe de efectivos personal militar, Grupo de Presupuesto, Oficina de Planeación, Ministerio de Defensa, 2003.

[78]

fuerzas armadas, pues para determinar si existen barreras de ascenso habría que comparar los porcentajes de ascenso de las mujeres con los porcentajes totales de presencia femenina en los cuerpos armados. Puede ser que el 9% de mujeres brigadieres generales del ejército corresponda con un 9% de mujeres en las ramas logística y administrativa. Así como no es posible afirmar claramente que las mujeres están siendo discriminadas en sus carreras dentro de las fuerzas armadas, lo que sí es posible afirmar es que ellas no hacen parte de las secciones de combate del ejército, la fuerza aérea o la armada. Ellas se ubican en las funciones logísticas y administrativas, claramente diferenciadas de las de combate. Esta distinción se mantiene en muchos países, y muestra cómo la incorporación no siempre conlleva una superación de la división de tareas entre los sexos o de los estereotipos de género. A pesar del arribo de cuerpos femeninos, en los cuerpos armados se mantiene la perspectiva de que existen, por naturaleza, tareas femeninas claramente distinguibles de las masculinas. Por lo demás en Colombia, armada, fuerza aérea y ejército han sido reacios a investigar la situación de las mujeres incorporadas en sus filas. A dife-

rencia de otros países, donde por ejemplo los acosos y abusos sexuales ya han sido públicamente reseñados<sup>37</sup>, en el país existe un tabú para emprender investigaciones al respecto.

Así como en Colombia las mujeres no han sido incorporadas a los frentes de batalla en las Fuerzas Armadas, por contraste en las guerrillas, tanto farc como el n, m-19, epl o prt ellas sí han portado armas y han combatido. Se calcula que en la actualidad, en las farc, del 35 al 40% de los reclutados son mujeres. Algunas de ellas ocupan cargos de mando de tropa y han adquirido visibilidad en los medios. También ha habido colombianas que se suman a las Autodefensas Unidas de Colombia (auc), pero como en las Fuerzas Armadas, en este grupo a las mujeres no se les asigna oficialmente tareas de combate sino sobre todo funciones de logística, apoyo y dirección de proyectos sociales<sup>38</sup>.

Una vez ingresan, ¿cómo es el trato que reciben las mujeres en estos cuerpos armados? Por algunas investigaciones que empiezan a salir a la luz pública<sup>39</sup>, se sabe que las políticas de planeación familiar que aplican las farc son perentorias: mujeres y adolescentes tienen obligatoriamente que planificar con Norplan. Además, a

<sup>37</sup> Por ejemplo, en 1997, en un informe del ejército norteamericano, se estableció que el 22% de las mujeres soldado habían sido acosadas durante el año anterior. También se estableció que la violencia sexual y doméstica es común en las familias de las Fuerzas Armadas.

<sup>38</sup> Este ensayo es el marco conceptual e histórico para una investigación que se inicia sobre las mujeres en las filas armadas en Colombia, tanto de las Fuerzas Armadas regulares como de los actores armados irregulares.

<sup>39</sup> María Eugenia Vásquez en su libro autobiográfico *Escrito para no morir* ilustra cómo el m-19, sutil y no tan sutilmente, discriminaba comportamientos y oportunidades entre hombres y mujeres. Vera Grave también muestra el impacto de la lucha armada sobre la vida de una mujer, y sobre todo de una combatiente de la alta oficialidad que decide ser madre y es indirectamente penalizada por ello. Alfredo Molano, en su libro *Trochas y fusiles*, relata cómo una mujer guerrillera es acosada por uno de sus compañeros, y cómo los celos y la necesi-

pesar de que los abusos sexuales están penalizados en sus códigos, los casos de violencia sexual no son pocos<sup>40</sup>. Como en el caso de los ejércitos oficiales, las guerrillas pueden incorporar a más mujeres a la lucha armada, pero no para transformar los arreglos de género subordinantes de lo femenino, sino, como lo sugiere la foto de la página 80, para utilizar esos mismos arreglos para mantener ciertas prerrogativas masculinas y la división de tareas tradicional.

En otras palabras, el que las mujeres porten armas no es sinónimo de que se alteren los arreglos de género que imperan en una sociedad. Mientras se investiga más a fondo sobre el lugar que ocupan las mujeres en los ejércitos regulares e irregulares, es posible revisar el balance que a posteriori han realizado mujeres combatientes de los procesos de guerra civil centroamericanos.

Tanto en El Salvador como en Nicaragua, las mujeres se incorporaron no sólo a tareas de espionaje y apoyo, sino también como combatientes directas. A pesar de la ruptura que significó el arribo de mujeres a los frentes, estos cambios se dieron dentro de grandes continuidades, sobre todo visibles en los procesos de negociación y post-conflicto. Por entrevistas que se han realizado y por las experiencias que las mujeres combatientes han empezado a relatar, se sabe que muchas de ellas sienten una gran frustración histórica, porque a pesar de su participación activa en la guerra, ni los ejércitos alzados en armas ni la fuerza pública oficial les garantizó una presencia, una vocería y una representación en las mesas de negociación.

Esta invisibilidad de las preocupaciones femeninas se manifestó en el post-conflicto cuando las mujeres masivamente retornaron al hogar y a las relaciones de subordinación femenina que

garantizan y regulan el ámbito doméstico. En otras palabras, a pesar de lo devastadoras que fueron estas dos guerras, en términos de género, pasado el conflicto se retornó al statu quo. A las mujeres combatientes no se les tituló tierra, no se les abrieron líneas de crédito especializadas, no se diseñaron políticas públicas dirigidas a ampliar su ciudadanía y a proteger sus derechos sexuales y reproductivos<sup>41</sup>. Simultáneamente, “los hombres no asumieron luego de esta guerra, a pesar de haber tenido compañeras combatientes, nuevos roles en el terreno doméstico... las mujeres colaboradoras del fmnl salieron de la guerra más femeninas y maternas de lo que entraron en ella”<sup>42</sup>.

Por todas las razones antes esgrimidas, es claro que integrar a las mujeres a los ejércitos no garantiza un trato paritario, sobre todo una paridad entendida como equivalencia de valor. Las mujeres hoy están siendo reclutadas por los ejércitos profesionales y por otros actores armados, pero su presencia en las filas armadas está lejos de generar un clima de paridad democrática entre hombres y mujeres. Por esta razón, es necesario recalcar cómo el portar armas hoy, a principios del siglo xxi, no conlleva, como en el momento de las rupturas democráticas revolucionarias a finales del siglo xviii y principios del xix, el acceso privilegiado a derechos y estatus social. Por el contrario, los cuerpos armados que han empezado a acoger grupos tradicionalmente discriminados en sus filas, en lugar de transformar la discriminación, se han convertido ellos mismos en campos donde esa discriminación se plasma una vez más. Por esta razón, dentro de estos cuerpos las trayectorias de ascenso para hombres y mujeres no son iguales, como tampoco son iguales las sanciones y las retribuciones que

dad de venganza del rechazado lo llevan a asesinar a su compañero en hechos confusos que nunca son penalizados por las farc. En el libro de Laura Restrepo *Mujeres en la guerra* también se puede apreciar cómo hombres y mujeres no reciben el mismo trato por parte de los actores armados. Ver también los informes de la Mesa Mujer y Conflicto Armado.

<sup>40</sup> Esta situación, sobre la que se extiende un manto de silencio de los propios actores armados, se empieza a ver gracias a investigaciones adelantadas en otras partes del mundo.

<sup>41</sup> “En la ejecución del Programa de Transferencia de Tierras las campesinas casadas o compañeras fueron excluidas de sus beneficios porque las comisiones del fmnl utilizaron una definición arbitraria de tenedor que abarcaba únicamente al jefe de familia. Los programas de reinserción para ex combatientes no han podido evitar que la mayoría de las ex guerrilleras se reinserten... en el hogar; las pocas que han tenido acceso a la capacitación y los créditos se han preparado en labores tradicionalmente femeninas y han engrosado las filas del sector informal... Cuestiones como la igualdad salarial, la ampliación del permiso de maternidad y estabilidad laboral para mujeres embarazadas o las sanciones para el acoso sexual en los centros de trabajo no fueron incluidas en las reformas al Código de Trabajo”, en Murguialday Clara, “Mujeres, ciudadanía y transición democrática en El Salvador de la posguerra”, documento presentado en el seminario Mujeres, Cultura Cívica y Democracia, organizado por el Programa Universitario de Estudios de Género-pueg, México, julio de 1996, p. 5.

<sup>42</sup> *Ídem.*, p. 18.

Fuente: *El Tiempo*.

se aplican a unas y otros. Tampoco es cierto que a raíz de la incorporación de las mujeres al oficio de la guerra se transforme necesariamente la división de tareas entre hombres y mujeres que impera en el espacio doméstico, o que se modifiquen las percepciones tradicionales sobre el cuerpo femenino que lo representan como un territorio donde se ejerce, a veces de manera violenta, el dominio masculino.

#### CONCLUSIONES

Las democracias modernas excluyeron a las mujeres de la esfera pública dominante y en particular de la comunidad política de ciudadanos plenos. A esta exclusión se agregó otra, el quedar fuera de las fuerzas armadas oficiales. Así los atributos asociados a la virilidad –superioridad física, arrojo, coraje, razón– encontraron anclaje en los cuerpos armados y en las ideologías patrióticas. De manera complementaria, a las mujeres se les asoció con la delicadeza y las tareas del hogar, asociación que justificó su doble exclusión. Fren-

te a estas construcciones estereotipadas de los géneros, este trabajo buscó demostrar:

1. Que las mujeres son tan políticas como los hombres. Esto se plasma en el hecho de que en circunstancias de polarización armada, ellas no se han recluido en las cuatro paredes del hogar sino que por el contrario han asumido conscientemente distintas opciones políticas frente a los antagonismos.

2. Que la lucha de las mujeres por la incorporación a la comunidad política no fue ajena a la participación que ellas tuvieron en las guerras mundiales en los países europeos y en Estados Unidos. La institucionalización de los ejércitos, la invención de las naciones y de los discursos patrióticos, y el terreno de la construcción de la ciudadanía no fueron procesos separados sino profundamente imbricados.

3. Que una y otra vez las mujeres se han involucrado en política y han mostrado la misma capacidad de apasionarse por ideales y proyectos políticos que los hombres. Su incorporación al quehacer de los partidos y las contiendas electorales, y a los ejércitos, hace parte del tortuoso trayecto hacia su consagración como ciudadanas plenas.

4. Pero la incorporación formal de las mujeres a la política y al oficio de la guerra puede convertirse en una trampa, si no está acompañada por discursos que reten las culturas viriles y machistas que impregnan esos dos mundos, el de las conflagraciones armadas y el de los partidos. Sobre todo, esta inclusión puede dejar incólumes los arreglos de género que le han imputado a las mujeres las tareas del hogar y de la crianza, y que han justificado la subordinación femenina. En lugar de ser motivo de transformación, el uso de los votos y de las armas puede convertirse en un campo más donde justamente los arreglos de género tradicionales se reproducen y consolidan.

# Los psicoanalistas, la guerra y la memoria<sup>1</sup>

Gonzalo Sánchez G.\*

## RESUMEN

Este artículo se presenta como una reflexión con motivo del lanzamiento del N° 4 de la revista *Desde el Jardín de Freud*, dedicado al tema de “Memoria, olvido, perdón, venganza”. El autor del artículo señala cómo particularmente en este volumen los psicoanalistas entraron en diálogo abierto no sólo con la historia sino con todas las ciencias sociales, y no sólo para escudriñar el pasado sino también para encarar decididamente el presente, el tema de la guerra y las incertidumbres del post-conflicto. De hecho, en la página de presentación los editores señalan como contexto de este número monográfico el creciente interés mundial sobre esa cadena de significantes y la urgencia para los colombianos de abordarlos frente a las “negociaciones en curso con los paramilitares”. Para el autor, la historia como disciplina no parece tan lejana del psicoanálisis. Ambas desarrollan técnicas y estrategias propias para hacer visible lo que ha sido invisibilizado y para restablecer el sentido de lo que ha sido excluido, suprimido o encubierto. Tanto la historia como el psicoanálisis tienen ciertamente una relación privilegiada con el pasado. Ambas disciplinas se ocupan de la selección de lo memorable y de lo que a la luz de determinadas condiciones o exigencias es mejor olvidar, pues como sabemos desde “Funes el memorioso”, una memoria ilimitada lleva a la confusión e impide la conceptualización.

*Palabras clave:* psicoanalistas, guerra, memoria.

The psychoanalists, guerrilla and memory

## SUMMARY

This article is presented as a reflection on the occasion of the launching of issue N° 4 of *From Freud's Garden* magazine dedicated to the subject of “Memory, forgetfulness, forgiveness, revenge”. The author of the article points out how the psychoanalysts entered in an open dialogue, in this volume in particular, not only with history but with other social sciences not only to scrutinize the past but to decidedly confront the present, the subject of the war and the uncertainties of the post-war. In fact, in the presentation page, the editors point out as context of this thematic number on *Memory, forgetfulness, forgiveness, revenge* the growing worldwide interest on this chain of feelings and the urgency of Colombians to approach them in face of the “current negotiations with the paramilitaries”. For the author, history as a discipline does not seem so far as psychoanalysis. Both develop their own techniques and strategies to make visible what has been made invisible and to reestablish the sense of what has been excluded, suppressed or covered up. Thus, history as well as psychoanalysis certainly have a privileged relation with the past. Both disciplines occupy themselves of the selection of what is memorable and what must be forgotten on the light of certain conditions or requirements, since we know from “Funes el memorioso”, that an unlimited memoir leads to confusion and hinders conceptualization.

*Key words:* psychoanalysts, war, memoir.

FECHA DE RECEPCIÓN: 22 / 02 / 2005

FECHA DE APROBACIÓN: 09 / 03 / 2005

análisis político n° 54, Bogotá,  
mayo-agosto, 2005: págs. 81-87

\*Profesor del Instituto de Estudios Políticos  
y Relaciones Internacionales (IEPRI)  
de la Universidad Nacional de Colombia

<sup>1</sup> Reflexiones con motivo del lanzamiento del N° 4 de la revista *Desde el Jardín de Freud*, dedicado al tema de “Memoria, olvido, perdón, venganza”.

**E**n un libro publicado originalmente en 1965, *El inconsciente en la historia*<sup>2</sup>, el historiador Pierre Flottes, de la Universidad de Burdeos, introducía la noción de *libido política* a partir de la cual construía una filosofía de la historia y presentaba el psicoanálisis como una teoría del origen del poder, del rey-padre y, en últimas, del conflicto y de la guerra. No era la primera vez que se postulaba la posibilidad de extender el territorio del psicoanálisis al estudio de los fenómenos históricos y político-sociales. Pero intentos de este tipo tendrían desde entonces cada vez mayor receptividad.

En realidad, la historia como disciplina no parece tan lejana del psicoanálisis. Ambas desarrollan técnicas y estrategias propias para hacer visible lo que ha sido invisibilizado y para restablecer el sentido de lo que ha sido excluido, suprimido o encubierto. Tanto la historia como el psicoanálisis tienen ciertamente una relación privilegiada con el pasado. Ambas disciplinas se ocupan de la selección de lo memorable y de lo que a la luz de determinadas condiciones o exigencias es mejor olvidar, pues como sabemos desde “Funes el memorioso”, una memoria ilimitada lleva a la confusión e impide la conceptualización. Funes sabía y recordaba todo pero era incapaz de pensar. “Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer”, dice Borges, en ese cuento revalorizado hoy. Insisto en esta función de selección porque adicionalmente, y contra lo que comúnmente se predica, la tarea de los historiadores no es simplemente la de reconstruir hechos, sino la de interpretar y construir sentido, otro punto de encuentro evidente con el psicoanálisis.

Hace tres lustros, en 1989, desde el Departamento de Historia de la Universidad Nacional se daba una señal de aproximación, al traducir y publicar, con motivo del cincuentenario de la muerte de Freud, el libro *Historia y psicoanálisis* de Saúl Friedlander, que había aparecido por primera vez en Francia en 1975. En la presenta-

*El pasado es indestructible. Tarde o temprano vuelven las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado.*

—Jorge Luis Borges

ción de la edición castellana del libro se formularon interrogantes como éstos:

¿Cuáles son las condiciones necesarias para poder aplicar a la historia los conceptos fundamentales del psicoanálisis –entendido aquí esencialmente como “psicología del yo”–? ¿Pueden las teorías freudianas arrojar una luz particular sobre temas para los cuales los métodos tradicionales del historiador son inoperantes, ya sea que se trate de movimientos mesiánicos o de homicidios colectivos, de cacería de brujas o de éxtasis místicos, de prácticas de puericultura o de mitos nacionales? Proporciona el psicoanálisis al historiador la posibilidad de ensanchar el campo de su interés y de sus investigaciones?<sup>3</sup>

Un rápido vistazo mostraría que quince años después los historiadores colombianos no respondieron al llamado del colega Bernardo Tovar. En cambio, los psicoanalistas dieron un salto sorprendente, pues como se hace evidente en números precedentes y particularmente en este número 4 de la revista *Desde el Jardín de Freud* ellos –los psicoanalistas– entraron en diálogo abierto no sólo con la historia sino con todas las ciencias sociales, y no sólo para escudriñar el pasado sino también para encarar decididamente el presente, el tema de la guerra y las incertidumbres del postconflicto. De hecho, en la página de presentación los editores señalan como contexto de este número temático sobre “Memoria, olvido, perdón, venganza” el creciente interés mundial sobre esa cadena de significantes y la urgencia para los colombianos de abordarlos frente a las “negociaciones en curso con los paramilitares”.

Desde luego, en la mayor parte de los trabajos aquí publicados se alude reiteradamente a las obras más abiertamente “sociales” de Freud, publicadas la mayor parte de ellas en el período de entreguerras, como *Tótem y tabú*, *Moisés y la religión monoteísta*, *Psicología de las masas y análisis del yo*, *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultu-*

<sup>2</sup> Flottes Pierre, *El inconsciente en la historia*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1971. Originalmente en francés *L'histoire et l'inconscient humain*, Ginebra, Editions du Mont Blanc, 1965.

<sup>3</sup> Friedlander Saúl, *Historia y psicoanálisis*, Bogotá, Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1989. Para una excelente y más reciente aproximación a esta relación, véase de Dosse François “Historia y psicoanálisis: genealogía de una relación”, en *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo*, N° 11, primavera de 2003, Valencia (España), pp. 93-114.

ra... entre otras, en las cuales se encuentra claramente formulada, a partir de un parricidio inmemorial, la hipótesis freudiana de la fundación del Estado, la ley y la sociedad, que emula y es en muchos aspectos compatible con las tesis contractualistas de la teoría política de Rousseau y Hobbes. Pero el sentido con que se invocan estos textos hoy es muy distinto al de hace un par de décadas. Más que la invocación a la autoridad de Freud o de Lacan para pensar lo social, es ostensible aquí el esfuerzo por pensar problemas nuestros, o muy cercanos a los nuestros, con los recursos que brinda una aplicación creativa de la teoría psicoanalítica. Pero a su vez esta incursión del psicoanálisis en lo social se ha tornado enormemente fructífera y prometedora, en la medida en que también en las ciencias sociales se han producido transformaciones y renovaciones conceptuales en la búsqueda de un campo común a todas, el campo de la cultura, con categorías que marcan estrechas relaciones de vecindad. Me refiero a categorías como las de mentalidades e imaginarios en la historia, representaciones en la sociología, órdenes simbólicos en la antropología, para no hablar del impacto de nuevas disciplinas como la semiología y la teoría literaria. En gran medida todas estas nuevas categorías están asociadas de alguna forma al discutido pero sugestivo concepto de inconsciente colectivo, acuñado por Carl Gustav Jung. Estas nuevas miradas han hecho de las diferentes disciplinas “sistemas de interpretación” y de búsqueda de sentido, orientación que las hermana decididamente con el psicoanálisis, aceptando eso sí que se trata de sistemas de interpretación convergentes pero irreductibles. Comentando la contribución de Michel de Certeau al esclarecimiento de estas relaciones, Dosse la sintetiza en esta apretada fórmula: “Mientras la tarea del psicoanálisis ante la historia consiste en informarla de qué ocurre con el sujeto, la tarea de la historia respecto al psicoanálisis es explicitar la relación que éste mantiene constantemente con el poder”<sup>4</sup>.

No se debate aquí sobre la pertinencia o no del paralelismo entre los procesos mentales individuales y los procesos mentales colectivos, tal como lo enunciara el propio Freud en *Tótem y tabú*... Lo que se pone en evidencia son los que podríamos llamar *procesos de circulación* entre lo individual y lo colectivo, lo psíquico y lo social. La pregunta central ya no es –o no es ahora en todo caso– por las autonomías de tales procesos

sino por sus intersecciones, aceptadas como punto de partida de la investigación. En efecto, los temas que desfilan por estas páginas son los de las masacres, los desplazados, los desaparecidos, las viudas, los torturadores, los campos de concentración, es decir, *eventos catastróficos* para individuos y colectividades muy concretas, que constituyen la materia prima de ese malestar nuestro que llamamos “la violencia”. La revista se instala así en el corazón del conflicto armado contemporáneo y de las violencias cotidianas de Colombia, lo que constituye de algún modo el alumbramiento de un viraje a la vez conceptual y político, que tiene casi, me atrevería a decirlo, el alcance de un manifiesto, y una respuesta anticipada y contundente a las preocupaciones de una de las colaboradoras de la revista, la psiquiatra y psicoanalista francesa Tania Roelens, quien tras una visita a Buenos Aires se declaró sorprendida por la centralidad del tema de la memoria en las relaciones de los psicoanalistas argentinos con los más diversos escenarios sociales, en contraste con la distancia de los psicoanalistas colombianos con el “campo psicosocial”. Una buena tarea para la revista podría ser, en consecuencia, la realización de un inventario de lo que se hace hoy en Colombia en relación con la intervención terapéutica y el trauma social y político. Estoy seguro de que podríamos encontrar muy gratas sorpresas.

En buena hora, pues, los psicoanalistas colombianos emprenden esta reorientación de su trabajo, pues su potencial renovador es indiscutiblemente muy grande en temas como este de la violencia, respecto del cual ha habido en los últimos años mucha, mucha información, pero, creo yo, un gran *déficit de interpretación*, que es precisamente uno de los fuertes, si no el más, del discurso psicoanalítico. Adicionalmente a este déficit de interpretación, hay otro que también me preocupa mucho y es el que voy a llamar el *déficit de la capacidad expresiva*, o si se quiere, los límites de la narrativa histórica, sociológica y politológica para dar cuenta de muchos aspectos asociados a estos temas de la memoria, la crueldad, el dolor, el miedo, el desarraigo y tantos otros que atraviesan nuestra cotidianidad. A colmar ese déficit en la capacidad expresiva de los textos apuntan las propuestas estéticas de artistas como Doris Salcedo, Óscar Muñoz o María Elvira Escallón, quienes tematizan de manera particularmente creadora eventos como el incendio del Palacio de Justicia, el desplazamiento y la marginalidad

[83]

<sup>4</sup> Dosse François, *ob. cit.*, p. 104.

urbana, o el atentado al club El Nogal, para dar sólo unos pocos ejemplos. Quienes venimos trabajando la violencia desde hace años sentimos la necesidad inaplazable de sumar esfuerzos con quienes, dotados de otros recursos hermenéuticos y de otros lenguajes, como los artísticos y los literarios, nos puedan ayudar a abordar en mejores condiciones lo inenarrable, lo indecible, lo impensable de la tragedia colombiana.

No voy a tratar de buscar en los 26 artículos que componen la publicación que nos convoca algún tipo de unidad latente que vaya más allá de los nudos temáticos que anuncia el título “Memoria, olvido, perdón, venganza”. No sería posible hacerlo en las pocas páginas previstas para esta presentación. Y tal vez tampoco tenga mucho sentido intentarlo. Lo que voy a hacer más bien es señalar algunas tensiones básicas en este campo que podemos definir como el campo de la administración de la memoria.

La memoria se ha vuelto una especie de imperativo ético y normativo en la era contemporánea. Se habla del “deber de memoria”. “Deber” quizás en el doble sentido: de obligación y de deuda con las víctimas que han sido objeto de alguna forma de despojo por los poderes despóticos, llámense nazismo, dictaduras o señores de la guerra. El hito inaugural que marcó el paso de la vieja memoria heroica de los vencedores a la memoria traumática de las víctimas fue el Holocausto, considerado como expresión irrefutable del fracaso de la civilización occidental y como una especie de umbral de lo irrepitible. Sin embargo, procesos histórico-políticos como las dictaduras latinoamericanas, que sobreviven de Auschwitz han visto como triunfos póstumos de Hitler, o los genocidios más recientes de Camboya, Ruanda y Yugoslavia, pusieron en evidencia ante el mundo que el retorno de lo irrepitible no era sólo una amenaza sino que ya estaba con nosotros. Y estaba no con un “nosotros” lejano, en África o Asia, sino con nosotros aquí en el suelo colombiano. ¿No es el *politicidio* de la up, no son las innumerables masacres de los años 90 incorporadas a la cotidianidad, la irrupción de lo irrepitible entre nosotros?

No podemos más que estar de acuerdo con Reyes Mate, cuando inspirándose en un texto de Adorno afirma que *No basta recordar a Auschwitz*

*para que no se repita*, “sino que es preciso reorientar el pensamiento y la acción de tal forma que ese pasado no se repita”. Es decir, que la memoria no tiene por sí sola funciones terapéuticas o preventivas, si no está acompañada de transformaciones mentales (pensamiento) y de decisiones políticas (acción), o sea, si no está acompañada de la intervención clínica en el individuo y la intervención política en la sociedad que conduzca al cambio de sentido de la historia de uno y otra.

Frente al publicitado “deber de memoria” sería preciso introducir entonces esta cautelosa acotación: “recordar es útil pero es insuficiente”.

El segundo aspecto que hay que problematizar es el del poder catártico de la memoria asociada a la verdad y la convicción generalizada de que la verdad sobre el pasado traumático debe conducir a la reconciliación. Negociar el pasado, parecería postularse, es negociar el futuro. A esta lógica obedece la proliferación de comisiones de verdad en el mundo, 21 desde 1974 hasta el 2002. A esta función de catarsis de la memoria y de la verdad están ligadas numerosas reflexiones de la revista sobre la importancia y la necesidad de contar que experimentan las víctimas de los campos de concentración en particular. Primo Levi, autor de un influyente libro, *Los hundidos y los salvados*<sup>5</sup>, que representa un caso paradigmático, encontró en la narración una especie de fuerza redentora que iba más allá de su experiencia personal. En una entrevista de 1986 y hablando de su primer libro novela-testimonio *Si esto es un hombre*, que data de 1947, dice que con el transcurso de los años observó que más allá de su rasgo autobiográfico, el libro tenía también otro significado que permitía interpretarlo como “un testimonio universal de lo que el hombre es capaz de hacer a otro hombre”<sup>6</sup>. Sin embargo, recordar y contar es sólo una de las vías de confrontación con el pasado, tanto en el plano individual como en el social. También está la del olvido. El ya citado Levi lo precisa así: “Algunos de mis amigos, amigos muy queridos, no hablan nunca de Auschwitz. Otras personas, en cambio, hablan de Auschwitz incesantemente, y yo soy uno de ellos”<sup>7</sup>. A partir del estudio de registros clínicos de experiencias de guerra de algunos combatientes, que no logran reelaborar simbólicamente lo sucedido, se muestra en varios trabajos aquí reunidos cómo para

<sup>5</sup> Levi Primo, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik Editores, 1995.

<sup>6</sup> Levi Primo, *Entrevistas y conversaciones*, Barcelona, Ediciones Península, 1998, p. 65.

<sup>7</sup> *Ídem.*, p. 172.

ellos recordar es literalmente re-vivir el evento traumático extremo. En el plano social también se rompen estos automatismos entre memoria y reconciliación política. España, por ejemplo, se apartó del dictado de las comisiones de verdad para asegurar la transición democrática tras la muerte de Franco. El debate inicial sobre qué hacer con la experiencia traumática de la Guerra Civil fue saldado con un pacto de olvido por una generación que ya se encontraba relativamente distante de los eventos y que no quería poner en riesgo las perspectivas de estabilidad política y económica presentes. En la administración de la memoria hay ambivalencias, hay cálculos, hay decisiones estratégicas. En suma, podemos decir que la memoria asociada a la verdad libera pero también paraliza, alivia pero también traumatiza, es grito de libertad pero también es prisión.

Un tercer campo de tensiones es el de las relaciones entre *memoria e identidad*, un campo de enorme prestigio hoy en las ciencias sociales. En uno de los textos se plantea aquí una tesis fuerte que podríamos enunciar así: la memoria no es sólo el retorno de los recuerdos; es algo más radical, es el *retorno de los sujetos*. La memoria aparece en la era contemporánea, como un poderoso recurso para la recuperación o afirmación de la identidad. Es una de las armas de los débiles, para retomar la afortunada expresión que hizo célebre James Scott. Se muestra aquí en efecto cómo poblaciones que habían sido borradas del mapa humano en tanto indígenas, recobran hoy su condición de tales, en las goteras de Bogotá (en Suba), y amparadas en un nuevo contexto internacional favorable a las minorías y en el marco de la nueva Constitución hacen valer sus derechos. Es lo que se conoce hoy en muchos países latinoamericanos como el proceso de “reindigenización”. Por otro lado y en otro contexto, Tzvetan Todorov nos hace ver el reverso de este proceso. Señalaba, en su muy citado opúsculo *Los abusos de la memoria*<sup>8</sup>, cómo una de las principales herramientas de acción de esas empresas de destrucción que fueron los regímenes totalitarios era precisamente la supresión de la memoria. Todo proyecto de reconstrucción del pasado era visto como un acto de insubordinación contra el poder. Memoria, arma de los débiles y por tanto blanco privilegiado de los poderosos, eran

dos caras de la misma moneda. Pero el discurso identitario asociado al manejo de la memoria también comporta peligros inusitados, como lo evidencia especialmente el caso de Bosnia, en donde a comunidades que “antes de la guerra iban a las mismas escuelas, trabajaban en los mismos garajes, salían con las mismas chicas”<sup>9</sup>, y cuyos miembros antes que serbios o bosnios se sentían yugoeslavos, les fueron inyectados por intereses extraños a esas mismas comunidades odios étnicos y nacionalistas que llevaron a la tragedia mundialmente conocida. Tan inexistentes eran esos antagonismos antes de la guerra que Michael Ignatieff, en un libro cautivante, *El honor del guerrero*, sostiene que “el nacionalismo no “expresa” una identidad previa, la “crea”. En lugar de fundamentar la guerra en diferencias mayores entre las comunidades mencionadas, Ignatieff recurre a la tesis freudiana del “narcisismo de las pequeñas diferencias” entre los hermanos (Caín y Abel) para explicar su rivalidad mortal. La expresión de las diferencias se hace agresiva, anota Ignatieff, precisamente para disimular que son menores. Una línea bien sugestiva para pensar por ejemplo en los millares de muertos que nos costaron en Colombia las identidades y diferencias partidistas (menores) en los años cincuenta. Será para otro momento.

Quisiera aludir más bien a otro lugar de encuentro de varios de los trabajos de este volumen. Me refiero a la relación *cuerpo-memoria-tortura*, tríada que sirve de soporte a reflexiones sobre los campos de concentración, sobre el genocidio tutsi y sobre la cárcel de Abu Ghraib en Bagdad. La memoria es asunto de procesos mentales pero también es, y muy esencialmente, asunto de marcas y procesos corporales. El principio que parece regir estas relaciones se podría enunciar parafraseando el dicho popular de la siguiente manera: “la memoria con sangre entra”. El cuerpo, lugar de vida y de goce, analizado en un número precedente de la revista, es explorado aquí como lugar de la barbarie y del envilecimiento deshumanizante de las víctimas, que deja a éstas en una profunda sensación de desamparo e indefensión. La inscripción física del recuerdo, próxima a la muerte, es descubierta aquí como el fundamento del *olvido imposible*. Recordemos el epígrafe de *Los hundidos y los salvados*: “desde entonces, a una hora

[85]

<sup>8</sup> Todorov Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000. Título original: *Les abus de la memoire*, París, Arléa, 1995.

<sup>9</sup> Ignatieff Michael, *El honor del guerrero*, Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, 2002, p. 39. Título original: *The Warrior's Honor*, Nueva York, Owl Books, 1998.

incierta/de vez en cuando regresa esa agonía...”. O lo dicho por el propio Levi poco antes de publicar el ya citado libro: “Tengo en la cabeza..., o en el estómago, algo bastante indigesto que se relaciona con el tema de la experiencia del Lager revisada ahora a treinta y cinco años de distancia...”<sup>10</sup>. Es la huella de una experiencia física indeleble la que crea la necesidad también física de contar, de dar testimonio, en busca de alguna forma de simbolización de lo real que permita salir, dice uno de los artículos de la revista, “de la marca de la memoria en bruto”.

Y hablando de la función terapéutica del ejercicio de contar, encuentro particularmente sugestiva la asociación o analogía entre el testimonio, la confesión y la terapia psicoanalítica<sup>11</sup>. Desconozco si haya estudios al respecto, pero abrigo la sospecha de que la aludida pulsión de contar, sobre todo cuando viene de los victimarios, tiene líneas de parentesco con la función polivalente de la confesión en el cristianismo, en su triple condición de terapia frente a la culpa, de expresión abierta de una voluntad de rectificación, y desde luego de una especie de castigo autoimpuesto, en la medida en que alguien se confiesa porque reconoce que ha ofendido gravemente.

Esto me lleva al último punto que quisiera resaltar, de los tantos que quedan pendientes. Y es el tema del perdón, precedido de la confesión pública, y popularizado como un dispositivo central de los procesos de paz a partir de la experiencia sudafricana. Jacques Derrida, tras su viaje a Sudáfrica, vio en esa generalización de la escena del perdón una invasión inesperada de las dimensiones religiosas en el campo de la política que ha tenido tanto eco incluso en nuestro país<sup>12</sup>. Me sorprendió saber en estos días de la existencia en Bogotá de una Fundación para la Reconciliación que declara tener como tarea central del momento la popularización de Escuelas de Perdón y Reconciliación, con un evidente acento religioso y con inspiración explícita en la prédica del obispo Desmond Tutu. El perdón puede ser uno de los tópicos de mayor tensión entre procesos sociales y procesos personales, pues el daño en el curso del conflicto es colectivo

y también individual, pero no lo es de la misma manera en uno y otro caso. La mejor salida para la sociedad no es necesariamente la mejor para las víctimas individualmente consideradas, y viceversa. Hay quienes, como Jean Améry, otro sobreviviente de Auschwitz, proclaman como opción personal el resentimiento incorregible frente a los verdugos: “No deseo convertirme en cómplice de mis torturadores, exijo más bien que se nieguen a sí mismos y me acompañen en la negación”<sup>13</sup>. Siempre habrá que definir muy finamente quién pide el perdón, a quién se pide, cómo se pide y qué se perdona. Pero insistamos no más en un aspecto de este complejo tema. Las demandas de perdón por parte de los victimarios indudablemente pueden contribuir en muchas ocasiones a aliviar el dolor de las víctimas, pero en otras pueden servir simple y llanamente para escamotearlo. La teatralización de la verdad y del perdón en las famosas comisiones de verdad puede tener impactos simbólicos muy importantes, pero también puede conducir a una especie de banalización del ejercicio de la confesión, donde el simulacro y la hipocresía sean los protagonistas de esta “ceremonia de la culpabilidad”. Piensen ustedes en la escena del jefe paramilitar Salvatore Mancuso, cuando decía al anunciar la desmovilización de uno de sus principales frentes –el del Catatumbo–, con irritante eufemismo: “les pedimos perdón y disculpas a los habitantes del Catatumbo si les produjimos dolores y sufrimientos”, donde el condicional *si* es ya una afrentosa autoexculpación. Miren ustedes los reclamos de unas mujeres que comparecieron ante sus agresores en una Comisión de la Verdad en Sudáfrica y establecen el siguiente diálogo reproducido en uno de los artículos:

Mujer 1: Allí están. Como están de tranquilos, ellos mataron a nuestros hijos y bromean.

Mujer 2: ¿Y ellos piden el perdón? No lo daremos nunca.

Mujer 3: no es a nosotras a quienes ellos lo piden, es a la Comisión.

Se le pide perdón a un ente abstracto, social, político, institucional, y no a las mujeres o a una

<sup>10</sup> Levi, *Entrevistas, ob. cit.*, p. 133.

<sup>11</sup> *Ídem.*, p. 173.

<sup>12</sup> Derrida Jacques, *Foi et savoir, suivi de le siècle et le pardon*, Paris, Éditions du Seuil, 1998, p. 103 y ss.

<sup>13</sup> Améry Jean, *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia (España), Pre-Textos, 2001, p. 149. Otra formulación más directa de esta idea: “Se me ha infligido una herida. Necesito desinfectarla y vendarla, no reflexionar sobre por qué el verdugo me asestó el golpe, y de esa guisa, al comprender sus motivos, acabar medio disculpándolo”, *Ídem.*, p. 181.

mujer en particular. Es el mismo recurso de evasión de Adolfo Eichman cuando en los famosos juicios de Jerusalem se declara culpable ante Dios pero no ante la ley. Hay que recalcarlo una y otra vez: el simple hecho de decir la verdad no lleva a la reconciliación. Más aún, en sus reflexiones sobre justicia y perdón, inspiradas en su visita a Sudáfrica, Derrida observó cómo a menudo los torturadores se regocijaban narrando sus atrocidades, lo cual desde luego no hacía sino aumentar el dolor de las víctimas<sup>14</sup>. Conocida la verdad, es preciso juzgar. La verdad exige la justicia, no la sustituye. Porque donde no opera la justicia se reinstala la venganza, con lo cual volveríamos al punto de partida.

Por los temas aquí tratados se habrán sorprendido ustedes que estemos asistiendo al lanzamiento de una revista de psicoanálisis y no de un libro de análisis político. Y sí, es una revista de psicoanálisis que se metió en el corazón de los problemas del país. Y eso hay que celebrarlo y hay que felicitar a todos los que han contribuido, como editores, como colaboradores, como ilustradores, como traductores, para que cobrara vida este formidable volumen que estoy seguro va a ser histórico. Es, sin lugar a dudas, una de las grandes innovaciones de las ciencias humanas en los últimos años.

<sup>14</sup> Derrida Jacques, *Sur Parole*, Paris, Éditions de l'Aube, 1999, p. 31.